Sergio Alejandro Amira

Identidad suspendida

MAGO EDITORES
5 años

863. Ch Amira, Sergio Alejandro.
A Identidad suspendida.
Santiago: MAGO Editores, 2007
XX p.; 21 cm.
ISBN: 978-956-8249-XX-X
1 Literatura chilena. 2 Novela chilena actual.

© Copyright 2007, by Sergio Alejandro Amira
Primera Edición: Agosto 2007
Colección de novela **Viaje al fin de la noche**
Director: Máximo G. Sáez

Edita y Distribuye MAGO Editores
Merced Nº 22 Of. 403, Santiago de Chile
F/ Fax: (56-2) 664 5523 - 638 6605
editorial@magoeditores.cl
www.magoeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual Nº 164.595

ISBN: 978-956-8249-XX-X

Composición Portada y Diagramación Interiores: Ricardo Barrios Venegas
Imagen Portada: «Karma Police», Angela González (www.bunnyandkitty.com)

Lectura y Revisión: Hernán Ortiz González

Impreso en Chile/ *Printed in Chile*

Derechos Reservados

Si un traidor puede más que unos cuantos,
que esos cuantos no lo olviden fácilmente.

León Gieco

Regreso de madrugada a la nueva pensión en la que nos hemos instalado, el flojo de mierda de mi compañero ronca a pata suelta. Más tarde me lo encuentro desayunando en la cocina, al parecer fresco como una lechuga.

—¿Cómo te fue anoche? ¿Eliminaste al infiltrado?

—No sabes nada —digo mientras pongo la tetera para prepararme un café—. Llegaron los pacos... quedó la media cagá. Casi me atrapan de no ser por el inductor.

—Se supone que debemos cultivar el bajo perfil —advierte Gabriel poniéndose muy serio—. Ya recibimos una amonestación, recuerda. No más escándalos mediáticos. Ya suficiente tuvimos con la «masacre ufológica», aquella que nos tiene escondiéndonos en poblaciones callampas. ¿Crees que me gusta llevar este estilo de vida?

—Pues, si quieres más sutileza, para la próxima dígnate a mover el culo y participa del operativo, hueón. Pareciera que lo único que te importa es mirar la tele.

—Si me avisaras cuando vas a salir de cacería podría acompañarte...

—¿Para que lo arruines todo como de costumbre? No, gracias. Debieron desactivarte junto al dichoso Proyecto Synco. Yo al menos estoy vivo, y soy un profesional…

Gabriel estalló en carcajadas.

—Si eres tan bueno como dices, ¿por qué la Compañía te tiene atado a mí en esta ciudad de mierda, en este país de mierda y con la mierda hasta el cuello?

Golpe bajo. Iba a contestarle al estúpido GAP, pero en cambio opté por darle otro sorbo al café que ardía en mis entrañas como carbón encendido. Gabriel notó mi incomodidad y guardó silencio también. Luego de un rato, preguntó:

—¿Te dio mucha pelea el infiltrado?

—No tienes idea, viejo amigo, no tienes la menor idea por lo que pasé. Prefiero no recordar...

—¿Y desde cuándo eres tan reservado conmigo? Vamos, cuenta.

—Bueno. La víctima estaba en el perímetro acordado, aunque me llevó bastante tiempo saber dónde. Se ocultaba en un minimarket, uno de esos Big John del centro. Le reconocí enseguida y abrí fuego

pero, anticipándose a mi movimiento y con rapidez sobrehumana, se agachó y la bala le dio en el hombro a una joven mujer que sostenía a su pequeño hijo en brazos. ¡Ya sabes lo nervioso que me pongo cuando hay niños de por medio! El infiltrado aprovechó el alboroto y griterío para huir hacia la salida. Nuevamente disparé haciendo que estallaran varias cajas de leche. Corrí tras el desgraciado, pero me llevaba varios metros de distancia y cada vez parecía avanzar más rápido. Lo seguí por Huérfanos y lo vi meterse en la galería Victoria. Disparé y nuevamente erré los tiros hiriendo a unos cuantos transeúntes. El blanco dobló a la izquierda y salió hacia la calle Estado tumbando gente que cual palitroques caían entorpeciendo mi camino. Casi parecía un videojuego, pero nada sofisticado como los de ahora, más bien algo así como el *Donkey Kong Jr*., ese donde eras un gorila que tenía que saltar por sobre los barriles que te arrojaba Mario. El caso es que se esfumó entre el gentío del centro y, creyendo haber perdido a mi presa, me senté en uno de los bancos de la plaza junto a un anciano que le daba de comer a las palomas. El viejo era muy delgado y proyectaba una esquiva figura paterna, como de maestro. Vestía ropa formal: traje, corbata y un sombrero que aumentaba el misterio de sus intensos ojos.

—*I hate pigeons, horrible, dirty rats with wings that fly at you in the street and eat road kill.*

—Si las odia tanto, ¿entonces por qué las alimenta? —le pregunté en inglés.

—Es parte de mi trabajo encubierto. Me permite observarlo todo desde esta banca, aunque la plaza tiene demasiados árboles y monumentos que obstruyen la visual.

—¿Es usted agente, míster?

—Prefiero la palabra vector. Demasiadas jodidas palmeras. No es como la plaza del D. F. mexicano, aunque ahí no hay dónde sentarse.

—¿Ha estado en México?

—Residí en Ciudad de México entre 1948 y 1950. Mis vecinos mexicanos de clase-media sospechaban que era un drogadicto y los niños me gritaban en la calle: «¡Vicioso!» Vivíamos en una casa de dos pisos detrás de *Sears Roebuck*. Yo estudiaba en la Universidad la

historia y el lenguaje de Mayas y Aztecas. Los universitarios solíamos reunirnos en el bar El Botín. Ahí le disparé a un ratón con una pistola calibre 22. ¿Le gustan los deportes, mi joven amigo?

—No realmente —respondí—. ¿Y a usted?

—*Nah*. Tampoco me agradan los deportes, aunque debo admitir que me gustan las pistolas. En México siempre andaba armado, prácticamente nací con una pistola bajo el brazo. ¿Le gustan las pistolas?

—Sí, las armas en general, sobretodo las armas blancas.

—Pero al parecer no tiene muy buena puntería, el infiltrado consiguió esquivarle muy bien en el Big John.

—Usted es un agente de la Compañía, ¿no es así?

—En efecto. Redacto informes...

—Ese infiltrado es muy bueno para esquivar balas, nunca me había pasado...

—Las excusas no son necesarias —interrumpió el agente con una especie de tristeza atérmica—, yo también he tenido algunos disparos desacertados. Insectos he matado muchos eso sí, fui exterminador ¿sabe?, exterminador de insectos. Debo haber eliminado unas cuantas miles de esas alimañas, pero la verdad es que cualquier intento de erradicarlos de la faz de la tierra es inútil, podemos matar insectos individualmente, como las arañas; pero no podemos substraernos del *continuum insectoide*. ¿Cree que la forma de vida dominante en el planeta somos nosotros? Se equivoca, no somos más que unos recién llegados, ¿sabe cuánto tiempo separa a nuestro linaje de los insectos? Nada menos que seiscientos millones de años.

—Mi abuela Geraldine tenía un insectario, coleccionaba insectos.

—Esa, mi joven amigo, es una afición que no muchos comparten.

—Las mariposas, sin embargo, son bellas.

—Una excepción, tan sólo una excepción —dijo el agente con un gesto despreciativo—. A la mayoría de las personas no le agrada compartir su hábitat con moscas, cucarachas o pulgas. La forma en que los insectos se reproducen y alimentan, esas dos funciones biológicas tan cruciales para los seres vivos, son radicalmente distintas a las de nosotros. No podemos leer las expresiones de los insectos, no

sabemos qué piensan, ni siquiera sabemos si piensan del todo. Como dice Wills los insectos son inexpresivos por naturaleza, ya que usan sus esqueletos afuera. Puedo sentir empatía por un león devorando una presa, por ejemplo, ya que al menos parece disfrutarlo. Pero cuando la mantis hembra arranca la cabeza de su cónyuge para gatillar el reflejo copulatorio lo hace con una ausencia total de amor, odio, o cualquier otra emoción con la cual pudiésemos relacionarnos. Considere esto, un borracho le toma una foto a un monstruo marino en algún lago brumoso o alguien filma a un simio escabulléndose entre los árboles y el mundo entero se maravilla de estas supuestas y prodigiosas criaturas. Yo me pregunto: ¿para qué preocuparse por estos monstruos inexistentes cuando hay literalmente millones de organismos enigmáticos viviendo junto a nosotros, e incluso sobre nosotros, y hasta dentro de nuestro propio cuerpo? ¿A quién le importa el Yeti o el monstruo del lago Ness cuando tenemos criaturas que habitan en las raíces de nuestras pestañas como el *demodex folliculorum* o en nuestros intestinos como la lombriz solitaria?

—Cierto —murmuré recordando mi propia experiencia con el *demodex*—, muy cierto.

—¿Qué cree fue primero, el intestino o la lombriz solitaria? —inquirió el agente.

—No entiendo la pregunta —le contesté.

—No es una pregunta en realidad, sino más bien un epigrama. Pondere lo siguiente: la interioridad significa intrusión y colonización. La identidad propia es finalmente un síntoma de la invasión parasitaria, la expresión de fuerzas que se originan desde fuera de nosotros, como el lenguaje, por ejemplo. El lenguaje es un virus, el lenguaje es al cerebro lo que la lombriz solitaria es para el intestino o algo aún peor, ya que es posible encontrar un espacio digestivo libre de parásitos pero nunca encontraremos un espacio mental incontaminado. Huellas de ADN alienígena se despliegan en nuestros cerebros de la misma forma que lombrices en nuestras entrañas. No sólo el lenguaje, sino la totalidad de la conciencia humana es básicamente un mecanismo viral. El lenguaje es un mecanismo de reproducción cuyo propósito no es indicar o comunicar un contenido dado, sino perpetuarse y replicarse a sí mismo. El problema con la mayoría de las hipótesis comunicacionales es que ignoran estas funciones, presentado ingenuamente al lenguaje como un método para transmitir

información. La verdad es esta: el lenguaje, como los virus o el capital, está completamente vacío y su aparente contenido es sólo una parasitación de un significado contingente cuyo fin es la auto-valorización y auto-proliferación. Fuera del medio no hay otro mensaje.

—Si el lenguaje no puede entenderse entonces en función de contenido de información —argumenté—, menos podrá entenderse sobre la base de su forma y estructura.

—Exacto —replicó el agente mientras arrojaba un último puñado de migajas a las palomas—. El lenguaje no representa al mundo: interviene el mundo, invade el mundo, se apropia del mundo. No es que el lenguaje no se refiera a nada real, sino que el lenguaje mismo se ha vuelto más real que la realidad. Yo sostengo que el parasitismo y la simbiosis fueron las fuerzas conductoras de la evolución de la mente humana. El virus invasor del lenguaje y sus hospedadores evolucionaron gradualmente hacia una relación de dependencia mutua de forma tal que el otrora organismo invasor gradualmente se transformó de parásito crónico a pareja simbiótica para finalmente convertirse en una parte indispensable de la esencia de su anfitrión. Steinpiatz afirma que el virus de mutación biológica, denominado Virus B-23, se encuentra contenido en la palabra. Liberar este virus de la palabra podría ser más mortífero que liberar el poder del átomo porque todo odio, todo dolor, toda lujuria, se encuentran contenidos en la palabra. Yo propongo la teoría de que un virus es una unidad muy pequeña de palabra e imagen y sugiero que esas unidades pueden activarse biológicamente para que actúen como tendencias comunicables del virus. Comencemos con tres magnetófonos en El jardín del Edén, por ejemplo: el magnetófono 1 es Adán, el magnetófono 2 es Eva y el 3 es Dios, que degeneró después de Hiroshima en el Feo Americano o bien; el magnetófono 1 es el mono macho en un indefenso frenesí sexual al tiempo que el virus le estrangula, el magnetófono 2 es el mono hembra arrulladora que se sienta encima de él a horcajadas y el magnetófono 3 es La Muerte. Hablando de magnetófonos, la reproducción en situación puede producir unos efectos muy curiosos, ¿sabe?

—¿Cómo así?

—La reproducción de las grabaciones de un accidente puede provocar otro accidente, por ejemplo. Cuando regresé a Londres en 1966 ya había descubierto este mecanismo, había acumulado una

cantidad considerable de datos y desarrollado una tecnología. Llevé a cabo una serie de operaciones: grabaciones en la calle, inserto de otro material, reproducción en las calles, recuerdo que había insertado coches de bomberos y mientras reproducía esta cinta en la calle pasaron coches de bomberos. Quien realice experimentos parecidos durante un período de tiempo descubrirá más «coincidencias» de las que permite la ley de los promedios. Uno de los casos más sorprendentes al respecto se refiere al Dr. Carl Jung y su igualmente renombrado maestro, el Dr. Sigmund Freud. En una discusión sobre parapsicología, en 1909, Freud y Jung perdieron los estribos. Precisamente entonces, oyeron un súbito sonido de explosión procedente de la biblioteca de Freud. Los dos quedaron sorprendidos, «eso es un ejemplo de los llamados fenómenos catalíticos», dijo Jung. «¡Oh, vamos! ¡Eso es mierda de vaca!», exclamó Freud. «Se equivoca *Herr* profesor», respondió Jung, «y para demostrar mi punto de vista predigo que en un momento se producirá otro grave informe». Freud y Jung guardaron silencio y entonces: una segunda explosión. En 1972, el Dr. Robert Harvie, psicólogo de la Universidad de Londres, leía en voz alta a un amigo este episodio cuando cayó ruidosamente una lámpara de la sala de Harvie al suelo. Y en 1973, una tal Margaret Green informó que mientras leía el mismo pasaje acerca de Freud y Jung en un tren, la ventana estalló repentinamente. Algunos científicos hablan de fuerza psiónica o bioplasma... ¡Observe! ¡Aquí viene su víctima!

Tal y como señalaba el agente, tomado del brazo de una atractiva chica pasaba frente a nosotros el infiltrado. Nuestras miradas se cruzaron al mismo tiempo, desenfundé el arma, él arrojó a su novia al suelo y emprendimos nuevamente la persecución. Vestía distinto, de corbata, y se había cortado el cabello. Pero se trataba del mismo sujeto, no me cupo la menor duda.

—¿Y entonces? —preguntó Gabriel expectante.

—Aquí viene lo curioso. Comienzo a correr tras mi presa y de pronto se metamorfosea en una especie de avestruz, pero más pequeña...

—¿Un ñandú?

—Eso, un jodido ñandú. En un principio pensé que el infiltrado poseía un inductor, pero adoptar la forma de un avestruz sólo le convertiría en un blanco mucho más fácil. Entonces me percaté que el paisaje había cambiado. Ya no corríamos por la Plaza de Armas

de Santiago, sino a campo abierto por una estepa patagónica. Y la mala noticia es que no sólo el infiltrado era un ñandú, sino que yo también. Fue una sensación extraña, el gélido viento se deslizaba sobre mi plumaje y no sentía la pistola en mi mano, ya que no tenía manos, sino un par de atrofiadas alas. No veía de frente sino hacia los costados y mis largas y poderosas patas me transportaban a una velocidad aun superior a la que corría cuando era humano.

—¿Qué fumaste? ¿Marihuana mezclada con ceniza volcánica acaso?

—No, idiota. No fumé nada. ¡Por eso no quería contarte! Sabía que te burlarías.

—Es que de todas tus peladas de cable, esta ha ido demasiado lejos, incluso para ti. Pero continúa, por favor. No me dejes en ascuas. ¿Qué ocurrió luego? ¿Dónde entran los efectivos policiales en todo el asunto?

—Espera. Ya voy a llegar a esa parte. Te decía que tanto la víctima como yo corríamos por una estepa patagónica convertidos en ñandúes, pero él no huía de mí ni yo lo perseguía a él. Ambos escapábamos de los indígenas.

—¿Apaches? ¿Mohicanos? ¿Sioux?

—No, imbécil, tehuelches, aunque ellos se llamaban así mismos «Günün-a-küna».

—¿Y cómo lo sabes? ¿Te lo dijeron mientras te perseguían acaso?

—No, ¡cómo fastidias! No tengo idea cómo, pero supe que de esa forma se autodenominaban aquellos salvajes.

—Pueblos originarios sería lo políticamente correcto...

—¿Quieres que termine de narrar mi historia o vas a estar interrumpiendo todo el rato?

Gabriel guardó silencio.

—Los indios iban casi desnudos y estaban armados de arcos, flechas y boleadoras de dos y tres piedras. Una de éstas se me enredó en la base del tronco del cuello y caí de bruces, mientras mi presa se alejaba incólume. Los indios comenzaron a rodearme y a medida que se acercaban se volvían verdes. Pero no era su piel la verde, sino sus uniformes. Los patagones se habían convertido en pacos y me apuntaban con sus calibres nueve milímetros.

—¿Cuántos eran?

—Tres, me tenían encañonado y yo estaba indefenso, ya que al tropezarme mi pistola fue a dar lejos y alguien discretamente se apropió de ella...

—¿Y entonces?

—Entonces una lluvia de masa encefálica, trozos de hueso y sangre me cubrió por completo. Los cuerpos sin vida se desmoronaron como títeres sin hilos y pude ver al agente que alimentaba las palomas empuñando un mosquete de chispa, ya sabes, una de esas pistolas de pirata del siglo XVII...

—Pero una antigualla como esa no dispara más que una mierda de bala y hay que recargarla con pólvora y...

—¿Quién habló de balas? La pistola disparaba rayos láser, culia'o.

—La habrá modificado entonces.

—Sí, el agente guardó su pistola, me guiñó un ojo y me gritó: «*Get the hell out of here, son*» Y eso fue exactamente lo que hice, corrí como los mil demonios, pero antes recuperé a Helena...

—¿De nuevo convertido en avestruz?

—¡Contigo no se puede hablar seriamente!

Una vez más reinó el silencio perturbado tan sólo por los ladridos de de los perros.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Gabriel.

—Esperamos instrucciones de la Compañía, como siempre. Hasta entonces, bajo perfil.

***

Nos sentamos a esperar los dichosos nuevos instructivos, pero al cabo de tres semanas éstos no aparecían. Comenzamos a ponernos nerviosos y a actuar descuidada y estúpidamente, como si fuéramos dos pendejos de *kindergarten* sin supervisión de las parvularias. Gabriel insistía que era mi culpa y comenzaba a creerle. Desde aquella emboscada en Amsterdam donde perdí el nódulo akhásico mi cerebro cada vez divagaba más. Prueba de ello era la «experiencia ñandú» y la conversación con aquel extraño agente que tal vez existiera sólo en mi

mente. Cada vez poseía menos certezas, o más incertidumbres que viene a ser lo mismo. En ocasiones incluso creía que el operativo en Holanda nunca ocurrió, que formaba parte de la experiencia de otro agente al que habían «descontinuado». Antes que me reclutaran solía administrar el sitio web de un grupo de estudiantes de periodismo y literatura muy posmos, muy pedantes. Para el blog utilizaba un *software* llamado Wordpress. El caso es que el tipo que lideraba este «proyecto» discutió con uno de los otros miembros y me dijo que lo borrara de la lista de usuarios. Cuando uno hace esto el *software* da la opción de borrar todos los posteos y links del usuario, o atribuírselos a otro. Le pregunté a Sergio qué hacía, me dijo: «Atribúyele todos los posteos a Remigio, no vamos a perder todo ese material...» «pero todo eso lo escribió Mario», objeté, «¿no es acaso propiedad intelectual suya?» Sergio rio y luego dijo: «Todo lo que Remigio escribía era artículos y crónicas de sitios franceses o alemanes que luego traducía y modificaba. Créeme que no va a objetar que lo despojemos de sus textos. Ya sabes, ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón».

Cien años es muy poco tiempo, pensé yo, pero de todas formas hice como Sergio ordenaba y atribuí todos los posteos de Mario a Remigio. Siempre he sido muy bueno para cumplir órdenes, tras fracasar en todo prefiero eso a tener iniciativa. Nunca conseguí ser malo, pero tampoco amistoso, ni infame, ni honrado, ni un héroe o siquiera un insecto y ahora vivo tratando de consolarme con la inútil excusa de que un hombre inteligente no puede convertirse en nada, de que sólo un tonto puede hacer consigo lo que quiera. Tampoco conseguí ser original. Todo lo anterior es de Dostoievski. Si voy a plagiar a alguien, mejor a Dostoievski que a Coelho, digo yo. Pero el punto no es ese, el punto es que puedo homologar la experiencia del Wordpress con la que estoy viviendo ahora. Si efectivamente la Compañía nos controla mediante FASat-Alfa y si es cierto que pueden «desenchufar» a un agente en cualquier momento, ¿no podrían también atribuirle sus recuerdos a otro? Imagino el siguiente diálogo en los comienzos de la Compañía a fines de los 1960s: «Sr. Jormungand, el agente K se ha pasado al enemigo, ¿lo borro del continuo espacio-tiempo?» «Sí, pero no podemos desperdiciar toda esa experiencia acumulada. Antes de borrarlo atribúyale todos sus recuerdos al agente H»

«Pero, señor, eso podría sobrecargar las sinapsis neuronales y matar al receptor» «Entonces distribuya la memoria del agente K entre varios, desmenúcela lo más que pueda para que así pase a formar parte del patrimonio de todos los chilenos». Sí, claro, patrimonio de todos los chilenos, como el cobre.

Todas las teorías económicas señalan que los factores productivos son cuatro: el capital, el trabajo, los tributos y la renta minera o ricardiana. Nadie podría producir ni pagar a los trabajadores sin tener capital suficiente. Y nadie podría producir sin obtener del dueño el cobre para transformarlo. Y actualmente ¿quién es el dueño del cobre chileno? Pues el Estado. Situación rechazada por la Junta Militar que repudió ese estudio y lo envió al Tribunal Constitucional, para que ratificara de una vez y para siempre que el cobre es patrimonio absoluto de los chilenos, o sea del Estado de Chile. Pero ocurre que existe algo llamado «Ley Reservada del Cobre», que destina todos los excedentes a las Fuerzas Armadas, incrementando así una irracional adquisición de armamentos como el centenar de tanques Leopard-2 y los cazabombarderos F-16 comprados recientemente, o los dos submarinos clase Scorpene que la Armada mandó a construir a un astillero franco-español.

Es curioso que el exceso de dinero al final termine perjudicándonos en vez de ser un beneficio. «Sra. Presidenta, el precio del cobre se ha ido a las nubes, el Estado chileno nunca había percibido tantas ganancias, con los excedentes podremos construir más viviendas para los pobres, ¡invertir más en salud y educación!» «No se entusiasme tanto, Sr. Ministro del Interior. Recuerde que todo eso debe ir a las Fuerzas Armadas, así que vaya cotizando nuevos tanques y aviones, ¿cree que nos alcance para una bomba nuclear rusa?» «Bueno, Sra. Presidenta, el Comandante en Jefe del Ejército me comentó que un viejo amigo suyo en Vladikavkaz está vendiendo tres kilos de uranio al mejor postor» ¿Y de qué me sirve eso? Yo quiero una bomba nuclear para asustar a Kirchner, y a Morales y a García...» «Presidenta, el uranio es el combustible requerido para crear una bomba nuclear» «¿Y con tres kilos es suficiente?» «Para una pequeña, sí» «¿Cuánta gente podemos matar con eso?» «Unos cientos de miles de personas, supongo. Pero Sra. Presidenta, usted dijo que quería la bomba sólo para asustar a los gobiernos vecinos» «Sí, Sr. Ministro. Pero si vamos a asustarlos, que sea en serio».

Hay que tener cuidado al comprar uranio. Ocho años antes del 11-S, unos lugartenientes de Osama Bin Laden se entrevistaron con un oficial del Ejército y ex ministro sudanés quien, a cambio de un millón y medio de dólares, les ofreció uranio enriquecido lo suficiente como para ser utilizado en armas nucleares. Les mostró un cilindro de casi un metro de longitud y los emisarios de Al Qaeda cerraron el negocio ya que a fin de cuentas, y como dijo uno de ellos, «con uranio podemos matar a más gente». Pero al final resultó que el cilindro no contenía uranio, sino harina. Varios yonquis han caído en este viejo truco, les han pasado harina por coca. Y me refiero a harina de trigo y no a la harina de coca, que es un derivado de la molienda de las hojas o de otras partes de la planta de coca que pueden servir para alimentación animal e inclusive humana cuando se necesite administrar mucha fibra. Según estudios recientes llevados a cabo por la sub-división de farmacopea y adicciones, las cocas que contienen más cocaína son de las del Cusco y Huánuco en el Perú y Chapare y Yungas en Bolivia. La Compañía está tras los principales narcos y financia a la guerrilla colombiana y al Sub-comandante Clomro.

La palabra «harina» deriva del latín femenino *farina*, que se define como «semilla reducida a polvo».

La palabra «semilla» proviene del latín *semen* (semen, semilla), seminis.

En los mamíferos (como los humanos), la semilla es el semen y el lugar fértil es el huevo. El punto en que el semen detecta que está en el lugar fértil se llama concepción.

Cuando hablamos del dogma de la Inmaculada Concepción no nos referimos a la concepción de Jesús quien, claro está, también fue concebido sin pecado. El dogma declara que María quedó preservada de toda carencia de gracia santificante desde que fue concebida en el vientre de su madre Santa Ana.

«Santa Ana, con la Virgen y el Niño» es una de las pinturas al óleo más enigmáticas de Leonardo da Vinci.

De acuerdo con Freud, la ropa de la Virgen revela la existencia de un buitre.

Para los egipcios los buitres eran todas hembras y las fecundaba el viento.

El viento puede producir energía eólica, el Molino es una máquina que transforma el viento en energía.

Holanda es célebre por sus molinos de viento, de los cuales aún existe más de un millar, y si bien recuerdo haber visitado Holanda durante un viaje de estudios con mis compañeros de *college*, esto se contradice con mis «otros» recuerdos donde luzco bastante mayor. Es extraño, sé que soy yo pero al mismo tiempo es como si le hubiese pasado a otro o más bien como si estos recuerdos fueran algo que leí y luego incorporé a mi memoria. O tal vez sea cierto que pertenecen a otro agente «borrado» del continuo espacio-tiempo como asegura Gabriel, pero ¿qué sabe ese tonto de marras? No es más que el ensamble-frankenstein del Dr. Stafford Beer que no se cansaba de pregonar que un sistema auto-organizado debe estar siempre vivo y sin finalizar.

Finalización, después de todo, es otro nombre para muerte.

***

Recuerdo la primera vez que tuve conciencia del gran complot que yacía bajo nuestras narices. Fue durante el primer viaje de vacaciones a Europa junto a mi familia. Tras bajar del techo de la catedral gótica de Milano, confirmé una sospecha que tenía desde mis años de monaguillo: las catedrales son enormes industrias con tuberías, cableados, antenas y condensadores de piedra. Sobre un sustrato de madera o roca se fijan hilos auríferos, engastando piedras con diferentes energías y poderes que coordinan fuerzas siguiendo los caminos de oro y plata trazados por los orfebres, administrados por esos conductores y fusibles en puntos definidos de su estructura mediante signos de poder (cruces, sellos y letras). Posteriormente el Sr. Jormungand ratificaría mis sospechas hablándome de ciertas máquinas con objetos radioactivos en su interior (espinas de la corona de Cristo, astillas de la cruz, el dedo medio de Galileo, etc.), casi siempre dirigiendo y filtrando sus niveles de energía en filigranas y circuitería sagrada hasta depurarla y expulsarla por una estructura terminada en punta. «Todo funciona con un hombre sacrificado en su centro geométrico», me explicó Jormungand, «es la pila que hace funcionar todo el mecanismo. Es decir, una vez a la semana, se parte el átomo, se parte al hijo de Dios, se extrae energía de los congregados. Todas las cruces en las puntas de las iglesias son antenas que transmiten esa energía hasta nuestra red de satélites que a su vez alimentan a FASat-Alfa».

—He oído sobre FASat-Alfa antes, pero nunca he sabido exactamente qué es.

—FASat-Alfa, Vicente, es la mayor red de espionaje y análisis para interceptar comunicaciones electrónicas de la historia. Controlada por la Compañía, FASat-Alfa puede capturar comunicaciones por radio y satélite, llamadas de teléfono, e-mails y faxes en casi todo el mundo e incluye análisis automático y clasificación de las interceptaciones. FASat-Alfa intercepta más de seis mil millones de comunicaciones diariamente. La Compañía ha ubicado estaciones de intercepción electrónica y satélites espaciales para capturar gran parte de las comunicaciones establecidas por radio, satélite, microondas, celulares y fibra óptica. Las señales capturadas son luego procesadas por una serie de supercomputadoras orgánicas, conocidas como «mentats», las cuales han sido programadas para buscar patrones específicos en cada comunicación, ya sean direcciones, palabras, frases o incluso voces específicas. Ciertamente que la información es poder, mi joven amigo, y nadie más poderoso que la Compañía. Incluso el ECHELON forma parte de nuestro *network* sin que esos imbéciles de UKUSA siquiera lo sepan. Dime, Vicente, ¿sabes quién construyó el palacio de gobierno de tu país?

—¿Toesca?

—¿Y qué sabes de Joaquín Toesca?

—Que construyó La Moneda y era español, según creo.

—¿Nada más?

—No, ¿debería saber más?

—En cuanto a las cosas que públicamente se saben de Toesca, no. Sobre las otras, sí. Primero te contaré lo que se sabe de Joaquín Toesca. Nació en Roma en 1752 y se formó desde muy joven con el arquitecto Francisco Sabatini, seguidor del movimiento neoclásico. Toesca alternó la enseñanza práctica aprendida junto a su maestro con los estudios que realizó en distintas escuelas, como la Real Academia de Barcelona, la Academia de San Lucas de Roma y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en Madrid, en donde permaneció entre 1776 y 1779 mientras ayudaba a Sabatini en las obras comisionadas por el rey de España. En 1779, a petición del gobernador y el arzobispo de Santiago, Toesca viajó a Chile para proyectar y dirigir la construcción de varias obras públicas, entre ellas las dos prioritarias eran la construcción de la catedral de Santiago y el

diseño de un edificio que albergara la Casa de Moneda. Toesca trabajó pacientemente en ambas obras hasta su muerte en 1799, sin verlas concluidas. El edificio de la Casa de Moneda, una de las construcciones más importantes de la época, fue terminado por uno de sus discípulos y entregado en 1802. Eso es lo que todo el mundo sabe de Joaquín Toesca, lo que te diré ahora es información clasificada de la Compañía: En 1770 un gran incendio destruyó la Sede Francmasona de Roma. Escarbando entre los escombros, Toesca encontró algunos documentos perdidos mucho tiempo atrás, mientras rescataba importantes cartas y otros objetos de valor de las llamas. Aquellos misteriosos papeles se encontraban redactados en una clave desconocida para Toesca, su maestro Sabatini o cualquier francmasón de la época. A fuerza de un continuo y meticuloso esfuerzo y perseverancia, Toesca finalmente resolvió el código encontrándose en posesión de los secretos del Colegio Invisible: secretos que la francmasonería ortodoxa había perdido mucho antes. Los documentos facilitaban también el enlace con una orden continental que parecía poseer secretos incluso más profundos y daba la dirección de una alta iniciada llamada Belle Saint-Croix, en Ingolstadt, Baviera. Toesca, sin embargo, era un infiltrado en la francmasonería y su verdadera lealtad estaba con la sociedad secreta más secreta de todas. Guiado por Belle Saint-Croix, Toesca fundó la Orden de la Amphisbaena y empleando las técnicas enseñadas en los documentos cifrados recreó gradualmente todo el repertorio de trabajo de ocultismo cabalístico que subyacía a la Orden Rosa Cruz de la Francmasonería y se dedicó seriamente a establecer contacto astral con las Altas Inteligencias de otros planos para que le educasen y guiaran. Siguiendo los dictámenes de los misteriosos «Archaenides», Joaquín Toesca viajó a Chile donde, además de construir el Cabildo de Santiago, el hospital San Juan de Dios, los tajamares y la catedral de Santiago, llevaría a cabo su obra más ambiciosa: un artefacto del tamaño de un edificio capaz de absorber la fuerza vital de quienes lo ocupaban y sobretodo, las potentes energías del conflicto, el odio y la ambición. Este edificio era no otro sino La Moneda. Tal y como se sabe, el edificio fue terminado por Lorenzo D'Archangeli, discípulo de Toesca que, al igual que su maestro, era miembro de la Amphisbaena. D'Archangeli llevó a cabo todas las instrucciones de su mentor, todas menos una: el sacrificio humano que serviría de llave para abrir las puertas de este mundo a los

Archaenides. El sacrificio debía ser voluntario y el propio Toesca pretendía autoinmolarse en el centro del edificio donde convergían las fuerzas místicas del mágico territorio de Chili-Mapu, pero la muerte le encontró antes a él y la misión quedó en manos del joven Lorenzo que, acobardado, regresó a Roma. Ciento setenta y un años más tarde y mientras La Moneda absorbía todos los orgones desatados por el golpe militar, un valiente héroe se sacrificaba sin saberlo en el punto exacto donde las puertas de la percepción finalmente serían abiertas. ¿Nunca te has preguntado por qué dejaron solo en La Moneda a Allende, por qué sus agentes no le prestaron ayuda tipo James Bond que sí demostraron para defender y entregar las armas escondidas en la embajada? Fue para propiciar el acceso de los Archaenides, que esclavizarían a la humanidad hasta la Segunda Venida.

—¿Los Archaenides entraron a este mundo?

—Sí, y fundaron la Compañía.

—¿Es usted un Archaenide, Sr. Jormungand?

Mi jefe sólo se limitó a esbozar una enigmática sonrisa y hasta ahí quedó el tema.

A Gabriel (pese a su nombre) las connotaciones religiosas y místicas de nuestro oficio le tienen sin cuidado. El, como todo GAP, es ateo. Yo en cambio soy un hombre de fe, un creyente, y como tal no me pertenezco a mí mismo. Sólo puedo ser un medio, una herramienta. Por eso es que trabajo como agente de la Compañía, ellos me dotaron de un propósito pero, ¿por qué nos han abandonado a nuestra suerte? ¿En qué fallamos?

Tres semanas llevaban cumplidas desde la última misión. Estábamos aburridos, hastiados de todo. Ese día nos instalamos a beber cerveza en una cancha de fútbol (donde nadie jugaba fútbol, ciertamente) con unos «nuevos amigos» hip-hoperos que nos dejaron solos apenas Gabriel extrajo su corvo y comenzó a ponerse pesado. Un tipo, un pobre tipo iba pasando por la cancha cuando caía la tarde. Lo abordamos y le dijimos que nos entregara la billetera. Lo hizo excusándose, porque ésta no contenía billete alguno.

—¿No tenís plata, hueón? —le dije aferrándole la camisa— Entonces entrega los anillos.

El infeliz, muerto de miedo, intentó sacarse los anillos de sus regordetes dedos sin éxito. El impaciente Gabriel tomó la iniciativa y le ordenó arrodillarse, lo amordazó con su propia camisa y le dijo que

pusiera su mano sobre la rodilla para luego, y de un solo golpe, cercenarle los dedos anular y meñique con el corvo. Tomamos los anillos, uno de oro y otro de plata, arrojamos lejos las falanges y huimos del lugar. Gabriel no paraba de reírse, como si hubiese ejecutado el acto más cómico del mundo. Yo no dije nada hasta que llegamos a la casa de doña Rosa, donde lo increpé duramente. Gabriel siempre estaba haciendo estupideces como esa, como cuando se acercó a un pobre mendigo en el Paseo Ahumada y, luego de humillarle, extrajo su corvo hundiéndolo aproximadamente un centímetro en el ojo derecho para luego empujar con el mango y arrancarle la retina. No contento con eso le bajó los pantalones y comenzó a apuñalarle en el estómago mientras yo lo agarraba de la chaqueta e intentaba arrastrarlo lejos. «¡Puta, Gabriel!», le reprocho, «te he dicho mil veces que no podemos tocar a los indigentes, cualquiera de ellos podría ser un Tzadikim Nistarim» «Me cago en esos putos treinta y seis maricones», responde él guardando el cuchillo. «¡Y qué alegas tanto! ¿No se supone que la Compañía reemplaza a los Lamed Vav cuando mueren?» «Sí, hueón, pero cuando mueren de muerte natural» «Bueno, ¿no es natural acaso morirse de doce puñaladas en la guata?»

En otra oportunidad, Gabriel llegó con un frasco grande bajo el brazo con la etiqueta «Envasado en Chile» y lo dejó sobre la mesa de la cocina mientras hurgueteaba en el refrigerador. Asqueado, comprobé que dentro del recipiente de vidrio había un feto de unas dieciséis semanas. «¿De dónde sacaste esto?», le pregunté sin despegar los ojos del frasco. «Me lo robé del Centro de Arte Experimental La Perrera», contestó Gabriel mientras propinaba un gran sorbo a una caja de leche. «No te preocupes, es falso, está hecho de silicona...» «No me importa si es de verdad o mentira, ahueonao, escóndelo en alguna parte antes que alguien lo vea, está bien que seamos los únicos aquí durante vacaciones de invierno pero, ¿querís que nos echen con lo que nos costó encontrar una pensión piolita como esta?»

Gabriel asintió de mala gana y se llevó el frasco escalera arriba. Pensé que luego de eso tendría el buen juicio de no reincidir, pero lo mejor aún estaba por llegar.

Visualicen el siguiente escenario. Regreso a la pensión luego de ir a comprar pan para la once y me doy cuenta que he olvidado la llave. Toco el timbre pero nadie responde. Insisto una y otra vez hasta que por fin aparece Gabriel con una horrible mueca esculpida

en el rostro. Ese rostro, acaso mi propio rostro, me persigue hasta el día de hoy tal como a Thomas de Quincey la cara del malayo de extraña y terrible apariencia. Pero esa no era mi cara, ese no era yo y tampoco se trataba de un espejo. Es como algo que un guía nos explicó a papá y a mí (y a un destacamento de turistas japoneses) cuando visitamos la National Gallery, en Londres. «Uno suele asumir que Venus está admirando su propio rostro, pero si vemos su cara en el espejo quiere decir que no es el rostro de ella el que está viendo la diosa, sino que está mirando al espectador, a nosotros mismos», dijo el guía frente a «La Venus del espejo», de Velásquez. «Lo contrario ocurre en «Las Meninas», del mismo pintor, donde los espectadores formamos parte del mismo espacio en que estarían los reyes de España». «¿"Las Meninas" está en este museo? ¿Podremos verlas también?», preguntó un turista alemán. «No, "Las Meninas" está en el Museo del Prado, en Madrid. La versión más conocida, al menos. Existe otra versión aquí, en Inglaterra, en el condado de Dorest», contestó el guía. Le rogué a papá para que me llevase a ese otro museo, pero no conseguí convencerlo. Si antes de viajar a Inglaterra ya habíamos estado en El Prado y visto «Las Meninas», ¿para qué viajar a un pequeño pueblito por nuestra cuenta para ver lo mismo? Papá, por supuesto, no entendía de sutilezas, las pequeñas diferencias...

El caso es que Gabriel me abrió la puerta y, al verlo con esa cara de loco y la frente empapada en sudor, le pregunté qué mierda pasaba. No dijo nada y me indicó que lo siguiera. Llegamos hasta la habitación que compartíamos bajo nuestro camuflaje de estudiantes de Ingeniería en Beauchef y vi que en cada una de nuestras respectivas camas estaban amarradas y totalmente desnudas la dueña de la pensión y su hija. Doña Gertrudis tiene la cara cubierta de sangre, ya que Gabriel le ha arrancado los labios con unas tenazas. Pamela, al parecer, sigue intacta, ya que el GAP quería que viera cómo torturaba a su madre. Ya era demasiado tarde para volver atrás, así que le seguí el juego a Gabriel, tomé el cuchillo que me ofrecía y comencé a desollar a Doña Gertrudis desgarrándole trozos de carne de los muslos y el estómago mientras ella gritaba y suplicaba clemencia con un hilillo de voz. Me aburro y Gabriel termina el trabajo degollándola con su corvo para luego aplicar sierra afanosamente. Por fin logra separar la cabeza del tronco y la patea como a una pelota de fútbol fuera del dormitorio. «Voy a buscar el taladro y vuelvo», anunció Gabriel

entusiasmado. Miré a Pamela que no dejaba de gimotear y llorar, desenfundé a Helena y le disparé en la nuca. Gabriel regresó en ese momento con el taladro percutor Bosch en la mano. «¿Pero qué hiciste?» protestó haciendo pucheros. «Terminar con tus jueguitos irresponsables», respondí apretando el cañón de Helena contra la frente de Gabriel y jalando el gatillo. Desde entonces, si bien se ha vuelto algo flojo, por lo menos no anda haciendo hueás a menos que se las ordene.

***

Tras el incidente con el tipo al que corté los dedos decidí mudarme de vuelta a Vitacura. Doña Rosa tenía televisión por cable en la pensión, pero desde la pérdida del nódulo akhásico necesitábamos acceso permanente a Internet y era un fastidio esperar que se desocupara un computador en los apestosos cibers del área. Ya me tenía podrido aquella vida miserable. Imaginen, yo que nací en cuna de oro, que asistí a los mejores colegios particulares que pueden pagarse (aunque me expulsaran continuamente por mal comportamiento), yo que hablaba tres idiomas y tuve mi primer automóvil a los dieciséis años, yo que era uno de lo doce mejores agentes de la Compañía en aquel estado de abandono, ¡era prácticamente inconcebible! Debíamos largarnos de Peñalolén, pronto se agotaría la carga del inductor y ya no sería seguro para mí recorrer las calles del barrio.

Gabriel fue de avanzada y regresó con la locación ideal. Nos mudamos esa misma noche a una vivienda de dos pisos y cuatro dormitorios con piscina, jacuzzi y todos los lujos usuales de estos barrios. Los dueños de casa estaban de vacaciones en Europa, Disney, o tal vez comiendo langosta por un dólar en Sihanoukville. Lo que importaba era que no regresarían hasta dentro de quince días de acuerdo a lo que logramos sacarle a la doméstica antes de matarla. Gabriel la despachó a ella y los perros limpiamente con su corvo y luego lo envié a enterrar los cadáveres junto a la piscina. No es que odie particularmente a los perros, pero siempre me ha disgustado su patético servilismo, su gran disponibilidad a la humillación, su estúpida y fervorosa territorialidad. Supongo que se parecen mucho a nosotros en esos aspectos y por esta razón prefiero a los gatos. Nunca he visto a dos gatos confabularse para pelear contra un tercero, pero sí a perros de a dos o más atacando a un can prácticamente indefenso. Supongo que por eso se les considera nuestros mejores amigos, en eso se

parecen mucho a los humanos que también gustan de la fortaleza que brinda el grupo contra el individuo. Como dice en la Biblia, a un solitario se le puede vencer, pero dos resisten y la cuerda triple no se rompe fácilmente.

En la casa que nos habíamos tomado cual *okupas* había un gato, lo atestiguaba la gran bolsa de *Whyskas* y un plato repleto de ellas con el nombre en la habitación del planchado. El recipiente de plástico decía «Miztli». Pero, ¿dónde estaba el gato de la casa? De paseo por el barrio, seguramente, cazando pájaros en la plaza o dormitando sobre algún tejado. Si la vida de perros es equiparable a la miseria ahora íbamos a vivir como gatos. Como gordos y felices gatos de campo.

Antes de echarles tierra, el muy imbécil de Gabriel me llamó para que contemplara el cuadro plástico que había confeccionado con los cadáveres disponiéndolos de tal forma que el perro más grande parecía estar montándose a la vieja mientras el chico la penetraba por la boca.

—Muy gracioso, agente Patijnov —le dije llamándolo por su apellido, el cual detestaba. Cubra ese agujero de una vez y déjese de estupideces.

Los GAPs (Guerreros Autómatas Personales) sin duda que fueron una gran idea, pero hace ochenta años que el mío por lo menos se volvió obsoleto. ¡Para más recacha me tocó un GAP masculino! Claro, pese a ser robots los hay de ambos géneros, androide y ginoide. El agente Balandro operaba con una GAP exquisita diseñada por la Empresa Privada, creo que por Cronocorp, de hecho. Tenía la forma de una delicada adolescente, pero era capaz de reensamblarse como un puto *transformer*. Tuve la oportunidad de verla en acción durante una protesta de la CUT frente al Congreso cuando yo era apenas un *rookie* aprendiendo el oficio. La GAP estaba camuflada entre los manifestantes con una pancarta en la mano y aire ausente. Balandro y yo observábamos ocultos desde el techo de un edificio cercano. De pronto, el agente decidió que era hora y emitió por radiotelepatía la orden. En una milésima de segundo los níveos brazos de la GAP se convirtieron en horrorosas extremidades biomecánicas *gigerescas* con la que destrozó a los manifestantes y al contingente policial. Balandro decía que su ginoide, además, era excelente en la cama. Supe a través de una transmisión que capté por el cable mientras Gabriel

realizaba su autodiagnóstico rutinario que los agentes en Delmak-O cuentan con GAPs modelo 1.8 (mi anticuado *partner* es un 0.9). Ninguna esperanza a estas alturas de reemplazar a Gabriel por un 1.8. Este mugriento planeta es de tan poca importancia que la Compañía siempre opta por invertir sus recursos en otros lugares. Acarreo el poco equipo que me va quedando en una de esas maletas plásticas del Homecenter, ya saben, esas que al abrirla ofrecen dos o más niveles de almacenamiento. Me queda una sola bomba de schwarschild y ninguna batería para el inductor de imágenes. Ahora debo ir por ahí mostrando mi verdadera cara. ¡Adiós al camuflaje perfecto! En la populosa comuna en que nos habíamos refugiado mi verdadera apariencia habría llamado inmediatamente la atención. Si en todo este tiempo hemos operado exitosamente ha sido gracias a nuestra habilidad para pasar desapercibidos, de fundirnos perfectamente con aquellos que nos rodean. Gabriel, como todo GAP, puede alterar la forma del polímero dermo-mimético que cubre su cráneo de metal; yo, en cambio, dependo del maldito inductor de imágenes. ¡Sí sólo conservara mi nódulo akhásico! Lo extravié durante un operativo en Amsterdam cuando aún trabaja solo. Bueno, no del todo, ya que la Compañía me había asignado al caso en conjunto con una agente británica, una chica preciosa que como coartada ejercía de modelo de pasarela y era capaz de subsistir exclusivamente por fotosíntesis.

El asunto es que debíamos hacerle un lavado de cerebro a un miembro del parlamento inglés que gustaba mucho de visitar el barrio rojo. Esa noche me reuní con un sujeto de apellido Stromheim en el Lietje Plien. Este laboratorista había trabajado para el Pentágono, pero ahora iba *freelance*. No era agente de la Compañía y estaba disponible al mejor postor. Stromheim debía entregarme un compuesto de pentathol, diethylamida 25, desoxyna (y algunos otros ingredientes secretos) que le habíamos encargado, la sustancia era el lava-cerebros más potente conocido por la ciencia humana. El químico había programado a varios asesinos de esta manera hasta que los chicos del Pentágono encontraron una manera más efectiva en la forma de un cetáceo blanco de grandes poderes psíquicos.

Pues, para mi infortunio, esos malditos norteamericanos andaban tras Stromheim y fue de esta forma como todos convergimos en aquella plaza holandesa desatándose una intensa balacera. Logré huir liquidando a dos de los tres agentes, pero el Dr. Stromheim

desapareció durante el tiroteo y perdí la probeta con la sustancia. Me interné en el *Red Light District*, pero me interceptaron cuatro agentes. Di la pelea lo mejor que pude, hasta que una luz blanca lo envolvió todo. Bengala de magnesio, estaba ciego e indefenso como un topo fuera de su madriguera. Me noquearon con un golpe en la nuca y desperté atado a una silla en un galpón del muelle. Instintivamente me llevé la mano a la parte posterior de mi cabeza.

Ya no estaba ahí.

—¿Cómo lo extrajeron? —le pregunté al tipo vestido de blanco y con sombrero vaquero que tenía enfrente.

—Está sorprendido, ¿verdad? —respondió con acento tejano— Le dijeron que una vez implantado el nódulo no podía ser extraído sin ocasionar la muerte del anfitrión. Pues no lo hemos extraído de una forma convencional, lo irradiamos como si fuese un cálculo. Todavía está dentro de su organismo pero convertido en pequeños trozos que evacuará por las vías usuales. No se preocupe, la radiación es inofensiva para los humanos, le queremos en perfectas condiciones para su re-programación.

—¡Maldito hijo de puta! —le grité— ¿Acaso no saben para quién trabajo?

—Por supuesto que lo sabemos, pero, ¿sabe usted para quién trabajamos nosotros?

—Para ese bastardo ignorante de Bush.

—¿Ignorante el Presidente Bush? Muy por el contrario, el Sr. Presidente no es el tonto que el mundo cree, de hecho es un brillante estratega y constantemente se reúne secretamente con filósofos, historiadores y teólogos. El Sr. Presidente, además, es un hombre de una fe muy fuerte. El busca liderazgo en la oración y eso significa estar seguro de que hace lo correcto. Si tienes eso, todas las críticas no te afectan mucho. Porque estás respondiendo a Dios. ¿Sabe cuál fue el mejor truco de Satanás, amigo? Hacerle creer al mundo que no existe.

—O que se llama George W. Bush.

—*You got it all wrong, bub*. Permítame que le cuente una anécdota: un ternero por comer demasiado vidrio molido dio a luz una vaca. Sin embargo, como el becerro era varón, la vaca no podía llamarle «mamá» ni tampoco «papá», porque era demasiado joven. En consecuencia, el becerro tuvo que casarse con una persona y la alcaldía tomó las medidas correspondientes. Eso ocurrió aquí mismo, en algún lugar de la campiña holandesa.

—¿Y qué mierda quiere decirme con eso? —le pregunté ofuscado.

—No lo sé —me contestó cínicamente—, usted dígame.

—Está loco.

—Voy a relatarle otra anécdota, se llama «El gallo». Una vez un gallo quiso pasar por perro, pero no pudo, pues lo reconocieron enseguida. ¿Me entiende ahora, agente? ¿Es usted un gallo o un perro?

Todos los bastardos imperialistas allí reunidos estallaron en descontroladas risas.

—¿Usted tiene una anécdota que contar agente Anderson? —preguntó el líder de aquella banda demente a uno de sus subalternos una vez disminuyeron las risotadas.

—Sí, señor, una vez maté a una monja de un golpe de oreja y asusté a un notario con un lirio cortado.

—¿Eso hizo?

—Sí, señor, luego hui por las calles con un cuchillo verde, gritando hasta entumecerme de frío.

—¿Y usted, agente Bradley?

—Yo viajé en el tiempo y asesiné a mi propio abuelo.

—Entonces no debería estar aquí, agente Bradley.

—Tiene razón, señor —dijo el sujeto desvaneciéndose al comprobar su no-existencia.

—¿Y usted, qué puede contarnos, agente Creed?

—Nada muy interesante, señor, aunque una vez lustré mis zapatos con sangre de narices.

—¿Cómo logró ingresar al servicio con tan penoso anecdotario?

—Es que mi mamá es cuñada de la secretaria del General Peterson y…

¡Bang!, un balazo en medio de los ojos del agente Creed.

—Nepotismo, tráfico de influencias... ¡somos una meritocracia, por favor! En cuanto a usted, amiguito, sepa que todo lo que necesitamos llevar a Bardo es su cabeza en un recipiente con formol. Luego le clonarán un cuerpo nuevo, lo que quiere decir que podremos divertirnos un poco torturándole.

—¿Torturándome más aún de lo que han hecho hasta ahora con sus aburridas anécdotas? —le pregunté al vaquero haciéndome el gracioso, pero la verdad es que esos cultores del absurdo me tenían cogido por las bolas.

En eso una lluvia de vidrios quebrados anunció la oportuna llegada de la caballería. Era Hilary, que cual Mamba Negra, en unos

cuantos segundos y premunida sólo de su katana, eliminó a los cuatro agentes que me mantenían cautivo, aunque el payaso del gorro vaquero consiguió escapar. Ser rescatado por una mujer no es lo más viril del mundo, pero no estaba en posición de quejarme. Hilary tenía la bimota estacionada fuera del galpón, trastabillé al incorporarme de la silla y me arrastró a fuera como pudo.

Una vez libre de los agentes del Pentágono acudimos al hotel donde se alojaba Stromheim en busca del suero. Tuvimos suerte. No encontramos al Dr., pero sí tres probetas, por lo que el operativo podía continuar pese a todos los inconvenientes. Como agente de la Compañía uno debe adaptarse; ya saben, Darwin, evolucionar, I-Ching…

Hilary con sus encantos femeninos logró engatusar al miembro del parlamento británico con debilidad por las prostitutas holandesas y consiguió que la llevase a su cuarto donde procedería a administrarle el suero para luego dejarme entrar con las cintas en las que Jormungand había grabado sus instrucciones. Tras cinco horas de escuchar esas especies de chirridos quirópticos el parlamentario sería un títere de la Compañía. Pero algo sale mal, el tipo se pone pesado con Hilary que tiene poca paciencia para los manoseos y lo mata como en esa película de Bruce Willis, hundiéndole de un golpe el tabique nasal en el cerebro.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Hilary tras abrirme la puerta.

—No sé, llamar a Jormungand, supongo.

—Llámalo tú.

—¿Yo? ¿Por qué yo? Fuiste tú quien la cagó.

—Por favor, Vicentico —me implora poniendo esos grandes ojos de Bambi. Maldita bruja. Llamo al celular de Jormungand y le comento lo ocurrido. No me putea ni nada, sino que muy calmadamente me dice que la ayuda está en camino. Nos sentamos al borde de la cama con Hilary a mirar la televisión a la espera del «agente X» y cogemos un programa sobre la vida y obra de Rembrandt Van Rijn y Hilary me habla de una película de Barbra Streissand (a quien idolatra) donde es una chica judía que, para estudiar en la universidad, debe disfrazarse de hombre y resulta que la Streissand además de actuar es la productora del filme y quería dotarlo de un *look* similar al de las pinturas de Rembrandt, por lo que viajó a Amsterdam al museo del susodicho y estudió cada uno de los cuadros.

Knock knock! Llaman a la puerta. Es el agente X, un sujeto de apariencia desgarbada con aspecto de embalsamado, como si le

hubiesen inyectado parafina bajo la piel. Sus ojos son como dos espejos de obsidiana, como charcos de alquitrán o sangre negra. Se llama Clarence Cowie, nativo de Oklahoma y uno de los tantos infelices en los que experimentó el siniestro Dr. Dowling en aquel campo de concentración para comunistas durante el maccartismo. Cowie nos ordena colocar el cadáver del parlamentario en la bañera mientras procede a desvestirse. La visión de su cuerpo desnudo me repugna, es como si su piel fuese prestada, una vestimenta que no calza bien en los lugares donde debería. Entonces ocurre la metamorfosis: Cowie es sacudido por espasmos y su carne se transforma en una pringosa jalea transparente que se va evaporando parar dejar al descubierto un monstruoso ciempiés negro. Hilary se descontrola por completo ante tal manifestación infernal y el ciempiés le arranca la cabeza de un mordisco y la escupe lejos. Luego me mira con esos enormes ojos abisales y me hago a un lado para dejarle pasar a la tina donde vierte una sustancia maloliente y viscosa sobre el cadáver del parlamentario. Inmediatamente comienza a surgir humo de la bañera y un olor que me hace vomitar. El agente X se voltea molesto y le pido disculpas. Luego me acerco a la bañera y compruebo que no queda rastro alguno del infeliz al que debíamos lavar el cerebro.

—Trae a la chica —me ordena telepáticamente el ciempiés—, y no olvides la cabeza.

Hago como me ordena y el decapitado cuerpo de Hilary es sometido al mismo tratamiento que el de nuestra víctima. Luego, el agente X retoma su aspecto humano, viste su impecable traje gris de corte italiano y se marcha.

Suena mi celular.

—¿Todo bien? –pregunta Jormungand del otro lado de la línea.

—¡Esa cosa mató a Hilary! —le digo aún sin poder dar crédito a lo presenciado.

—Pues merecido se lo tenía esa puta por arruinar la misión —sentencia el Sr. Jormurgand—. Cowie es uno de nuestros mejores elementos, pero lamentablemente podemos utilizarlo poco, ya que tras cada metamorfosis queda inoperativo por un mes. Pero bueno, ya está hecho. ¡Ah! Casi lo olvidaba. Mañana te espero a cenar en el *Chez Robert* de París a las 21:00 hrs. Reservé mesa con un año de antelación así que no llegues tarde, Vic.

Adiós a Amsterdam, no tuve tiempo de visitar el museo de Van Gogh ni el de Rembrandt, ni siquiera de intimar con una

prostituta o fumar marihuana en un café, pero al menos sostuve interesantes conversaciones con Hilary durante nuestros desayunos del hotel Lankaster. Me di cuenta que la iba a echar de menos. ¿Acaso estaba enamorándome de ella? Ya de nada servía responder a esta pregunta.

Pese a la advertencia de mi jefe llegué con media hora de atraso. Me anuncié con el circunspecto mayordomo de la entrada, quien me condujo a la mesa del Sr. Jormungand, acompañado de dos exquisitas adolescentes japonesas vestidas de kogal a quienes identificó como Kuriko y Yuriko.

—Como te tardabas tanto, Vicente, me tomé la libertad de ordenar —dijo Jormungand mientras se ajustaba la servilleta al cuello—. Justamente aquí traen nuestros platos…

Ante mí el garzón puso una paila de greda que contenía un chupe de centolla condimentado con pimienta, nuez moscada, merquén de la Araucanía, pimientilla de Chiloé, haita nortina y palillo del Perú, una verdadera delicia. A Kuriko y Yuriko les sirvieron la Cajita Feliz del McDonald's acompañada de *milkshake* de naranja, mientras que el Sr. Jormungand se reservó La Suprema de Boeuf a la Placenta en aceite de caja de cambios usado, servida con lombrices de tierra al vapor y puré de chinches. Todo esto acompañado de un buen vino chileno: Chardonnay 93 Medalla Real de Santa Rita.

Ya avanzada la cena pregunté a mi jefe por el nódulo akhásico que me habían extraído.

—Lamentablemente sólo es posible implantarlo una vez en la vida útil de un agente —explicó Jormungand—. Es probable que cuando regreses a Chile se te sea asignado un GAP, pero dime, Vicente, ¿qué te parecen las chicas?

—No entiendo a qué se refiere, Sr. Jormungand —le respondo nervioso.

—Vamos, Vic, no seas tímido, ¿te parecen atractivas, por decirlo elegantemente?

—Por supuesto que sí.

—Pero una de las dos debe gustarte más, ¿Kuriko acaso? ¿O tal vez Yuriko?

—En realidad no sabría distinguir a una de la otra, no quiero sonar racista o algo por el estilo, pero para mí se ven iguales.

—¡Claro que se ven iguales! Y créeme, mi estimado Vicente, que no se es debido a eso que «todos los asiáticos se ven iguales».

Kuriko y Yuriko son homocigóticas, ya sabes, los benditos clones de la naturaleza…

—¿Gemelas?

—Sí, son hermanas gemelas. Una vez aclarado este punto, dime, ¿a cuál de ellas te gustaría llevarte a la cama una vez terminemos de cenar? Sé completamente honesto conmigo.

—¡Vaya! No sé, Sr. Jormungand, ¿acaso no tienen ellas algo que decir al respecto?

—Pero, mi querido amigo, si fueron ellas quienes me convencieron que te invitara a cenar con nosotros y te hiciera escoger a la más bella, cual contemporáneo Paris. Les he hablado mucho de ti, uno de los nuevos agentes más prometedores de la Compañía, y, pues querían conocerte en persona y carnalmente también. Así son ellas, par de gatitas lujuriosas… pero bueno, ¿ya te has decidido?

—No sé, como son idénticas, carezco de parámetros que faciliten una decisión y la verdad es que no quiero ofender a una por elegir a la otra…

—Pues bien, si no puedes elegir entre las dos, pues vete con las dos, un *ménage à trois* es lo mejor para liberar las tensiones. Toma, aquí están las llaves de la suite presidencial del hotel, que tengan una agradable velada.

Kuriko y Yuriko se incorporaron de sus respectivos asientos, me tomaron cada una de un brazo y nos dirigimos hacia la salida. Antes de abandonar el restaurant, Jormungand me gritó a viva voz: «¡Cuida bien de mis hijas, Vicente!»

Luego del extenuante ejercicio sexual y mientras Kuriko y Yuriko dormían sonó el teléfono:

—¿Cómo estuvo eso, Vic? —preguntaba Jormungand del otro lado de la línea.

—Sus hijas son maravillosas, jefe. ¿En verdad son sus hijas o es otra de sus bromas?

—Nunca bromeo cuando estoy en Francia, Vicente. En Italia y Polonia soy todo un juglar, pero en Francia no. La verdad es que no te llamo para hablarte de mis pequeñas, sino del rifle oculto en el baño.

—¿Qué rifle?

—Tienes una oportunidad para redimirte ante la Compañía por el fallo cometido anoche…

—¡Pero fue Hilary…!

—¡Guarde silencio, agente! —me gritó Jormungand. Nunca le había oído tan ofuscado como en ese momento— Cuando usted forma un equipo es responsable de todas las metidas de pata de su compañero, métase bien eso en la cabeza, nada es más detestable para la Compañía que la falta de lealtad, ¿me comprende?

—Sí, señor, disculpe.

—Si quieres realmente disculparte, Vic, vas a buscar las partes del rifle ocultas en el baño y vas a cargarte al agente enemigo que dentro de exactamente quince minutos y veintitrés segundos va a pasar caminando bajo tu ventana.

—Pero estamos en el piso dieciocho, no creo que pueda apuntarle desde tan arriba.

—Relájate, Vic. El rifle tiene mira telescópica. Pero basta de palabras y más acción, quedan catorce minutos cuarenta y siete segundos para que el Hombre Invisible aparezca...

—¿Hombre invisible? ¿Cómo se supone que pueda dispararle a alguien invisible?

—No seas idiota, Vicente. Ese es su nombre clave y aún cuando pudiera volverse invisible la mira del arma tiene visión térmica. Ahora ve y no me defraudes nuevamente.

Acudí al baño, cerré cuidadosamente la puerta, busqué las distintas partes del rifle, lo armé cual rompecabezas y abrí la ventana. Faltando un minuto apareció en mi campo visual el misterioso «hombre invisible». No pude verle el rostro, ya que lo cubría con un sombrero gris de ala ancha. Jalé el gatillo y el agente cayó con un sonido metálico sobre el suelo. Le disparé dos veces más para asegurarme que estuviese muerto y cerré la ventana, desarmé el rifle, arrojé las piezas al excusado y tiré de la cadena. Luego volví a la cama con las gemelas que dormían plácidamente y es aquí donde todo parece desdibujarse. Esta es la zona nebulosa de la indeterminación donde no encuentro nada a qué aferrarme mientras me precipito al abismo. Los recuerdos se superponen y confunden como finas láminas. ¿Esto ocurrió o aún está por ocurrir? ¿Puedo ver el futuro acaso o tal vez experimentar, como Dick, una vida paralela y simultánea? ¿Quién manipuló mi mente? ¿Cebra o FASat-Alfa, el Sr. Jormungand o mi padre? Hay pistas, me digo a mí mismo, pistas desperdigadas por doquier cual rompecabezas de niño hiperactivo. Sé que estuve en Holanda, sé que estuve en Amsterdam, pero bajo otras circunstancias...

llegado el fin del primer semestre, se organizó un viaje de estudios. Viajamos en bus, de noche, zarpamos en un enorme *ferry* desde un lugar llamado Felixtowe y finalmente llegamos a Holanda donde alojaríamos en el Hotel Lankaster. Estuvimos cinco días en Amsterdam durante los que, a excepción de uno, nunca me sentí más solo en toda mi vida. Estaba inserto en un grupo de gente distante para quien no era más que el «extranjero» de procedencia indeterminada entre sus filas, en un país en el que a duras penas podía comprender lo que pasaba y cuyas peculiaridades y costumbres me eran tan extrañas como yo debía serlo para los demás. Fui al *Red Light District*, miré boquiabierto a las chicas de las vitrinas, pero sólo eso. Estuve en el Café Bob Marley y en el Café Pink Floyd; no fumé marihuana, sólo tomé té. En el museo de Van Gogh me acerqué tanto a un cuadro para ver las pinceladas que comenzó a sonar una alarma y en dos segundos tenía un guardia encima. En las calles y cuando andaba con mis compañeros ingleses, yo era siempre a quien los traficantes se acercaban a ofrecer sus productos (incluso un tipo me pidió que le vendiera droga cierta ocasión que me quedé parado en una esquina más tiempo del requerido). Por las noches mis «amigos» se iban a beber o bailar y yo me quedaba solo en el dormitorio del hotel que compartía con dos de ellos. Una vez me invitaron, eso sí, durante la primera noche, ¿y a dónde fueron? A un pub inglés a beber *one pint of lager* y escuchar a Queen y The Rolling Stones.

Al día siguiente me desperté completamente solo, mis compañeros de cuarto no estaban. Bajé a desayunar y tampoco encontré a nadie, le pregunté al tipo de la recepción dónde estaba todo el mundo y en un inglés más precario que el mío me explicó que se habían marchado en el bus a un paseo o algo así. «¿Por qué no estás con ellos?», me preguntó. «Nadie se molestó en despertarme», le contesté. Así que regresé al bar-restaurant en busca de mi desayuno y fue entonces cuando la vi sentada en una mesa, bebiendo un jugo de naranja o algo por el estilo. Tenía rasgos asiáticos, pero era británica. Estaba acompañando a su padre que se encontraba en Holanda por asuntos de negocios y tras desayunar nos fuimos a recorrer las calles de Amsterdam. Vimos muchas esculturas, desde los típicos bustos de próceres hasta las más vanguardistas; vimos un enorme molino, una estatua de piedra de un Tiranosaurio a escala natural y un galeón en las afueras del Museo Marítimo. Pasamos todo el día juntos, el mejor día de toda esa maldita semana, por la tarde nos despedimos y

no la volví a ver nunca más. Se llamaba Yuriko, ¿o Kuriko...? Mariko, tal vez, ¿o era Usako? ¡Es tan difícil pensar sin mi nódulo! ¡Malditos yankees hijos de puta!

***

Nunca antes la Compañía se había retrasado tanto en enviar órdenes. Pero al menos ahora estamos más cómodos que en la pensión de doña Carmen. Hice de mi centro de operaciones el escritorio de la dueña de casa, equipado con un antiguo pero eficaz hp pavilion mx70 y conexión de banda ancha a Internet. Hay adornos «étnicos» por todas partes incluyendo un cazador de sueños en un lugar poco práctico como para ser efectivo. El monitor está empotrado en una biblioteca llena de libros esotéricos y uno que otro Best-Seller como *El número Neumann*, de Moncho Artigas, *Tetrablack*, de Algernon Lozada y *El código Da Vinci*, la controvertida pero mediocre obra del hijo de un matemático y una cantante de música sacra. Leí el libro, una porquería. Ciertos hechos históricos allí relatados son verdaderos, pero aún así no son más que una minúscula fracción de la verdad oculta, esa que muy pocos agentes conocen. Una verdad que ciertamente no atañe a Jesús, sino al mismísimo Leonardo Da Vinci, el gran titiritero de la humanidad.

Repaso los títulos de algunos de los otros textos: *El Poder del Uno*, del Rabino Philip S. Berg; *El Tarot Mítico*, por Juliet Sharman-Burke y Liz Greene; *La segunda Ley de la Termodinámica*, por Aldous Frei; *Las siete leyes espirituales para padres*, de Deepak Chopra; *El Kybalion*, por los Tres Iniciados… ¿Cuánto sabría la dueña de casa sobre Hermes Trismegisto y los principios de la filosofía hermética? ¿Sería miembro del Colegio Invisible acaso? ¿De la Golden Dawn o incluso de la Compañía? Uno nunca podía estar seguro, ya que una de las reglas fundamentales de la Compañía es que nadie debe conocer personalmente a más de cinco miembros a lo largo de su vida. Marte es el dios tutelar de todas las sociedades secretas y la rivalidad alcanzó a la primera Compañía en la antigua Babel. Todo el mundo se conocía y cayeron así en el egotismo trascendental que hizo que Dios derrumbara la torre y esparciera a sus agentes por el mundo sin el conocimiento previo que tenían los unos de los otros. Aquella descentralización radical de la Compañía era un arma de doble filo y muchas veces ante alguna respuesta inusitada o alguna persona

notable me asaltaba la duda si acaso no estaré frente a otro agente de la Compañía.

Formalmente yo conocía al Sr. Jormungand (no, Kuriko y Yuriko no eran agentes); a Balandro; Hilary; al siniestro Cowie y al Dr. Ortúzar, por lo que ya había llegado al límite de mi cuota. Sin embargo, ésta fue excedida cuando se citó (o más bien teleportó) a los mejores agentes a la Base Central de la Compañía emplazada al mismo tiempo en Hokaido, la Antártida y el lado oscuro de la Luna. ¿Qué podría decir de lo que vi en aquel Matadero y de las cosas exorbitantes que en él acontecían? Primero, han de presuponer que todos cuantos allí trabajaban, desde el menor hasta el mayor, eran gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer a Dios ni a su justicia y los más, amancebados; eran aves de rapiña carniceras que se mantenían de lo que hurtaban a otras tierras paralelas. Tras un engorroso proceso de esterilización en la sección de teletransporte y suministros, se nos ordenó esperar en nuestras celdas hasta el momento de la reunión. Las habitaciones eran totalmente blancas y sin nada en ellas, salvo una cama ajustable a las medidas anatómicas del usuario. La puerta estaba cerrada y no se abriría hasta que fuésemos convocados a la sala de reuniones.

Tras varias horas de aburrimiento la puerta se abrió dándome acceso inmediato a la sala de reuniones, una habitación oval tan grande como un estadio, con lo que parecía ser una diminuta mesa en el centro. De varias puertas situadas alrededor de la curva muralla surgían agentes como si fuésemos gladiadores del circo romano. Tras una caminata de unos diez minutos arribé a la gran mesa redonda de roble macizo que la Compañía había rescatado del infame castillo Wewelsburg y tomé asiento en uno de los butacones tapizados en cuero.

A mi lado izquierdo se sentó una cara familiar: Clarence Cowie. A mi derecha una atractiva pero pálida chica con aspecto de gótica que jamás había visto. Conté a los agentes y no pude evitar recordarme de «La última Cena» de Da Vinci, ya que éramos doce. Pero había un espacio vacío, faltaba el treceavo miembro en este trascendental *meeting*, el representante de la Compañía. ¿Dónde diablos estaba? ¿Es efectivamente María Magdalena quien está sentada a la derecha de Jesús? ¿A quién pertenece esa mano empuñando un cuchillo…? ¡Ah el genio de Leonardo! Tan prodigioso que hasta el día de hoy tiene a la humanidad desconcertada. Ciudadanos y millonarios se

disputaban sus servicios y los reyes le pedían que los honrara con su presencia en la corte; se convirtió en objeto de un verdadero culto. Sin embargo, en el fondo, Leonardo fue siempre un ser solitario que nunca encontró en la Tierra una inteligencia equiparable a la suya, con la cual entablar una profunda comunicación intelectual. Aburrido, creó un duplicado de sí mismo y lo envió a la corte del rey Francisco I mientras se avocaba en secreto a la tarea de construir una máquina del tiempo con la que viajó a un futuro muy lejano de la Tierra regido por los Rull, raza de insectos gigantes alienígenas. Sólo entonces pudo estar entre seres a la altura de su genio, se convirtió en líder de los Rull y en conjunto desarrollaron la tecnología necesaria para conquistar no sólo el tiempo y el espacio, sino el Multiverso entero.

Y ese es el origen de la Compañía.

—Bienvenidos, amigos míos —dijo Leonardo materializándose de pronto en su silla. Se veía idéntico a ese famoso retrato que algunos especialistas aseguran es el suyo (incluso su imagen estaba en los mismos tonos amarillentos y sepia)—. Disculpen que no pueda acompañarlos físicamente, pero estoy a trescientos millones de años en el futuro. Seré breve y conciso. Ustedes son los mejores agentes de Tierra-616, por lo que han sido seleccionados para cumplir con cinco misiones que, de ser exitosas, cambiarán el curso de la Guerra que libramos aquí en el futuro. Estas misiones serán realizadas en el transcurro de diez años durante los cuales serán requeridos cada vez que llegue el momento preciso en que han de ser efectuadas. La primera deben llevarla a cabo dentro de 48 hrs. El líder de campo será el Sr. Cowie. Por favor, observen la imagen que será proyectada.

Al centro de la mesa unos lentes y espejos enfocaron un haz de luz proyectando un holograma a escala real de un sujeto que nadie, a excepción mía, pareció reconocer.

—Su objetivo —dijo Leonardo— es proteger a este sujeto.

Para mi sorpresa se trataba nada menos que del General Pinochet. ¿Alguna vez te preguntaste por qué falló el operativo destinado a eliminar al dictador? Pues nosotros lo evitamos, los doce mejores agentes de la Compañía.

Los terroristas nos doblaban en número y estaban provistos del armamento más avanzado que podía conseguirse en 1986. Este comprendía lanzacohetes Low (algunos de los cuales no pudieron activarse por problemas en el disparador y otros mecanismos),

subametralladoras P-25, fusiles SIG y M16. Pero el peligro no lo representaban los heroicos miembros del Frente Patriótico, sino que los cuatro metas de formidables poderes que Cuba y la RDA les había proporcionado como apoyo. Estos sujetos no necesitaban portar armas, ya que ellos las eran.

A las 18:35 horas la comitiva de ocho autos blindados y cinco motocicletas, donde iba Pinochet junto a uno de sus nietos, Rodrigo, pasa por camino de Cajón del Maipo. En la cuesta de las Achupallas es interceptado por una de las tres unidades subversivas que, utilizando un vehículo con remolque, obstruyen el tránsito antes que llegue la comitiva al punto de ataque. Los terroristas atacan con una ráfaga de balas y posteriormente con fuerza explosiva. Ya cuando Pinochet y los suyos se posicionan sobre el punto demarcado, la unidad de metahumanos sobre la cuesta empieza el ataque. Nuestro agente con la habilidad de teleportarse penetra en el vehículo de Pinochet y lo extrae para llevarlo a la seguridad de una loma desde donde estamos contemplando el ataque. Casi fuera de sí, el infame dictador grita: «Mi nieto aún está dentro del vehículo, imbécil, debes ir a rescatarlo». El azuloso Kurtz miró a Cowie buscando aprobación en su mirada, pero éste negó con la cabeza.

—Nuestras órdenes son rescatar y proteger al General. El resto de su comitiva es desechable —dijo el agente X con su fría y distante voz.

—¿Desechables? Mi nieto y mis mejores hombres están siendo masacrados allá abajo.

—Tiene más nietos, general, y más sicarios de uniforme a su servicio. No los echará de menos.

—Hijo de puta... —dijo Pinochet aferrando a Cowie de su chaqueta, pero entonces el agente X cambió de forma y el dictador comenzó a sacudirse y sudar copiosamente.

—¿Qué le ocurre? —pregunté.

—En ciertas ocasiones, el estrés súbito y abrumador puede desencadenar un ataque cardíaco —contestó Belle, la chica gótica que, según entendí, era una suerte de vampiro.

—Perfecto —dijo otro de mis colegas—. Ahora los causantes de la muerte de este desgraciado seremos nosotros.

—Thelma, sánalo —ordenó Cowie recuperando su apariencia humana.

La anciana posó sus huesudas manos sobre el pecho de Pinochet que yacía cuan largo era sobre el suelo transmitiéndole su energía sanadora. El poder de Thelma era tal que podía volver a la vida un cadáver si estaba lo suficientemente fresco.

—Infarto al miocardio y edema pulmonar —dijo la anciana sin alzar la cabeza ni abrir los ojos.

—¿Estará bien? —preguntó el agente X.

—Mejor que antes incluso. Gracias a mi intervención ahora vivirá hasta los ochenta y cuatro años.

—Bien, Kurtz, ve por el nieto de Pinochet antes que...

¡Boom! Un poderoso rayo de plasma destruyó completamente el automóvil blindado del Dictador con su pequeño nietecito dentro. Era uno de los metas, un sujeto que podía inflamarse como una antorcha viviente. Otro de ellos, de amplios poderes coercitivos, manipulaba a los miembros de la comitiva del general para que se dispararan entre ellos. Un tercero, que parecía una estatua de mármol, luchaba contra nuestros agentes arrojándoles automóviles y trozos de rocas gigantescas como si fuesen meros peñascos.

—¿Por qué no nos advirtieron que el FPMR contaba con metahumanos? —pregunté.

—De seguro no lo sabían —respondió Belle—. Conozco a estos sujetos, tres metas cubanos y dos metas alemanes.

—Sólo veo a tres —dijo Cowie completamente desnudo tras arruinar su impecable traje de alta costura.

—No verás a la cuarta, que por cierto es la más peligrosa.

—Süskin —dijo Cowie y por primera vez noté que la voz le temblaba—, debemos irnos de aquí cuanto antes.

Once escoltas murieron en el atentado mientras doce, contando al nieto de Pinochet, resultaron heridos. El mocoso había conseguido abandonar el auto por sus propios medios antes que estallara, aunque resultó con quemaduras de segundo grado de esas que provocan pérdida de estructuras anexas a la piel como son los folículos pilosos, las glándulas sudoríparas y las glándulas sebáceas, entre otras. Nada que los mejores cirujanos plásticos y varios injertos de piel no pudieran solucionar de cualquier forma. Fidel Castro, que por ese entonces se encontraba de gira por Zimbabwe y Yugoslavia, recibió la noticia con frustración. Otro tanto ocurrió con Erich Honecker en Berlín y John Travolta en Hollywood.

***

Hoy, como todas las mañanas, salí a recoger el diario a las 8:30 hrs. en punto. Tuve un sueño muy hermoso antes de despertar. Soñé que estaba al borde de un gran río color tierra que arrastraba árboles enteros con serpientes de vivos colores enroscadas en las ramas, mientras pensativos lémures contemplaban la orilla con ojos tristes. Lástima que fuese sólo un sueño… Era día domingo, por lo que el bulto envuelto en plástico era particularmente voluminoso debido a todos los suplementos extras y coloridos panfletos en papel *couché* de las casas comerciales. No había señales del GAP por ningún lado. Recordé entonces que la noche anterior había mencionado algo de ir a misa a una nueva iglesia. Otra señal que el autómata estaba evolucionando...

Desde hace un tiempo que el café me cae mal por las mañanas, así que ahora lo tomo con leche y *nutra sweet*. Beber café mientras leo el periódico es una de las cosas que me agrada en la vida. Así que leo el diario y descubro que está a punto de concluir la exposición «Maestros del Impresionismo», en el Museo del de Bellas Artes. «Con una afluencia de público calculada en más de 900 mil visitantes, la exposición Maestros del Impresionismo, que actualmente se exhibe en las salas Matta y Nemesio Antúnez del Museo de Bellas Artes, es considerada una de las más importantes que se hayan realizado en Chile en los últimos años.» ¡Qué increíble, y yo sin enterarme de nada! «Por este motivo, la exitosa muestra que enriquece el tema de los impresionistas en la historia del arte universal, extendió su periodo de exhibición hasta este domingo...» ¡Debía ir cuanto antes! Si bien es cierto durante mi estadía en Europa visité varios museos, poco y nada vi de arte impresionista. La nota ponía énfasis en la presencia de la obra maestra de Georges Seurat, «La Grande Jatte», que el Museo de Chicago no prestaba a ninguna institución desde 1958. Decidí que me pegaría una «escapada» al Bellas Artes sin que Gabriel lo supiera. No quería incidentes. Los museos y galerías de arte son como las iglesias para los agentes. Sitios neutrales, ningún homicidio puede realizarse en sus dependencias.

Propiné otro sorbo a mi insípido café y seguí hojeando el matutino hasta encontrarme, para mi sorpresa, con nuestra víctima de la cancha de fútbol. «Aún no puedo creer lo que me pasó, creí que me moriría», estaba escrito en grandes letras negras junto a la foto del sujeto y el microcirujano de manos del Hospital del Trabajador

que le había reimplantado los dedos. De acuerdo a la nota, el fiscal había solicitado al OS-9 de Carabineros que trabajara en conjunto con la SIP de la 13ª Comisaría de Peñalolén para dar con los «delincuentes». ¡Delincuentes! Si supieran los pobres infelices quiénes somos en verdad se cagarían los pantalones de miedo.

El tipo al que Gabriel le cortó los dedos era reponedor en un supermercado de Maipú. Era un trabajador, un hombre «del pueblo», la clase de gente para la cual mi socio decía luchar durante su juventud. Antes de ser reclutado por la Compañía, Gabriel estaba firmemente convencido de los ideales marxistas de abolir de la propiedad privada y colectivizar la sociedad. Despreciaba el sistema chileno de derecho y justicia, ya que «estaba orientado por intereses de clase, y sólo protegía a los adinerados». Gabriel siempre contaba, con el pecho henchido por el orgullo, las hazañas de su tío Horacio que, junto a un «puñado de idealistas», participó en el secuestro del metro en mayo de 1980 exigiendo que lo desviaran a Cuba.

—Fue uno de los más grandes golpes dados a la dictadura —decía Gabriel con una devoción cuasi religiosa mientras entonaba una vieja canción de Bob Dylan que gustaba mucho a su tío, creo que era «Like a Rolling Stone», o «Blowing in the Wind…» El tío de Gabriel, tras su arresto, se convirtió en un desaparecido más. Esto fue la inspiración que su sobrino necesitaba para decidirse a seguir sus pasos.

A fines de 1980 Gabriel ya estaba siendo entrenado en las escuelas de guerrilla y terrorismo, principalmente en países del ex Pacto de Varsovia, Libia, Argelia y Corea del Norte y siempre me recordaba que él estaba recibiendo instrucción paramilitar en Punto Cero en La Habana y la Escuela de Odinsobo en Rusia, cuando yo todavía usaba pañales. Según Gabriel, había formado parte de la famosa Operación Siglo XX, pero nunca lo vi durante aquel atentado aunque, de acuerdo a Gabriel, el que estaba mintiendo era yo. Bueno, no mintiendo tal vez, pero sí equivocado.

—¿Cuándo naciste? —me preguntó.

—En 1977 —le respondí.

—Qué edad tenías entonces para el atentado a Pinochet, ¿nueve años?

—Creo que sí.

—Ahí está la prueba, ¿cómo ibas a formar parte de la élite de agentes de la Compañía a los nueve años?

Gabriel tenía razón. Las fechas no concordaban y yo era un adulto en esos recuerdos. Puede que este «recuerdo» fuera similar al del operativo en Holanda, fragmentos de la memoria de un agente «borrado» redistribuidos entre los demás por medio de FASat-Alfa. Aunque también cabía la posibilidad que efectivamente se tratase de mí, pero de un yo del futuro enviado como en «Terminator» a impedir la muerte de un personaje clave. ¿Pero cómo podría recordar un hecho en el que aún no participaba? Aunque en realidad sí había participado y al parecer la memoria de este hecho se filtró desde mi yo futuro. Después de todo, nuestros cerebros construyen matemáticamente la realidad «concreta» al interpretar frecuencias de otra dimensión, una esfera de realidad primaria significativa que se ubica fuera del espacio y el tiempo denominada Panoptykon. Este es el sitio, morada o reino de los Archaenides, desde el cual extendieron sus seudópodos para manipularnos.

De cualquier forma Gabriel es un mentiroso proclive a inventar o apropiarse de anécdotas ajenas y es posible que su participación en el atentado a Pinochet sea otra muestra de ello. En ocasiones le he escuchado asegurar que él es el civil que se interpuso ante los tanques que avanzaban hacia la Plaza de Tiananmen. No han sido pocos los ingenuos que se han tragado esta historia debido a la plena convicción y seguridad de Gabriel. Una historia que le gustaba particularmente contar a mi *partner* era aquella que decía relación con el saqueo a un consultorio público durante una protesta. Gabriel estaba «coordinando» el hurto de leche y medicamentos junto a unos pobladores, cuando en eso aparece una columna de tanquetas. Nadie estaba armado, pero Gabriel encontró un tubo de PVC, caminó hacia los tanques y se arrodilló con el tubo en el hombro. Los torpes y cobardes soldados creyeron que Gabriel tenía un lanzacohetes Low y dieron media vuelta. Gabriel era pura pantalla y bravuconería. En cierta ocasión unos agentes de la CNI lo estaban esperando a la entrada de una casa de seguridad. Gabriel andaba sin su fierro, pero cuando los CNI se le acercaron se puso las manos en el cinto y fingió que acomodaba la pistola bajo el chaleco. Los de la CNI retrocedieron dándole de esta forma la oportunidad de huir a bordo de un bus que justo en ese momento pasaba por la calle.

¿Será acaso que recibir órdenes de alguien mucho más joven y menos preparado en técnicas de guerrilla está comenzando a

incomodar a Gabriel? Porque mi *partner* siempre tuvo complejo de superioridad. En aquel tiempo en que servía como instrumento torturador del Estado se hacía llamar «capitán Gabriel», pese a ser sólo teniente. También aseguraba haber estudiado Derecho en la Universidad de Chile (aunque sólo duró un semestre) y ejercer como profesor de Etica en la Escuela Militar, lo que era totalmente falso.

La verdad es que Gabriel se parecía en muchos aspectos al Chelo, mi viejo amigo de adolescencia, siempre intentando probar lo macho que era por medio de la violencia y creyéndose superior por tener piel blanca y rasgos indoeuropeos. No saben cómo detesto a los racistas; es la única raza que odio de corazón como canta Molotov en «Voto Latino». Sé lo que es el racismo, lo viví en carne propia cuando en Inglaterra unos *hooligans* me utilizaron para trapear el suelo de un pub llamado curiosamente *The Fightings Cocks*. Debí haber adivinado que me encontraría en aquel sitio con estos sujetos que en realidad no son más que xenofóbicos que externalizan su propia inseguridad y sentimiento de ser inferiores contra los «otros», ya sean franceses, latinos, homosexuales, comunistas o zeta-reticulanos. Los ingleses podrán parecer muy civilizados, pero bajo esa pátina de cortesía y aparente indiferencia guardan un odio que no he visto en gente de otras nacionalidades. Odian a los escoceses e irlandeses, odian a los galeses, a los franceses y desprecian a todo el resto. Yo que viví allá puedo asegurarles que ese dicho que dictamina que los chilenos somos «los ingleses de Latinoamérica» no es gratuito, aunque lo somos no por las mejores razones, sino vasta preguntarle a un hermano boliviano o peruano.

Recuerdo cierta ocasión en que íbamos caminando con el Chelo a una fiesta y pasan unos tipos en un escarabajo amarillo que nos insultan gratuitamente. El Chelo les grita de vuelta alzando el dedo medio de su mano derecha y los tipos frenan en seco y, de pronto, de ese pequeño auto que Hitler bautizara como «Kdf-Wagen», salen cinco matones con pinta de raperos a encararnos. Me dije: «Estamos en serios problemas», pero antes que el líder de la banda llegase el Chelo saltó sobre él, lo aferró de la chaqueta y le gritó escupiéndole la cara: «Vai a sacar una pistola conchetumare, por que si no sacai una pistola te voy a hacer mierda el hocico a combos».

Supongo que el metro noventa y cinco y los ciento veinte kilos de peso de mi amigo en algo contribuyeron a intimidar a esos pungas. El caso es que aproveché el desconcierto del líder para «negociar» con los otros cuatro. «Ustedes son cinco y nosotros dos, para qué nos vamos a pelear, vamos a una fiesta y ustedes parece que también, olvidemos el asunto…» Todo terminó con un «vale socio» e intercambio de saludos. Cuando el líder de los hip-hoperos se dio la vuelta, pude ver enfundada en su cinturón una pistola…

***

Ese domingo era el último día de los «Maestros del Impresionismo» en el Bellas Artes y al parecer todos quienes no habían ido antes a ver la exposición, decidieron hacerlo entonces. Según el periódico, desde la retrospectiva de Claudio Bravo en 1994 que el museo no convocaba tantos visitantes los que, para mi encono, se agolpaban cual cardumen en torno al cuadro que más me interesaba, «La Grande Jatte». Por suerte el bajo promedio de estatura del chileno medio me permitía observar el cuadro desde una respetable distancia.

—*You can know every inch of a picture by heart and it can still be a mystery* —escuché decir a mi lado. Era el agente que me salvó el pellejo en la Plaza de Armas quien hablaba.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté.

—Admirando el arte, ¿qué otra cosa podría estar haciendo? Además de redactar informes los pinto. ¿Sabe? Escribir y pintar son los mejores métodos de extracción de datos. Paul Klee decía que el arte no reproduce lo visible, sino que lo hace visible. El artista ve algo que otros no ven, y al verlo y plasmarlo en un lienzo lo hace visible para los demás. Arte recognitivo le llamo. Un tipo de la Universidad de Texas, de esos que estuvo involucrado en el Proyecto Manhattan, dice que nada existe hasta que es observado. El observador crea observando, y el observador observa al crear. En resumen, observar es un acto creativo y la gente que se aglomera aquí parada para contemplar esta obra maestra no es menos creadora que los impresionistas.

—Me pregunto qué hubiese opinado Savonarola de eso.

—Savonarola ha sido satanizado injustamente, ya que en cierta forma sus prédicas no carecían de fundamentos. El Renacimiento fue una época sin dioses. La iglesia estaba más corrupta que nunca. El papado era un puesto político. Ese era el medio ambiente

sociocultural contra el que reaccionó Savonarola, un mundo en que se sospechaba que el Papa era un asesino. Así que no es de extrañarse que Savonarola llegara a Florencia y viese el mal por todas partes. Miguel Angel se sentía cautivado por él, mientras que Maquiavelo lo consideraba un impostor. Pero todos sin excepciones admitían su poder y es por eso que la Compañía lo eliminó. Al igual que ese otro gran mártir que fue Giordano Bruno, Savonarola terminó ardiendo en la hoguera.

—Vaya, no tenía idea de eso...

—Ojalá y contara yo con el don de la ignorancia. Cómo lo agradecería.

—A propósito de eso, no tuve la oportunidad de agradecerle por su ayuda en...

—No fue nada —me interrumpió.

—Tiene usted muy buena puntería, y su pistola...

El agente se abrió la chaqueta y pude ver el mosquete en su funda. En el mango estaba grabado lo siguiente: «Raphael Adolini-1715».

—Raphael Adolini fue un pirata de origen italiano criado en Marruecos —explicó—. El y sus hombres desaparecieron misteriosamente en el punto más álgido de su carrera. Su barco, el «Muerte Negra», era temido especialmente porque a diferencia de otros navíos usaba una bandera roja, la *jolie rouge* que significaba muerte para todas sus víctimas. El «Muerte Negra» fue encontrado sin tripulantes ni daños visibles en 1718 en medio del Triángulo de las Bermudas. Esta nena fue modificada para emitir haces variables de luz coherente, pero es la misma vieja pistola.

—¿Cómo la obtuvo?

—Me la obsequió un agente alienígena tras derrotar en singular combate a uno de los suyos. En mi juventud fui un consumado judoka. ¡Qué tiempos aquellos!

—Gracias de todas formas.

—Muchacho, si un agente no le cuida la espalda a otro, ¿quién lo hará? ¿Los burócratas de la Compañía?

—Hablando de la Compañía, mi compañero y yo estamos algo impacientes por recibir instrucciones.

—Eso es un problema, ¿no? Los agentes sin órdenes se tornan impredecibles. Conozco a uno que esperó tanto que se metió a trabajar en una fábrica de celulares en el norte de China para matar el tiempo.

—¿Conoce al Sr. Jormungand?

—¿Que si lo conozco? Mi joven amigo, recluté y entrené personalmente a ese ingrato y engreído hijo de puta. Ahora se cree muy importante, dice que su culo vale más que el Louvre, como si sus pedos fuesen de ambrosía y cagara lingotes de oro puro. Condenado bastardo, gracias a mí ascendió como un globo de helio en la atmósfera y cuando estuvo lo suficientemente alto se olvidó de mí. Me desechó como a un juguete viejo e inservible y, si bien ya estoy viejo, aún soy bastante útil.

—¿Qué me aconseja que haga, entonces?

—¿En relación a la Compañía? Esperar. Hay ocasiones en que no se contactan conmigo por meses y otras en que no existe día sin recibir sus órdenes.

—¿Le ordenaron estar aquí?

—Sí, es el último día en que «La Grande Jatte» es vulnerable y yo estoy aquí para supervisar que todo salga bien. No queremos que se repita lo del MOMA en 1958.

—¿Qué fue lo que ocurrió el 58?

El agente fijó en mí una mirada suspicaz y luego dijo:

—Usted no porta un nódulo akhásico. No está en línea con FASat-Alfa.

—Así es, la CIA me lo extrajo durante un operativo en Amsterdam.

—Esos hijos de puta carecen de sutileza. Son americanos después de todo, los «reales americanos», como les gusta considerarse a sí mismos.

—¿Pero no es usted norteamericano, acaso?

—Yo estoy por sobre entelequias burdas como la «nacionalidad» y no pertenezco más que a mí mismo. Soy algo así como un *homo non-sapiens* que se deja llevar por las circunstancias y sólo interviene cuando no queda otra alternativa. Los norteamericanos, en cambio, le tienen horror a la incertidumbre, no quieren saber de Heisenberg, no señor. Su mayor miedo es perder el control, que las cosas ocurran sin su interferencia, desean ser omniscientes y omnipresentes, estar en todo como ese gran icono de capa roja y la «S» en el pecho que tanto aman. ¿Cómo podría ser de otra forma si su política, su idiosincracia misma como nación se basa en el «Destino Manifiesto», aquella doctrina originada en los colonos ingleses puritanos,

protestantes radicales que se creían un nuevo «pueblo elegido» en camino a la tierra prometida? Los norteamericanos se creen el pueblo elegido y en esta calidad hay un fin manifestado por Dios según el cual les es permitido apropiarse de todo territorio que estuviese destinado a formar de parte de la «tierra prometida», aunque este territorio se ubique en el sureste asiático, el medio oriente o Chile. Sí, esto debe saberlo muy bien usted, deben habérselo enseñado en la escuela. Fueron los norteamericanos quienes derrocaron un gobierno democrático y dieron su apoyo a los traidores. Entre 1970 y 1973, la CIA estableció contactos con militares chilenos con el fin de recolectar materiales de inteligencia y permitir a los Estados Unidos comunicarse con el grupo con más posibilidades para arrebatar el poder a Salvador Allende. En efecto, la CIA financió desde la propaganda manipuladora con la prensa hasta el apoyo a gran escala de partidos políticos chilenos, pasando por las encuestas de opinión pública e incluso tentativas directas para fomentar un golpe militar.

—Me recuerda algo dicho por el Sr. Jormungand: «A los norteamericanos les gustaría entrar en su propio estómago y digerir la comida y sacar luego la mierda a paladas».

—¿Y sabe de dónde sacó esa frase? Esa frase es mía, el muy bastardo no hace más que repetir lo que yo le enseñé. No tiene ni una sola idea original en su cabeza, todo es una cita, o una apropiación, o un *cut-up*. Jormungand es el equivalente a ese traje cambiante que combinaba y alternaba incesantemente el aspecto de 1.500.000 personas. No creo que lo conozca, es tecnología antigua. Fue inventada casi por accidente en los Laboratorios Bell por un tipo de apellido Powers... Básicamente su diseño consistía en un lente de cuarzo conectado a un millón y medio de representaciones fragmentarias de hombres, mujeres y niños, con cada variante codificada y proyectada en todas direcciones sobre una membrana superdelgada que era algo así como un traje de buzo, muy sofocante e incómodo. El Inductor de Imágenes lo volvió obsoleto. Pero en fin, respondiendo a su interrogante sobre qué ocurrió en 1958 es que por poco y «La Grande Jatte» fue destruida. La pintura ha formado parte de la colección del Art Institute de Chicago desde 1926 y a regañadientes fue prestada para una retrospectiva de Seurat a realizarse en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. A poco de colgada en las paredes se desató un incendio en las galerías del MOMA. Muchas obras maestras

debieron ser evacuadas a la calle. Recuerdo haber visto un cuadro de Picasso apoyado contra un hidrante... Los Ronels por poco y se salen con la suya.

—¿Ronels?

—Eso dije, Ronels. Alienígenas bastante curiosos. Sus cuerpos no están basados en la biología celular, sino que están compuestos por grupos de virus y nuestro aire para ellos es venenoso. Tienen once dedos en casa mano, por lo que naturalmente desarrollaron un sistema numérico undecimal. Las matemáticas derivadas de esto hicieron posible el desarrollo de su tecnología de teleportación que les ha permitido conquistar dieciséis universos. ¿Quién podría pensar que un dedo de más podría hacer una diferencia tan grande?

—¿Los Ronels querían el cuadro de Seurat entonces?

—Sí, ya que en ninguno de los universos por ellos conquistados existe. De no ser por la intervención de nuestros agentes se habrían salido con la suya esos horribles hijos de puta. Desde entonces el Art Institute decidió no prestar más «La Grande Jatte», ni siquiera para la gran retrospectiva itinerante de Seurat en 1991. Desde que fue desembalada aquí en Santiago hemos estado protegiéndola. En este preciso instante hay nueve agentes, sin contarnos a nosotros, repartidos por todo el museo.

—¿Qué hace tan especial este cuadro, además de no existir en los universos de los Ronels?

—«La Grande Jatte» no sólo no existe en esos dieciséis universos, sino que en ningún otro contenido en este multiverso. Por lo mismo es una ventana, o más bien una puerta. Este cuadro fue realizado mediante la técnica del puntillismo. ¿Ve a la niña pequeña vestida de blanco en el centro? Es la única figura desprovista de todo punto, es algo así como la cerradura.

—¿Y hacia dónde conduce esta «puerta», a la isla de «La Grande Jatte», acaso?

—¿Realmente no lo sabe, mi joven amigo? Debe echar de menos el nódulo akhásico.

—No tiene idea cuánto. Pero dígame de una vez, ¿hacia dónde conduce este cuadro?

—A ese sitio fuera del espacio y el tiempo desde el cual nos controlan los temibles Archaenides...

—¿El Panoptykon?

—¡Bingo! El Panoptykon, un nombre muy apropiado si tenemos en cuenta que lo acuñó el filósofo Jeremy Bentham en 1791 al proponer su diseño de «centro penitenciario ideal», uno que permitiese a los vigilantes observar (*-optikón*) a todos (*pan-*) los prisioneros sin que éstos pudiesen saber si están siendo observados o no. La máxima expresión del poder fantasmático de los Archaenides. Como bien sostuvo Schopenhauer, el mundo es comparable a una cárcel, y «entre los males de un establecimiento penitenciario, no es el menor la sociedad que en él se encuentra». Este mundo de los hombres es el reino del azar y del error: fácil fuente de inspiración para construirnos el más espectacular e infame de los infiernos, ya que en él los hombres somos, alternativamente, las almas atormentadas y los diablos inclementes. Este universo es una cárcel, mi joven amigo, y los Archaenides nuestros carceleros.

No supe qué contestar ante semejantes revelaciones.

—¿Quería un consejo? Para que vea que no le guardo encono por esas tres balas que me obsequió en París le daré un consejo o, más bien una advertencia. Fíjese bien en esa pequeña niña tomada de la mano de su madre en «La Grande Jatte», ella no es sólo la clave de este cuadro, sino del *ideos* y el *koinos kosmos* por igual.

Dicho esto, el agente se desvaneció completamente. Ni siquiera tuve ocasión de preguntarle su nombre, otra vez.

***

Tras mi visita al museo nos pasamos la semana entera sin salir de la casa, emborrachándonos y jalando coca. Me encanta la coca, pero no soy un drogadicto, no me malinterpreten. La coca es un deseo puramente cerebral. Una necesidad sin sensación, cuando quiero la dejo, no soy un drogadicto, Gabriel tampoco…

Además del alcohol y la coca, para matar el tedio nos vimos todos los DVDs de la casa a la espera de instrucciones. Las películas eran «cine arte» en su mayoría, un asco. Por suerte las pendejas tenían un par de temporadas de «Los Simpsons», varios animés y la serie original de «Robotech», ¿o debo decir «Macross»? Hace unas semanas, en una de esas fiestas a las que solemos colarnos, me puse a hablar de animación japonesa con una mina que o era una otaku sin remedio, o una agente de la Compañía u algún otro organismo.

—«Laputa» creo que es la segunda o tercera película de Miyazaki después de «Naausica» —me comentaba Alejandra mientras bebíamos cerveza en una esquina alejada del bullicio circundante—. Es muy hermosa, un coro de personajes secundarios adorable, personajes principales al filo de la adolescencia y la niñez, muy heroicos y responsables, un contexto mágico que prescinde de duendes, hadas, elfos y demases que se agradece. ¿Te gusta Miyasaki?

—¡Por supuesto! —le mentí— Soy un gran admirador suyo.

—Encuentro «El viaje de Chihiro» muy buena —replicó la Ale—, pero un poco lenta en comparación con las otras; hay momentos donde el ritmo guatea, sin duda. El título original de «El viaje de Chihiro» es «Sen to Chihiro no Kamikakuchi». Sen es un ideograma japonés igual al kanji para Chi (que compone el nombre Chihiro). Cuando Yubaba, la bruja, le roba el nombre a Chihiro, fíjate que deja un kanji, el inicial, y le dice «ahora te llamarás Sen». Kamikakuchi, me explicaba Max, se dice en Japón cuando a alguien le roban el alma y se la llevan lejos...

—¿Quién es Max? —la interrumpí alzando una ceja.

—Maximiliano, mi novio —contestó Alejandra con toda naturalidad, como si fuese de conocimiento público que mantenía una relación amorosa con ese pelmazo.

—¿Tienes novio? —pregunté como un idiota. No podía convencerme de haber perdido media hora escuchando hueás sobre animación japonesa en un intento de llevármela a uno de los dormitorios de la casa.

—Sí —contestó Alejandra señalando a un grupo de gente reunida en torno a la mesa de centro en el living—. Max está por allá conversando con el cumpleañero, un amigo suyo de infancia.

—Y el ahueonao te tiene a ti botada prefiriendo intercambiar anécdotas de adolescentes espinilludos con sus ex-compañeros del Grange, ¿no? Pues vamos a enseñarle una lección a ese Max tuyo. De aquí en adelante no volverá a dejar a una de sus noviecitas sola —sentencié para a continuación desenfundar a Helena y pegarle un tunazo en medio de los ojos a la fan número uno del Studio Gihbli en Chile. A continuación busqué a mi *partner*, que estaba ebrio a más no poder en la cocina, y nos largamos frente a los atónitos ojos del tal Maximiliano que bien merecido se lo tenía. Como dijo el poeta: lo que viene al mundo para no trastornar nada, no merece ni consideración ni paciencia.

Es increíble cómo se pierde la motricidad fina con el tiempo, la sutileza… Yo antes era mucho más eficiente y limpio, incluso la primera vez que maté a alguien... pero prefiero no recordar eso, no es algo que me llene de orgullo. Si yo no era así… no sé qué me ocurrió. La culpa la tiene Marcelo, de tanto juntarme con él comencé a comportarme a su imagen. Mi amigo tenía una hermana menor, preciosa la pendeja, ojos verdes, largo y sedoso cabello castaño claro, piel blanca como la porcelana… sólo la dejaban salir si la acompañaba su hermano. La primera vez que acudí a la violencia fue por culpa de ella.

Habíamos ido para la fiesta de año nuevo a una de las discoteques de moda, tan repleta de gente que no cabía un solo alfiler y apenas había espacio para moverse. Bailamos durante una hora sin parar hasta que me dieron ganas de ir al baño. Cuando regresé me costó un mundo encontrar de nuevo a la hermana de mi amigo y cuando lo hice, la hallé bailando con otro tipo. Me hirvió la sangre, la empujé a un lado y golpeé al tipo tan fuerte en la cara que le rompí la mandíbula fracturándome de paso el quinto metacarpiano, con desviación palmar del fragmento distal. Y yo que pensaba que cuando uno da un puñetazo no le pasa nada en la mano; no crean todo lo que ven en las películas, chicos. El caso es que no contento con derribar a mi enemigo, comencé a patearlo en el suelo. Alguien me tomó por los hombros y me sacó de ahí a toda prisa. Era Marcelo que cual ebrio superhéroe rescataba a sus *sidekicks* de una situación potencialmente peligrosa. Marcelo era como Gabriel, pero Gabriel ahora me estaba fallando. No podía contar con él como antes, ¿qué mierda se le habrá metido en la cabeza? ¿Habrá recibido instrucciones desde FASat-Alfa que desconozco? ¿Le habrán ordenado eliminarme? No, la primera ley de la robótica le impediría hacerme daño. Pero esas estúpidas tres leyes no le han impedido asesinar antes. Puede que Gabriel no sea un autómata después de todo, o puede que sus víctimas no fuesen humanos. Las tres leyes de la robótica se aplican solamente a los humanos, y sabemos que en la Tierra hay muchas razas alienígenas infiltradas posando como gente común. Yautjas, Ummitas, Goa'uld, Psychlos, Daleks, Furfuth, Saiyans, Krondirons... la lista suma y sigue, pero a nosotros los alienígenas nos tienen sin cuidado. Para eso están los hombres de negro después de todo.

***

En la casa había tres vehículos, pero decidimos usar el que menos llamara la atención, o sea, el Cherokee 4x4 todo terreno, dirección hidráulica, alzavidrios, espejos y etc. que, a juzgar por el osito con tutú que colgaba del espejo retrovisor era el que conducía la dueña de casa. ¿Por qué mierda a las viejas del barrio alto les gusta tanto conducir este tipo de vehículo? ¿Se sentirán poderosas a bordo de un *jeep*, acaso? ¡Ja! No saben nada sobre la naturaleza del poder. Deberían leer a Nietzsche o Shopenhauer en vez de a Barbara Wood y Paulo Coelho. Como escribió uno de los más grandes poetas de la generación Beat, el poder no es para ser arrojado desde un avión. Un sombrero es poder, el mundo es poder, tener miedo es poder. Estar de pie en una esquina esperando a nadie es poder. Efectivamente, ni el demonio ni el ángel son tan poderosos cuando uno no está mirando. El poder es para exhibirlo, el poder es para ostentarlo, el poder es para mandar tropas a Irak, a Nicaragua o Wakanda. Es para limpiarse el culo con la Naciones Unidas y derrocar gobiernos electos democráticamente si no me gusta cómo luce el bigote el primer mandatario de tu cochina república bananera. ¿Qué otra cosa podría esperarse de una país donde la posesión de armas es un derecho garantizado constitucionalmente? Estás siendo prejuicioso, mi joven amigo, esa es la mierda pacifista que te han metido tus padres en la cabeza. La mayoría de las veces suele malinterpretarse La Segunda Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, que viene después de la primera sólo porque el interés de los padres fundadores radicaba en que el pueblo nunca volviera a ser sobrepasado en poder bélico por el gobierno. La expresión original, en inglés, es «*right to bear arms*». El verbo «*bear*», que es polisémico, equivale aquí a «tener la responsabilidad de algo o alguien». Así que no se trata del derecho de poseer un arma, tan sólo, sino del deber de emplearla sensatamente. La Segunda Enmienda, literalmente, dice que «siendo una milicia bien preparada, necesaria para la seguridad de un estado libre, el derecho a tener la responsabilidad de un arma no debe ser vulnerado». Como ves el fin de este derecho es garantizar al ciudadano su defensa en caso de que el Estado se extralimite. Tú como chileno mejor que nadie debería saber que el ejército puede fácilmente llegar a convertirse en una amenaza para la libertad de la nación. Si no me crees entonces lee los documentos Federalistas. Desde la guerra civil este concepto ha sido subvertido. Como decía Grandpa Joe, cuando los derechos se

pierden, raramente regresan sin la mediación de las armas. Muchos hoy en día serían incapaces de apoyar el uso de armas de fuego incluso para perseguir a tiranos autoritarios, pero créeme cuando te digo que esta gente está sentada sobre un verdadero arsenal secreto, tiene sus armas y sabe muy bien cómo usarlas. Los suprematistas blancos saben de estas cosas; es por eso que alientan a sus miembros a unirse a la milicia. A menos que los pacifistas de izquierda no consigan sobrepasar su aversión a las armas siempre estarán en desventaja frente a quienes no tienen remilgo alguno en usarlas. Es por eso que soy miembro de Greenpeace y la NRA al mismo tiempo. Yo soy un verdadero revolucionario. Llegará el día en que tendrás que estar preparado para protegerte a ti y los tuyos de aquellos sin preparación. No hay forma alguna que tanta gente habite en este planeta sin diezmar sus recursos. En occidente estamos tan acostumbrados a vivir en esta falsa sobreabundancia que para nosotros será mucho más duro que para el resto del mundo. Cuando las grandes hordas vengan por ti y tu comida, ¿estarás preparado? Uno de cada cien americanos confiesa estar dispuesto a matar para comer. Uno de cada mil americanos confiesa estar dispuesto a comer gente para sobrevivir. Lo dijo Mao, «el poder proviene del cañón de una pistola». ¿Aún no estás convencido? ¿Recuerdas el Huracán Katrina que asoló Nueva Orleans? Quienes sobrevivieron fueron aquéllos que tomaron las armas para proteger sus familias y su propiedad, para protegerse incluso del gobierno que pretendía desalojarlos a la fuerza de sus hogares. ¿Recuerdas la matanza de Virginia Tech? ¿Cuántos estudiantes crees que habría conseguido asesinar Cho Seung-hui si hubiesen estado armados? Piensa en esto antes de ir a la cama, piensa en esto la próxima vez que empuñes a Helena y debas eliminar al enemigo. Esta transmisión será sepultada en tu subconsciente y borrada de la memoria a corto plazo en cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Durante nuestra estadía en Vitacura entrábamos y salíamos como Pedro por su casa y, pese a que varios de los vecinos y guardias, tanto privados como municipales, nos vieron, a nadie le importó. Teníamos a favor nuestra apariencia, que permitía camuflarnos perfectamente entre aquellas personas. «Si tienen la tez blanca y el cabello claro no pueden ser delincuentes». Esa es la forma en que piensan los del barrio alto, preocupados solamente de lo que ocurre tras sus fortificadas murallas. Sólo en una ocasión creí que nos habían

descubierto, cuando la doméstica de la casa vecina coincidió conmigo mientras sacaba el tarro de la basura.

—Terrible lo de los pumas —me dijo como queriendo entablar conversación. La hubiese matado ahí mismo por tener la osadía de dirigirme la palabra, pero había dejado a Helena en el dormitorio.

—¿Qué pumas? —le pregunté.

—Los que andan merodeando por aquí, pues. Yo misma vi uno antes de ayer en la mañana intentando dar vuelta el tarro de basura. Con el frío y la nieve andan buscando comida y no es raro que bajen de la cordillera. Lindorfo dijo en la tele que los pumas son tímidos y, por lo general, no se acercan a los humanos.

—¿Lindorfo?

—El veterinario que sale en «La Ley de la Selva», no me pierdo un solo capítulo, es tan buenmozo y sabe tanto....

—No lo conozco.

—Usted es el hijo mayor de la señora Claudita, ¿verdad? —preguntó cambiando de tema bruscamente.

—Sí —le dije sonriendo lo mejor que pude.

—De su primer matrimonio —agregó insidiosa.

—Sí, ese mismo —respondí aprovechando el error de identidad—. La mamá me pidió que le cuidara la casa mientras está de vacaciones con la familia.

—¿Y usted no fue?

—Preferí quedarme, para disfrutar del espacio y la piscina. Vivo en un departamento bastante chico en Las Condes.

—¿Y cómo está su papá?

—Bien —le dije intentando dar por finalizada la conversación.

—Tan buenmozo que es su papá —continuó la vieja—. ¡Si se parece tanto a usted! Siempre lo veo en ese programa de debates que dan a la hora de las teleseries.

—Yo creo que papá debería concentrarse más en su trabajo y menos en la farándula —sentencié.

—Yo no veo teleseries —continuó la veterana—. Las encuentro tontas, ¿sabe? Su papá es un hombre tan bueno…

—Hay muchos que no comparten ese juicio, créame. Es un hombre con muchos enemigos…

—Gente mala hay en todas partes. ¿Y qué es de la Juanita? Hace tiempo que no la veo.

Durante unos segundos quedé en blanco... ¿quién mierda era la Juanita? De pronto se me iluminó la ampolleta. Era la asesora del hogar que Gabriel había despachado.

—Le dimos permiso para irse a su casa, a Chañaral —me apresuré en decirle—. No tenía sentido que se quedara estando yo.

—Ah, qué bien por ella. Lo que es yo, mañana tengo salida, pero voy más cerca, a donde mi hija en Maipú.

Intercambiamos un par más de palabras y nos despedimos. A mi regreso le dije a Gabriel que la empleada de los vecinos debería sufrir un accidente fatal al día siguiente.

—Finge un asalto a la micro y clávale tu corvo —le dije.

—¿Por qué esperar hasta mañana? —preguntó con su voz monótona y carente de toda emoción.

—No quiero a los pacos interrogándonos —le expliqué tratando de no perder la paciencia—. Si la matas en las inmediaciones de la casa de su hija, será a sus familiares a quienes hostiguen y no a nosotros.

—Va a tener que ser en la tarde, por la mañana voy a la iglesia.

—Será cuando yo te lo diga, recuerda quién está al mando aquí. Y quiero que me expliques de una vez por todas a qué iglesia estás yendo y por qué.

—Es una iglesia muy especial, te gustaría. Se llama Iglesia del Siglo XX.

—Curioso nombre considerando que estamos en el siglo XXI.

—El nombre alude a la Operación Siglo XX. Tú mejor que nadie deberías saber.

—¿Me vas a decir que en esa iglesia adoran a Pinochet?

—No exactamente. Se adora a la Virgen del Carmen, que, entre otros milagros, salvó la vida de mi General y su nieto. La Iglesia fue fundada por un joven corredor de propiedades, no mayor que tú, tras adquirir el parabrisas trasero del Mercedes Benz que le salvó la vida a mi General. Se lo compró a un ex-uniformado luego que no consiguiera rematarlo en los setenta millones de pesos que pedía.

—¿Y qué tiene de especial ese parabrisas?

—Bueno, el vidrio de tres centímetros de grosor tiene sesenta impactos de bala y la huella sobreexpuesta del impacto del misil Low en el que se puede distinguir claramente la figura de la Virgen del Carmen.

—¿Me vas a decir que le rinden culto a un parabrisas?

—Sí, el parabrisas está acomodado en una vitrina-altar.

—¿No debería estar ese objeto en el Museo del Ejército o en manos de la Fundación Pinochet?

—Supongo, pero el caso es que no está allí, sino en la Iglesia del Siglo XX.

—Nunca había oído hablar de esa imagen de la Virgen del Carmen. Recuerdo que Pinochet dijo haber visto a la Virgen del Perpetuo Socorro en la ventana trasera derecha pero... ¿cómo es que quedó ese parabrisas si el auto de Pinochet fue destruido completamente? Creo recordar una historia distinta, una historia de la cual formo parte...

Durante unos segundos me quedé en blanco en un intento por rememorar el operativo, pero lo único que conseguí fue una cada vez más creciente sensación de *déjà vu*. Error en la matriz, borrón y cuenta nueva. Ctrl-Z a...

—Finge un asalto a la micro y clávale tu corvo —digo a Gabriel.

—¿Clavarle el corvo a quién? —pregunta el autómata.

—A la empleada de los vecinos, imbécil. Quiero que la mates mañana.

—¿Por qué esperar hasta mañana?

—No quiero a los pacos interrogándonos. Si la matas en las inmediaciones de la casa de su hija será a sus... Espera. ¿Esto no lo habíamos hablado ya?

—No que yo recuerde, ha de ser un error de la matriz. Cada vez son más comunes.

—Bueno, no me importa cuándo ni cómo. Sólo elimínala si fueras tan amable. Me duele la cabeza...

—Hay aspirinas en el segundo cajón de la mesa de noche. No te preocupes, la china de al lado no pasa de mañana.

Al otro día Gabriel cumplió su cometido, aunque modificando ligeramente mis órdenes. En un arranque de creatividad e iniciativa no mató a la vieja en la micro, sino en la casa de su familia, a quienes también despachó. Pese a que le dije que usara el corvo prefirió utilizar su viejo revólver, el Dan Wesson, calibre 22, serie 22547, inscrito a nombre de la Dirección General de Movilización Nacional. Ocho muertos, cuatro adultos, tres niños. Ni el perro se salvó. Si Gabriel no sufriera de una disfunción eréctil de seguro habría violado antes a cada miembro de la familia (y al perro también). A veces pienso que todos los actos violentos de mi socio tienen su origen en que no se le para. Pero después de todo, ¿para qué querría un automatón reproducirse?

Sea como sea el agente Patijnov se está convirtiendo en un fastidio. Tras liquidar a la familia de la doméstica, hurgó la casa hasta reunir todo el dinero que pudo y se marchó al persa a comprar un par de artículos que llevaba tiempo codiciando: un abrigo de la Gestapo, supuestamente «original», que le costó doscientos veinte mil pesos, y un ejemplar de la primera edición chilena de *Mi Lucha*, del año 1939, autografiada por González von Marées, fundador y principal líder del Movimiento Nacional-Socialista de Chile, que incluso fue elegido diputado entre 1937 y 1945.

Esta simpatía que Gabriel ha estado desarrollando por los nazis me tiene incómodo. Los nazis me incomodan, los fanáticos de todo tipo me incomodan. Según Gabriel, nazis en Chile ha habido desde siempre. Bueno, no desde siempre, pero desde que Willi Köhn, Richard Zeissig y el general von Knauer fundaran en 1931 la filial del NSDAP en Santiago.

—Todo el mundo sabe lo bien que se llevaba el gobierno chileno con el Tercer Reich —decía Gabriel como excusándose por sus recientes adquisiciones. La Alemania nazi incluso le obsequió a Chile el velero «Priwall» como prueba efectiva de amistad entre ambos pueblos. El gobierno transfirió el «Priwall» a la armada, que lo rebautizó como «Lautaro».

—¿Quién era presidente de Chile en aquella época?

—Pedro Aguirre Cerda.

—¿Y por qué aceptó el regalo?

—La armada chilena había dejado fuera de servicio en 1936 su buque-escuela y el «Priwall» era perfecto para la instrucción práctica de guardiamarinas y grumetes, aunque también se le destinó al transporte de salitre al extranjero para compensar la carencia de barcos de carga. Chile nunca ha sido una potencia marítima, por lo menos no hasta ahora que hemos comprado esos submarinos nucleares rusos de segunda mano.

—La necesidad tiene cara de hereje, reza el viejo dicho.

—Aguirre Cerda era masón. Como Pinochet y Allende.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Tenían vínculos con la Compañía.

—No sabes lo que dices, Gabriel. Se te ha zafado un tornillo. Tu interpretación de los hechos históricos cae de lleno en lo que se denomina «revisionismo». Estás adecuando los hechos a tu conveniencia. Me has hablado de lo mucho que admiras a González

von Marées, pero olvidas mencionar que el líder nazi chileno se distanció del fascismo internacional atacando la política del Tercer Reich. Von Marées se volvió en contra del partido nazi alemán en Chile, considerando su presencia como una «penetración de pensamientos hitleristas en las colonias alemanas en Sudamérica», y además criticó el racismo y la tendencia aislacionista de los germanos.

—Por eso llegaron tantos alemanes a Chile, es lugar perfecto para aislarse. Somos parte del *Lebensraum*. Una isla, como Inglaterra, por eso dicen que somos los ingleses de Latinoamérica. Inglaterra y Alemania poseían un vínculo mágico, un «puente esotérico» conformado por los rosacruces que se remonta al siglo XVII. Inglaterra-Alemania-Chile, las tres más grandes naciones del mundo.

Gabriel está loco. Ojalá no lo necesitara y pudiese trabajar por mi cuenta, pero como nunca me canso de decir, a un solitario se le puede vencer, mas dos resisten y ya saben lo que sigue. ¿Nos faltará un tercer miembro en el equipo, acaso? No, tres son multitud, ya es bastante difícil tener que lidiar con el viejo loco de mi *partner*, que hasta el día de hoy se considera a sí mismo como un «revolucionario internacional en guerra con la sociedad para acelerar la creación de la utopía socialista».

—Marx proclamó que la historia es la historia de la lucha de clases y que los cambios positivos se realizan principalmente a través de la revolución violenta —solía decir Gabriel en sus escasos momentos de lucidez—. Lenin estaba de acuerdo con Marx y sostuvo que la revolución sólo puede realizarse utilizando medios violentos de lucha: «El reemplazo del estado burgués por el estado del proletariado es imposible sin una revolución violenta».

Según Gabriel, en el sistema capitalista el trabajador producía más de lo necesario para subsistir, y ese excedente por supuesto que no era para su beneficio, sino para el de los diabólicos capitalistas. Ciertamente habría que estar ciego para no percatarse de tamaña verdad, sobretodo cuando uno iba al *mall* donde los vendedores estaban desde las diez de la mañana o antes hasta las diez de la noche y muchas veces sin siquiera poder sentarse e incluso ir al baño (recuerdo el caso de un tipo en el sur que tenía una fábrica donde obligaba a sus trabajadoras a usar pañales para que no perdieran tiempo en evacuar sus intestinos). Pero de ahí a justificar el exterminio de los ricos y la abolición de la propiedad privada había un largo trecho.

Tanto Gabriel como mi padre eran sobrevivientes de una época oscura. Algo así como Saruman y Gandalf, viejos que ostentaban un poder arcano y primigenio, ansiosos de pasar la llama a la generación siguiente. Pero nosotros teníamos nuestros propios planes, y los antiguos sabios terminaron siendo nuestros títeres y no al revés. La Compañía cree que me controla, pero yo tengo mi propia agenda… Siempre me pregunté cómo papá llegó a ser amigo de un sujeto tan contrario a sus ideales como Gabriel Patijnov Schwerter. Papá era de ésos que, cuando le preguntaban «¿cómo estás?», respondía: «sobreviviendo, sobreviviendo», para luego explicar que mientras alguien propusiera muerte sobre esta tierra y se fabricaran armas para la guerra él pisaría estos campos sobreviviendo. Supongo que papá y Gabriel hicieron buenas migas finalmente por las mismas razones que Marcelo y yo. Sé que fueron compañeros de estudios en el Manuel de Salas y luego en la Universidad de Chile antes que Gabriel emprendiese la lucha armada contra los marxistas, pero cómo y por qué esa amistad perduró en el tiempo es algo que nunca entendí, sobretodo siendo mi padre uno de los abogados más reconocidos por su lucha a favor de los Derechos Humanos. Insólitamente, papá defendía a Gabriel argumentando que era «nieto, hijo y sobrino de detenidos desaparecidos», pero obviaba mencionar que la familia Patijnov-Schwerter fue traidora a su país y se prestó para luchar junto a los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Gabriel, por supuesto, negaba el que esa «condición» hubiese alimentado su odio a los comunistas agregando que era muy propio de las «mentes desquiciadas que profesan filosofías marxistas» el tergiversar el sentimiento de ser hijo de detenido desaparecido como una suerte de revancha, de venganza. ¡Cómo iba a prestarse Gabriel a realizar aquello que tan dolorosamente había vivido en carne propia! ¡No, señor! Una opinión divergente poseían sus víctimas, por supuesto. Desde principios de los 1980s, Gabriel desaparece, junto a su mujer y sus tres hijos. Se radican en Brasil, al noroeste de Sao Paulo, en Mogi Guacú, donde con nombres falsos comienzan a hacer una vida tranquila y sencilla tras un muro de cemento y unas puertas de fierro. Allí trabajó en una empresa de seguridad y fue técnico de fútbol, hasta que la Compañía lo convocó de vuelta a Chile.

La verdad es que lo que se hizo y cómo se hizo durante las décadas de los 1970s y 80s me tiene sin cuidado. Pertenezco a otra

generación. Ciertamente no soy de derecha, pero tampoco de izquierda. Los izquierdistas o las personas de tipo psicológico similar son a menudo atraídos por movimientos de rebeldía o activistas, cuyos objetivos y miembros no son inicialmente izquierdistas. El resultado de la entrada de izquierdistas puede, fácilmente, cambiar un movimiento no izquierdista en uno izquierdista, por lo que las finalidades izquierdistas reemplazan o cambian los objetivos iniciales del movimiento. Es por esto que me considero un anarquista, pero no como esos imbéciles que abundan en los estratos socioeconómicos bajos y que están convencidos que anarquía es destruir el mobiliario urbano y la propiedad privada durante las manifestaciones políticas o celebraciones de fútbol. No, señor. He leído al príncipe Pedro Kropotkin, a Eliseo Reclus y a Nettlau, llamado el Heródoto de la Anarquía por sus indudables méritos como historiador... No faltará quienes digan que los anarquistas también buscamos el poder. Sí, es cierto, pero lo buscamos en bases individuales o de pequeños grupos y nuestro objetivo es que estos grupos sean capaces de controlar las circunstancias de sus propias existencias. Si realmente pienso de esta forma, ¿cómo puedo ser un agente de la Compañía entonces? Tal vez no lo sea, tal vez el GAP soy yo y no Gabriel...

Recuerdo cuando nos conocimos por vez primera en la oficina del Sr. Jormungand. Mi futuro compañero se presentó como «hijo y descendiente de ruso blanco» y me preguntó si yo era polaco blanco o polaco judío. Yo le contesté que era chileno.

—¿No es demasiado joven? —inquirió al Sr. Jormungand mientras alzaba una ceja en señal de desconfianza.

—El ya ha probado de sobra su valía, agente Platijnov —contestó secamente nuestro líder—. Es uno de los mejores elementos a nuestra disposición.

—¿Cuántas muertes a su haber? —preguntó Gabriel como si yo no estuviera presente en la habitación.

—Treinta y nueve en dos años y cuatro meses —fue la respuesta del Sr. Jormungand.

—En realidad son treinta y ocho, Sr. —me permití corregirle.

—¡Oh, sí! Olvidaba que su primera ejecución prefiere omitirla del historial —dijo Jormungand.

—¿Acaso no es éste el paleto que arruinó la operación en Amsterdam hace unos meses? —preguntó Gabriel y terminé de odiarle.

—*Jeder macht eine kleine Dummheit* —dijo Jormungand excusándome, sobretodo cuando uno está recién iniciado en este negocio. Pero bueno, sea como sea estoy seguro que ustedes dos van a llevarse bien y cumplirán las misiones de forma adecuada, de lo contrario… pues ya saben. Ahora les entregaré su equipo de trabajo. Luego, como han de haber oído por ahí, emprendo viaje a Betelgeuse por un tiempo. Pero no se preocupen, nos mantendremos en contacto por las vías usuales. Y recuerde, agente —dijo señalándome—. Debe terminar su carrera. Todo está dispuesto para que realice su práctica en un importante medio de comunicación donde será contratado. Esa posición será fundamental para el desarrollo de las próximas etapas del Plan 9. Y ahora, si me disculpan, mi vuelo parte en dos horas.

Jormungand se refería, por supuesto, a que consiguiera egresar de periodismo, cosa que cada vez parecía menos probable frente al creciente número de ramos que reprobara desde que comencé mis actividades como agente de la Compañía… verán, debido a una gran falta de imaginación e iniciativa, tras mi regreso de Inglaterra cursé un año de Derecho en la Universidad de Chile para complacer a mi familia más que nada, pero me aburrí muchísimo y decidí cambiarme al año siguiente. Tenía la disyuntiva entre periodismo y literatura, pero como siempre me consideré un hombre de acción más que una rata de biblioteca, opté por la primera alternativa. Después de todo estudiar literatura porque te gusta leer es tan estúpido como estudiar cine porque te gusta ver películas. Durante el primer año de universidad tuve muchos amigos a diferencia de lo ocurrido en Inglaterra, pero a medida que los semestres avanzaban, éstos disminuían exponencialmente, hasta que el cuarto año sólo me juntaba con Guillermo Le Queux.

***

Le Queux esperaba, por aquel entonces, los resultados del concurso de poesía de la revista «Aula», pero para su decepción, no obtuvo el primer lugar, ni siquiera el segundo. Juan Norberto Drexler, que no visitaba Chile desde hacía veinte años, ofició como único jurado del certamen. Le Queux me invitó a la despedida del poeta y acepté concurrir a la reunión, ya que me dijo asistiría una compañera suya a la que había visto en el campus y de la cual quedé flechado al instante.

Esa noche arribamos a la academia de teatro donde se efectuaría el encuentro, un antiguo edificio en calle Monjitas a pasos del Parque

Forestal. Nos recibió un sujeto al que todo el mundo llamaba «Zapallo» y que no era otro que el destacado actor y director de teatro Anselmo Adriazola, dueño de la academia. Un breve recorrido visual por los invitados reveló la presencia del poeta al que se honraba, Juan Norberto Drexler, además de la filósofa Luzvenia Serpie, Ignacio Enríquez y el Dr. Landsburg, afamado cirujano plástico y coleccionista de Ferraris. En la cocina, una copiosa cantidad de botellas esperaba a los invitados: tequila, mezcal, vodka, gin, whisky, pisco y cervezas nacionales e importadas. Le Queux se encontró con uno de sus profesores y desapareció dejándome a mi suerte. Como no conocía a nadie me dirigí a una esquina y me paré junto a los *buffers* por los que resonaba una irritante música de cóctel.

A medida que la multitud se espesaba, más aliviado me sentía oculto en el cuerpo de la muchedumbre. De pronto, por ahí a lo lejos, divisé nuevamente a Le Queux acompañado de la chica de la cual les hablé y que no les describí. Pues bien, la hija del famoso director de cine y televisión Humberto Solari era alta; su largo cabello rubio cenizo, ligeramente ondulado en las puntas; su piel, pálida como el mármol; ojos verdes… La verdad es que Dharma se parecía mucho a esa cantante francesa que debutó en el cine con la película «Noce Blanche», cómo es que se llama… ¡Mathilde! Sí, se llama Mathilde. En el film interpretaba a Vanessa, una estudiante de diecisiete años que seduce a un profesor de cuarenta y nueve. Esa actuación le valió un Premio César como actriz más promisoria… ¡un momento! Mathilde era el nombre del personaje… la actriz se llamaba Vanessa, Vanessa… no recuerdo el apellido, pero aparece en esa extraña película donde unas criaturas voladoras, a las que llaman shub-niguraths, recorren la campiña decapitando gente.

No recuerdo sobre qué hablamos con mi amor platónico, pero no fue mucho. Le Queux se la llevó prontamente dejándome otra vez solo en mi esquina, la que abandonaba de cuando en cuando con el único propósito de reabastecerme de cerveza.

Ya bastante pasado de copas me encontré formando parte del círculo que charlaba con el homenajeado de la noche: Juan Norberto Drexler, quien aclaraba estar sólo de paso por Chile contradiciendo las versiones que aseguraban su retorno definitivo a la angosta y larga franja de tierra. Su vuelo era en un par de días; ya había presentado al ganador del concurso, por lo que sólo le quedaba volver al hogar, a España, tierra elegida «por amor a una mujer». Drexler hablaba grave

y profundo, esquivando el bullicio circundante, con ese tono cortés que, sin embargo, marca una distancia.

—Escribí poemas de carácter político, pero la proporción de dichos poemas en el conjunto de todo lo que he escrito no es significativo —contestaba Drexler a Le Queux, quien le reprochaba el haber abandonado la lucha política—. No me arrepiento de nada, pero hoy en día creo que el único tema verdadero de la poesía es la poesía misma. Lo que permite la persistencia de una voz son los valores poéticos.

—¿Y la poesía comprometida? —arremetió Le Queux.

—Odio la llamada poesía comprometida, aunque ese tipo de poesía en realidad no exista —replicó Drexler—. Odio ese maldito término inventado por los franceses, *la poésie engagée*, *poésie de révolte*, *poésie de combat*... La poesía no debe estar comprometida con nada, excepto con ella misma. Paul Eluard, que era miembro del Partido Comunista de su país, recibía los continuos reproches de sus correligionarios poetas allá por 1950, porque se negaba a escribir poemas a favor de Corea del Norte. Eluard decía: «Yo escribo poemas sobre esos temas solamente cuando la circunstancia exterior coincide con la circunstancia del corazón».

—Ya había escuchado una historia similar —dijo Le Queux— pero atribuida a Apoles Ledar, que era miembro del Partido Comunista argentino. Sus compañeros le reprocharon en 1952 que no escribiera ningún poema en apoyo al pueblo coreano. Ledar contestó: «Yo escribo poesía cuando la circunstancia exterior coincide con la circunstancia del corazón».

—Estaría parafraseando a Eluard, ¡qué sé yo! —contestó Drexler algo molesto ante los dichos del nuevo niño mimado de la literatura nacional que luego arremetió con la célebre cita de Adorno: «No se puede escribir después...»

—Después de Auswichtz —interrumpió Drexler a Le Queux terminando la frase—. No se puede escribir después de Auswichtz, sí, pero él mismo Adorno refuta esa cita en su *Mínima morallia*.

—Y no es para menos —dijo un sujeto que hablaba con un extraño acento y que pareció emerger de la nada—. La más odiosa de las traiciones es la del artista que se pasa al bando de los ángeles, como le increpó Aldous Huxley a Sartre cuando este relegó la literatura a segundo término si en alguna parte del mundo hay un niño que se muere de hambre. En todas las artes se necesita la participación

demoníaca. Sin la colaboración del Demonio no hay verdadera obra de arte. Si Nietzsche, Proust, Baudelaire o Rimbaud sobreviven a las fluctuaciones de la moda, se lo deben a la gratuidad de su crueldad, a su cirugía demoníaca, a la generosidad de su hiel. Las fuerzas oscuras son invencibles y si son reprimidas por un lado, reaparecerán por otro, con el resentimiento de los perseguidos. El horror sin esperanza del Dios Insecto, mis amigos, se extiende desde Moundville a los desiertos lunares de las costas peruanas.

Luego de esto, el alto y delgado sujeto de aspecto nórdico se retiró esbozando una sonrisa.

Abandoné el círculo de Drexler en pos del tipo que vestía como si hubiese asistido a un funeral. Sus palabras me habían tocado muy profundamente. Lo alcancé y le dije que estaba de acuerdo con lo que había expuesto. Me entregó su tarjeta y me dijo que lo llamase cuando estuviera sobrio, pero en la confusión acontecida después perdí el pequeño rectángulo de cartón con un logo similar a un escarabajo egipcio.

Días después me volví a topar con Dharma en la cafetería de la universidad y como ya me la habían presentado me atreví a saludarla y sentarme junto a ella. Dharma había quedado de reunirse hacía más de un cuarto de hora con el poeta Le Queux y éste no aparecía. Estábamos los dos solos, sentados frente a frente, en una de las discapacitadas mesas cuando me soltó la pregunta de rigor:

—Guillermo me contó que viviste en Europa, ¿en qué país? ¿Por cuanto tiempo?

Siempre he detestado los interrogatorios, más aún si estos versan sobre mi estadía en el extranjero. Esta vez haría una excepción, no quería parecer descortés.

—En Inglaterra —contesté escuetamente—. Viví un par de años en Inglaterra, en una ciudad llamada Norwich.

—¿Y por qué te volviste? —fue la inevitable pregunta de Dharma, pregunta que realmente detestaba, ya que me obligaba a comentar los problemas domésticos que habían gatillado mi expulsión del Reino Unido.

—Nunca me llevé bien con mi padrastro, desde que conoció a mi madre acá en Chile. Los problemas aumentaron una vez establecidos en Inglaterra y lo siguiente que supe era que estaba de vuelta.

Dharma pareció percatarse de mi malestar con relación a aquellos sucesos, así que cambió de tema, contándome, escuetamente, algunos aspectos de su familia.

—Yo nunca he viajado fuera de Chile —me dijo—. Mis papás viajan harto eso sí, pero nunca me llevan. Me dejan acá, con mi abuela, como si fuera un estorbo… ¿Qué otros países conociste? —preguntó finalmente, demostrando su verdadero interés en el tema, por lo que me esforcé por narrarle mis correrías de la manera más excitante posible.

—Bueno —comencé, tomando aliento.

—Estuve en Alemania, en Berlín, donde conocí una discoteque *techno* que funcionaba en lo que solía ser un baño público de la ex RDA. En el este de Berlín hay decenas de bares clandestinos, ¿sabes? Están esparcidos por el Mitte, Prenzlauer-Berg o el Friedrich-Berg. A esos lugares sólo se puede llegar en compañía de alguien que conozca dichos sitios. En uno de esos bares, el Freitag bar, que abría sólo los viernes, de ahí su nombre, conocí a una chilena que oficiaba de barman…

—¿Era bonita? —preguntó Dharma interrumpiéndome.

—No, no particularmente —fue mi respuesta antes de proseguir con la narración de mis correrías—. También estuve en Brujas, Bélgica, una ciudad que apenas ha cambiado desde la edad media, sólo los automóviles y letreros de las calles hacen recordar al siglo XX. También estuve en Madrid y Toledo, la Jerusalén de España. En Toledo visité la casa del Greco, ¿lo ubicas, no? Es un pintor. De cualquier forma no está demostrado que ésa haya sido su casa, también visité Francia… ¿te han dicho que te pareces a Vanessa Paradis…?

En ese momento llegó Le Queux, arruinando mi discurso.

—Guillermo. Vicente me estaba contando sobre su estadía en Europa —le dijo al recién llegado, sobre la que hasta unos segundos antes había sido toda mi audiencia, toda mía.

—¿Ah, sí? ¿Sabes quién fue Europa? —replicó envidioso el galardonado poeta mientras la tomaba del brazo y la llevaba a una mesa cercana donde le contaría la historia de la hija de Agenor y Telefase, raptada y violada por Zeus.

Tratando de disimular mi frustración, procedí a encender un cigarro y a beber un sorbo del café que había abandonado durante mi conversación con Dharma, observándolo de reojo de vez en cuando. El odio comenzó a apoderarse de mí y sentía hervir la sangre. No

podía soportarlo y me marché de la cafetería. Cuando metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta para extraer las monedas con las que pagaría mi pasaje de metro, me encontré con la tarjeta del Sr. Anton Jormungand. No la había extraviado después de todo. Lo llamé inmediatamente de un teléfono público. Contestó su secretaria, quien me solicitó aguardara un momento. Tras veintitantos segundos de insoportable música de espera escuché la profunda voz de Jormungand, quien me explicó era representante de un *trust* de insectos intergalácticos que pretendía la construcción de una fuerza paramilitar en la Tierra con suficiente capacidad como para hacer frente al orden establecido.

—De esta forma se llegará a crear la situación que hemos denominado de poderes duales —decía Jormungand—. En esto también tienen gran importancia las actividades dirigidas a subvertir y dividir las Fuerzas Armadas con el fin de reclutar soldados para el cuerpo de invasión alienígena. Una vez llegadas esas condiciones la cuestión de quién tenga el poder será decidida por medio de una guerra civil entre los humanos…

Y ese era el famoso Plan-9 ideado por los brillantes estrategas Rull, mucho mejor que revivir a los muertos, ¿no? Pero el Sr. Jormungand no era alienígena, no me malentiendan. Era humano, como yo y como otros tantos agentes que compartíamos un desprecio absoluto por nuestra raza, aunque sí poseía habilidades inusuales. Por ejemplo, podía desplazar a considerables distancias los paisajes habituales, era capaz de romper la armonía acumulada y tornar irreconocibles los lugares fúnebres al día siguiente de los homicidios provechosos sin que la conciencia originaria se cubriera con el deslizamiento purificador del suelo. Lo que no es poco sin lugar a dudas.

Como coordinador de las operaciones en este sector, Jormungand siempre estaba a la caza de nuevos reclutas y no desaprovechaba oportunidades (como la fiesta de despedida de Juan Norberto Drexler) para encontrarlos. En cuanto a mí, todo lo que debía hacer para ingresar a la academia de entrenamiento era probar mi valía como asesino.

—Mata a alguien antes del día lunes —me dijo Jormungand antes de cortar la comunicación—. No importa a quién, ni cómo, mata por ninguna razón. Sólo entonces estaré 100% seguro que eres la clase de elemento que andamos buscando.

Jormungand me estaba pidiendo que me convirtiese en un asesino. ¿Por qué no?, me dije a mí mismo. Después de todo ninguna

muerte es accidental, gran parte son producto de la tendencia autodestructiva del ser humano, tendencia que por supuesto puede ser sometida a la manipulación de voluntades ajenas. ¿Conclusión? Toda muerte es asesinato.

Decidí no perder tiempo y ponerme en campaña a la brevedad. Claro que Guillermo Le Queux se me vino primero a la mente a la hora de pensar en posibles víctimas, pero nuestra amistad (convertida ahora en «rivalidad» por una mujer) de seguro me pondría en evidencia como principal sospechoso. No, lo mejor era matar a alguien que no pudiesen rastrear hasta mí, tenía que asesinar a un completo desconocido.

Era sábado y el sol resplandecía sobre la cordillera. Tras el odioso almuerzo familiar de fin de semana le hurté un bisturí a mamá y tomé la micro desde Vitacura al zoológico del Cerro San Cristóbal. Quienes hayan leído la novela de Bret Easton Ellis, llevada incompetentemente al cine con Christian Bale en el rol de Patrick Bateman sabrán qué fue lo que hice aquella tarde en el zoológico. Como ya lo he dicho es algo de lo cual no me enorgullezco. Parecía buena idea en su momento y ciertamente me abrió las puertas de la Compañía, pero desde entonces me prometí a mí mismo no volver a hacerlo. Como solía decir mi querido padre: «En la vida hay que ser justo, hijo mío, y si no puedes ser justo, pues sé arbitrario».

***

La academia de entrenamiento para agentes de la Compañía no era lo que yo esperaba. A las 8:30 a.m. del día miércoles y tal como el Sr. Jormungand me lo indicara me encontré en la sala de espera del Dr. Ortúzar en el tercer piso del Edificio Prosalud.

—Er… tengo una hora con el Dr. Ortúzar —dije dubitativo a la atractiva secretaria.

—Tome asiento, por favor, el Dr. lo atenderá enseguida —me contestó ella con una dulce voz libre de connotaciones sexuales.

Me senté a esperar y tomé una revista para matar el tiempo. En la sala había cuatro personas más, dos sujetos jóvenes, uno cincuentón y una chica con aspecto cadavérico que de seguro era bulímica. Pensé que debería esperar mucho, ya que estaba toda esta gente antes que yo pero, para mi sorpresa, no bien hube posado mis ojos en la primera palabra de la columna de Rodrigo Pinto en la revista «El Sábado», la secretaría anunció mi nombre e ingresé a la consulta.

El Dr. Ortúzar, además de médico general y psiquiatra, era director de la academia de entrenamiento para agentes de la Compañía, lugar donde precisamente me encontraba. El Dr. me miró de arriba abajo y dijo:

—Esta es una sesión de anamnesis, ¿le explicó eso Jormungand?

—No, ¿qué es la anam...

—Anamnesis es el término médico para referirse a la información proporcionada por el paciente al médico durante una entrevista clínica, con el fin de incorporar dicha información al historial clínico del paciente, en este caso, del recluta, que es usted. Con el tiempo hemos llegado a simplificar la recolección de datos a tal punto que nos vasta con el cuestionario desarrollado por Bernard Pívot, ¿está familiarizado con él?

—No.

—Mejor todavía, por favor conteste las preguntas lo más rápido que pueda. Aquí vamos. ¿Cuál es su palabra favorita?

—Cariátide.

—¿Cuál es la palabra que menos le agrada?

—Hemorroides.

—¿Qué lo motiva creativa, espiritual o emocionalmente?

—Creativamente la obra de otros creadores. Espiritualmente, supongo que Jesucristo. Emocionalmente… no sé.

—¿Qué lo desmotiva?

—La indiferencia.

—¿Cuál es su palabra ofensiva favorita?

—¡Cristo!

—¿Qué sonido ama?

—El ronroneo de un gato.

—¿Qué sonido o ruido detesta?

—El murmullo de las olas.

—¿Qué otra profesión fuera de la suya le hubiese gustado practicar?

—El sacerdocio.

—¿Qué profesión no le gustaría desempeñar?

—Lustrabotas.

—Si el cielo existe, ¿qué le gustaría que Dios le dijese cuando llegara a sus puertas?

—Pasa antes que me arrepienta.

—Muy bien. Ahora necesito que se recueste sobre la camilla, no es necesario que se desvista por completo, sólo de la cintura hacia arriba. Voltee la cabeza hacia mí. Eso es... esto no tomará mucho tiempo, relájese.

El Dr. se dirigió hacia un estante y regresó con un par de pinzas y un frasco de vidrio en el que flotaba algo similar a un molusco.

—Disculpe, Doc —le dije—, ¿es éste alguna clase de chequeo médico antes de ingresar a la academia?

—¡Oh, no! Como le dije ésta es la academia y esta sesión consistirá en todo el entrenamiento que necesita. Verá, esta pequeña langosta conservada en líquido amniótico es lo que se denomina un nódulo akhásico. Es algo así como un módem que le permitirá estar conectado con FASat-Alfa. Una vez inserto, el parásito...

—Espere un momento, ¿ha dicho parásito?

—Sí, ¿tiene algún problema con ello?

—A decir verdad...

—No sea tan remilgoso. Por lo que veo usted ya carga con gran cantidad de parásitos a cuestas.

—¿A qué se refiere?

—Al examinar sus ojos noté que sufre de blefaritis escamosa, la que es causada por el *demodex*, un ácaro que suele alojarse en los folículos pilosos y en las glándulas sebáceas de personas sanas.

—¿Eso es lo que tengo en los ojos?, ¿puede quitármelos?

—Sí, voy a recetarle una pomada oftálmica con antibióticos y corticoides asociados, y también un champú anti-seborreico que debe aplicar en su cuero cabelludo. Pero antes debe estar seguro si quiere el nódulo akhásico o no.

—Pero, ¿de qué sirve exactamente ese bicho? ¿Qué función cumple?

—El nódulo le proporcionará toda la información y habilidades que requiera en determinado momento. Pero sólo cuando las requiera, de lo contrario, su mente podría sobrecargarse con tantos datos. Será también su canal de comunicación directo con la Compañía e incluso podrá ayudarle con esa disfunción eréctil que tantos problemas le ha dado con el sexo opuesto...

—¿Cómo sabe lo de mi problema?

El Dr. Ortúzar se golpeteó la cabeza y dijo:

—Gracias al nódulo akhásico, por supuesto. Lo sé todo sobre usted, sé más de lo que usted mismo sabe incluso. Pero no tiene de qué avergonzarse, la disfunción eréctil es un problema muy común, que afecta a muchos hombres por lo menos una vez durante la vida. Las causas psicológicas son a menudo el origen de la impotencia sexual: el temor, la cólera, la frustración, la angustia. La disfunción eréctil puede afectar gravemente la autoestima, provocar ansiedad y depresión, pero todo eso será solucionado una vez le instale el nódulo.

—¿No nos hemos visto anteriormente? —le pregunté, ya que sus rasgos me eran cada vez más familiares.

—Es posible. Llevo mucho tiempo trabajando con la Compañía.

—Amsterdam —dije con la claridad de quien ha conseguido emerger de la caverna platónica—. Usted es el agente Stromheim.

—¡Vaya! Hace muchos años que no escuchaba ese nombre.

—Es usted, ¿no es verdad?

—Durante un tiempo operé bajo el nombre de Baron Stromheim, es cierto. Pero, mi joven amigo, eso fue hace unos cuarenta años atrás, mucho antes que usted naciera.

—¿No es ese su verdadero nombre?

—No, como tampoco lo son Sir Thomas Mallory, Manfred von Orstel o Tyss Morgan. Me gusta dejar pistas, pero ninguno de ésos es mi nombre verdadero.

—Tenía entendido que usted es una eminencia en lo que a control mental y lavado de cerebro se refiere.

—Veo que mi reputación me precede. Sí, es cierto. Yo fui el técnico de laboratorio que ayudó a Hofmann a aislar por primera vez la psilocina y la psilocibina a partir de hongos alucinógenos. ¿Ha oído hablar de Albert Hoffman?

Negué con la cabeza.

—¿Y del LSD?

—*Lucy in the Sky with Diamonds* —repliqué automáticamente.

—Más bien *Liserg Saure Dietylamid*, Dietilamida del ácido lisérgico.

—Eso es una droga, ¿no?

—Sí, y uno de los alteradores de la mente más poderosos que se conocen. Un solo gramo equivale a trescientas mil dosis y se estima que desde que Hoffman lo descubrió en 1938, más de dieciocho millones de personas la han injerido convirtiéndola en una de las cinco drogas más probadas en la historia de la humanidad. Los

bioquímicos nazis en Dachau administraron formas impuras de LSD derivadas de plantas de centeno infectadas con ergot a miles de prisioneros. Inmediatamente después de la caída del Reich, los Estados Unidos (mediante la operación denominada «Paperclip») se trajeron a cuanto científico nazi pudieron echarle el guante encima, incluidos los especialistas en lavado de cerebro. Libres de *swásticas* y malas reputaciones, estos científicos inescrupulosos siguieron adelante con sus experimentos de control y represión mental bajo el auspicio del Gobierno de los Estados Unidos. Durante los siguientes veinticinco años el LSD sería el principal juguete de las agencias de espionaje y contra-espionaje, incluyendo a la Compañía, que en conjunto con la Inteligencia Militar y el FBI montó el programa «MK-Ultra» a mediados de 1953. El objetivo principal era producir una droga que obligara al sujeto a decir la verdad, pero había aproximadamente ciento ochenta proyectos de investigación en el MK-Ultra que ni la comisión presidencial Rockefeller de 1975 pudo sacar a la luz. Sé muy bien de lo que te hablo, ya que fui el segundo jefe del programa tras el asesinato de Sidney Gottlieb. Fue en estas circunstancias que conocí a Anton Jormungand. Para uno de nuestros proyectos secretos requeríamos treinta millones de dosis de LSD puro, por lo que ordené el pedido a los Laboratorios Sandoz, dueños de la patente. La solicitud fue rechazada por los ex-jefes de Hoffman que, sin embargo, proporcionaban la droga sin problemas a Harvard y Princeton. ¿Por qué los académicos podían tener LSD y la Compañía no? La solución a nuestro dilema fue proporcionada por un joven farmacéutico llamado Anton Jormungand...

Un estruendoso timbre interrumpió al Dr. Era el citófono sobre su escritorio de caoba.

«Dr. Ortúzar, el paciente que sigue está comenzando a impacientarse por la demora» —dijo la voz de la secretaria.

—Dígale que enseguida lo atiendo —respondió Ortúzar—. Creo que tendré que dejar mis anécdotas para otra ocasión. Ahora debo saber si quiere o no el nódulo akhásico porque de lo contrario me está haciendo perder un tiempo muy valioso.

Sin estar muy seguro de en qué me estaba metiendo asentí tímidamente con la cabeza. Esto fue suficiente para el Dr. Ortúzar, quien abrió el recipiente, cogió con las pinzas por la cola al langostino y lo introdujo en mi oreja que se entumeció en el acto. Luego sentí

un leve cosquilleo en la nuca donde el Dr. dijo se alojaría el bicho y eso fue todo. Fin de la anamnesis y el entrenamiento. El Dr. me hizo entrega de un práctico bolso-mochila con todo el equipo necesario, las recetas para mi blefaritis y unos analgésicos para el dolor de cabeza. Me marché de su consulta con un caramelo de menta en la boca y un parásito alienígena en mi cerebro.

***

Hace un par de noches Gabriel estaba haciendo *zapping* por los noticieros centrales, quejándose que todos hablaban de lo mismo, «que el Transantiago esto, que la Bachelet aquello». Pasé junto a él rumbo al baño y tuve la mala idea de decirle: «Si no te gustan las noticias, pues sal y fabrica algunas». Sin que me enterara, al día siguiente Gabriel salió e hizo exactamente eso. Por la noche en todos los noticieros se hablaba del terrible incendio del edificio Diego Portales.

El «siniestro», como insisten en llamarle a estas cosas los periodistas, se había iniciado cerca de las 16:45 horas en el Salón Blanco del edificio: «Las llamas afectaron desde el acceso al centro de convenciones hacia el sector oriente de la edificación, mientras que la torre donde funciona el Ministerio de Defensa Nacional no sufrió daños», leía Amaro Gómez-Pablos del *telepronter* con su particular y afectado acento. «La zona donde el fuego causó mayores estragos fue la del Salón Plenario. Después de media hora de sufrir con la violencia del fuego, parte del techo metálico se desplomó, por lo que bomberos continuó su tarea para evitar que las llamas se expandiesen hasta la torre. En la operación participaron veinte carros y trescientos voluntarios de bomberos…»

—¿Recuerda aquello de salir a fabricar noticias, agente Platijnov? —le dije muy serio al autómata, que respondió con la cabeza— Pues no lo haga más, ¿entendido? —Gabriel volvió a asentir con la cabeza, concentrado en el capítulo estreno de «24». Jack Bauer… no sé qué gracia le encuentran a esta serie, y pensar que es el mismo tipo de «Dark City», la única película decente que ha hecho en toda su vida. Me retiraba a mi dormitorio cuando mi espalda absorbió la siguiente frase:

—Nunca te lo he dicho, pero me recuerdas mucho a Liu Qingling, que en paz descanse.

—¿Y ése quién era? —le pregunté.

—Uno de mis mejores amigos, de cuando estudiaba en la Universidad Normal de Pekín. Liu estudiaba Psicología, le faltaba muy poco para graduarse cuando ocurrió lo de Tiananmen.

—¡Otra vez con eso! Tú nunca...

—A las 10 p.m., se fundó la Universidad de la Democracia de la plaza de Tiananmen —prosiguió mi *partner* sin prestar atención a mis objeciones—. El diputado Chang Ckeng-li fue nombrado presidente. La gente nos felicitaba. El Cuartel General empezó entonces a recibir un mensaje de emergencia tras otro. La tensión crecía. Nos informaban que la sangre corría en la calle Changan, los soldados empleaban tanques, bayonetas y gases lacrimógenos. Disparaban a la gente. Los estudiantes llegaron a la plaza con sangre en las manos, pechos y piernas. Nos sentamos en la plaza a la espera de ser sacrificados. En ese momento, desde los altavoces de alrededor del Cuartel General, se oía la canción «Para el pueblo lo que es del pueblo», ya sabes, esa que dice «Estudiar era un pecado, clandestino era el saber, porque cuando el pueblo sabe, no lo engaña un brigadier». Pensábamos que las tropas sólo nos arrestarían, pero antes que nos permitieran retirarnos pacíficamente los soldados se precipitaron con sus bayonetas hacia el monumento empezando a disparar, mientras los tanques pasaban sobre los compañeros que dormían en tiendas de campaña. Con mis propios ojos vi cómo las pesadas orugas aplastaban a mi amigo. No contentos con esto, posteriormente los soldados rociaban con gasolina los cuerpos convirtiéndolos en antorchas. Fue horrible, el símbolo del movimiento prodemocrático. La diosa de la democracia fue derribada por una columna de tanques. Pero no puedo negar que Liu cavó su propia tumba, como lo estás haciendo tú.

—¿Me está amenazando, agente Patijnov?

—No, de ninguna manera. Sólo estoy constatando un hecho tan evidente como el colapso de la función de onda.

—¿De qué chucha estás hablando?

—En mecánica cuántica, una función de onda es una forma de describir el estado físico de un sistema de partículas. Usualmente es una función compleja y de cuadrado integrable de las coordenadas espaciales de cada una de las partículas. Las propiedades mencionadas de la función de onda permiten interpretarla como una función de cuadrado integrable. La ecuación de Schrödinger proporciona una

ecuación determinista para explicar la evolución temporal de la función de onda y, por tanto, del estado físico del sistema en el intervalo comprendido entre dos medidas. Ya vuelve «24» de los comerciales, fue un agrado charlar contigo.

El autómata no sólo se resistía a cumplir mis órdenes, sino que había comenzado a desafiarme abiertamente. Muy pronto esa lucha de «poderes duales» a las que hacía mención el Sr. Jormungand podría desatarse al interior de esta misma casa. Como en aquella película, «La Guerra de los Roses», marido y mujer enfrentados en una guerra entre cuatro paredes en una escalada de agresión que termina matándolos. El proceso de embrutecimiento y la destrucción de valores que Ballard describe tan bien en *Rascacielos*. El problema era la ausencia de guía. Si Gabriel era un proyectil y yo la pistola, nos hacía falta quien apretase el gatillo. Mejor agarrar un camello y mandarse a cambiar al Medio Oriente. ¿Qué tal el paso de Khyber? La mítica puerta de Asia y de Afganistán. Armas ligeras y pesadas, opio afgano, hachís de Kandahar, todo lo que está prohibido en el resto del mundo es legal aquí. En un descuido del fusilero del Khyber Khasadar Force que me custodia, Ahmed Abdul-Malik (sí, como el jazzista) me lleva a su tienda de barro. Ahmed es un jefe tribal menor y uno de los tantos traficantes de armas. Tiene una impresionante colección de armas automáticas usadas, en gran parte rusas. Un *kalashnikov* 222 comando del 93 con lanzagranadas por 2.000 dólares, los que compran los guardaespaldas de Bin Laden. También tiene opio de color marrón oscuro y hachís exhibidos sobre el mostrador mientras en la puerta montan guardia sus sobrinos, soldados talibán del 515 Batallón de Jalalabad, al mando del mulá Rull... Otro agente eliminado, otro fragmento de memoria disparado a mi cabeza desde el FasatAlfa.

Aburrido como ostra, decidí ir en busca de un Teletrak, una red de locales repartidos a lo largo de todo el territorio, especialmente preparados y adecuados para la transmisión y venta de apuestas de carreras de caballos de los hipódromos centrales, entre los que se encuentra el Club Hípico de Santiago, el Hipódromo Chile y el Club Hípico de Concepción. Esta red es administrada alternadamente entre Club Hípico de Santiago e Hipódromo Chile. Cada agencia busca prestar mayor servicio a sus clientes. Cuentan con cafeterías, restaurantes, monitores, pantallas gigantes y amplias salas para albergar

cómodamente un número considerable de personas. Siempre me gustó el denominado deporte de reyes: las carreras. Mi escuela quedaba junto al hipódromo y solía escaparme para ver a los caballos. Luego comencé a apostar, gané unas cuentas veces, perdí la mayoría. Con el tiempo cambié la enormidad del Club Hípico y el contacto con la naturaleza por la frialdad casi higiénica de los Teletraks. No importa dónde se encuentre ubicada la casa de apuestas, sea en Mapocho, en el centro o en Providencia, en todas ellas se urde una serie de relaciones de familiaridad entre los asiduos clientes, con los muchachos que venden los boletos y el personal de seguridad. Cada Teletrak tiene sus personajes legendarios y también los que se tornan insoportables. En el de Providencia, cerca de Manuel Montt, concurría un tipo grandote y malhumorado al que denominaban «El Soviet». No era agresivo, pero su vestimenta paramilitar y su metro noventa y cinco intimidaban a cualquiera. En este local eran muy asiduos los taxistas y también los heladeros que pasaban a jugarse las monedas acumuladas después de subir y bajar de las micros.

Aposté veinte mil pesos a los caballos 4 y 5, Claremount III y Colmillo Verde. El locutor dijo «se paga» y pude comprobar en las pantallas que junto a los números de mis caballos se leía (GAN) y (A TER). Me acerqué a la caja con mi boleto ganador y como estaba con suerte, aposté a la «Quinela», donde deben escogerse dos caballos y uno gana cuando estos llegan en 1er y 2o lugar, en cualquier orden. Volví a ganar y decidí apostar todo en la «Superfecta». Se escogen cuatro caballos y uno gana cuando los caballos llegan en 1er, 2o, 3o y 4o lugar en orden exacto. Perdí y mis ganancias pasaron a formar parte del pozo acumulado para la siguiente Superfecta. Pero ya no tenía dinero más que para un café de la máquina en la esquina.

—¿Lo ha abandonado la suerte? —me preguntó alguien desde las sombras.

—¡Usted de nuevo! —dije al comprobar de quien se trataba— ¿Redactando informes o siguiéndome?

—Ni lo uno ni lo otro, sólo apostando como cualquiera.

—¿Y ha tenido suerte?

—No, yo nunca tengo suerte. ¿Cómo elige sus caballos, por nombre o por número?

—Por nombre.

—Pero el nombre no les hace correr, los caballos no saben cómo se llaman ni qué número llevan. Al igual que nosotros. La Compañía

nos tiene asignados números que desconocemos, pero esos números no somos nosotros, ¿no es verdad? Yo soy el nuevo Número Dos, ¿quién es Número Uno? Usted es Número Seis, estimado amigo. No, no soy un número; soy un hombre libre y toda esa mierda... Nadie es libre y nadie es inocente. Todo no es más que un juego de espionaje y contra-espionaje. Grandes estrategas de la historia como Sun-Tzu y Chanakya ya utilizaban estos métodos. Uno de los estudiantes de Chanakya, Chandragupta Maurya, hizo amplio uso de asesinos, espías y agentes secretos durante su imperio. Los antiguos egipcios desarrollaron un sistema de espionaje muy avanzado, lo mismo que los hebreos como ocurre con la historia de Rahab. Y ni hablar de los ninjas que son representados como carne de cañón en las películas pero los cuales, sin embargo, jugaron un crucial rol de espionaje en el Japón Feudal. Espías y contra-espías, terroristas, anarquistas y *agents provocateurs*, los conozco a todos. El Unabomber, Yuri Gligoric, el Pibe Heavy Metal, Mr. Verloc, Francis Walsingham, los Hombres de N.A.D.I.E., Kafka, Tamura, Alvah Goldbrook, *Le Nyctalope*, Dmitri Gredenko, Sydney Bristow, Angulo el Malo, Leon Levinsky, Oxus, el Armadillo Negro, Madame Gillig, los Solteros Secos, Arnim Zola, Sebastian Shaw, los Anatemáticos de la Red, la Baronesa de Orczy, Dean Moriarty, el Gordo Terminal, El Dr. Abuso y Patíbulo, las Hermanitas de Nuestra Señora de la Navaja, Arturo Belano y Ulises Lima, Willoughby Kipling, Phillips Oppenheim... El Armadillo Negro es el peor de todos, portador de tripanosomas de la enfermedad de Chafas, no se ha bañado desde la epidemia de 1935...

—¿Todos ellos trabajan para la Compañía? —pregunté asombrado.

—La Compañía —replicó sarcástico el agente—, ¿qué sabemos de la Compañía a ciencia cierta después de todo? Sólo lo que ellos quieren que sepamos. Introducen deliberadamente información contradictoria, la confusión es su mejor arma y existen tantas versiones del origen, estructura y propósito de la Compañía, como agentes de la misma. ¿Cuál es su versión, mi joven amigo? ¿Qué le ha dicho Jormungand al respecto?

—Que la Compañía fue creada por Leonardo Da Vinci en complicidad con unas inteligencias alienígenas que utilizaron el Golpe de 1973 en Chile para entrar a este mundo. Involucrados en todo esto estarían los Francmasones, el Colegio Invisible, la Golden Dawn, los Iluminatis bávaros, los socialistas...

—Los muppets, los pitufos y los cazafantasmas. Sí, he oído innumerables versiones de esto mismo, pero la verdad es mucho más pedestre y no involucra alienígenas, sociedades secretas, entidades sobrenaturales y mucho menos al pintor de la Mona Lisa. La Compañía tiene sus orígenes en la segunda mitad del siglo XIX y el responsable de su creación fue Leopoldo II, rey de Bélgica. La Compañía como la conocemos hoy es el resultado de la fusión de las empresas que obtuvieron las principales concesiones monopolísticas en el Congo, la Sociedad de Amberes de Comercio del Congo y la Compañía Anglo-Belga del Caucho y la Explotación. De más está decir que Leopoldo II tenía una importante participación en ambas compañías directamente o por medio de testaferros. ¿Sabía, mi joven amigo, que en la administración de los belgas el Congo fue el mayor exportador de uranio a los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría? Todo se reduce a dinero, la Compañía existe por y para la explotación de los recursos naturales de ésta y todas las Tierras del multiverso. Se entiende al ser humano, por supuesto, como otro recurso natural más, pues somos seres naturales después de todo y no artificios como los automatones. Es gracioso comprobar que ellos tienen más derechos que nosotros, ¿no es así?

—La verdad que a estas alturas ya no sé a quién o qué creer.

—No crea en nada. Un estado de permanente incredulidad es lo único que puede alejarnos de la locura. Quien posee certezas posee cadenas. Mientras más seguro esté de algo, más díficil le será conectarse con su nahual nuevamente.

—¿Nuevamente? ¿Quiere decir que ya he logrado conectarme con el nahual?

—Así es. ¿No lo recuerda acaso? Cada persona al momento de nacer posee un nahual, el espíritu totémico que se encarga de protegerlo y guiarlo. Los nahuales suelen manifestarse como una imagen que aconseja en sueños, pero no todos tienen un contacto superficial. Los chamanes, por ejemplo, pueden crear un vínculo con sus nahuales, lo que les proporciona una serie de ventajas como poseer el olfato del perro, la visión del aguíla o el oído del ocelote. Los brujos más poderosos pueden inlcuso adoptar la forma de su nahual...

—¡El ñandú, mi nahual es el ñandú!

—Y el del agente que usted perseguía también. Los nahuales de una misma especie suelen eliminarse cuando están en el mismo

territorio. Pero no crea que adoptar la forma de un nahual es algo demasiado difícil, muchos agentes de la Compañía pueden hacerlo, incluso pudiendo adoptar formas de nahuales extraterrestres o extintos, como Clarence Cowie. La gracia es conseguir transformarse en más de un nahual, atributo que hasta ahora sólo poseen dioses como Tezcatlipoca, capaz de convertirse en jaguar o coyote.

—¿Y cuál es su nahual, agente...?

El misterioso sujeto miró de un lado hacia otro como para asegurarse que nadie nos espiaba y me murmuró al oído:

—Mi nahual es el gato.

Y dicho esto desapareció nuevamente.

***

Tres días luego de mi encuentro con el agente en el Teletrak, desconfiando de Gabriel y aburrido de la despreocupación de la Compañía, decidí ir a dar una vuelta al Barrio Bellavista, tal vez pasar por Victorino Lastarria, tomarme un café en la Plaza del Mulato Gil, hojear libros en la tienda de Lafourcade o visitar la exposición de Guillermo Díaz en el Bellas Artes.

Así que ahí estaba yo, despreocupadamente caminando por las inmediaciones de Plaza Italia, cuando sentí algo que se deslizaba en mi mente, como si me hubieran insertado una varilla de acero por los oídos para luego propinarme un puñetazo en la base de la espina dorsal. Tenía conciencia de todo lo que estaba ocurriendo, pero no podía realizar ninguna acción. Era como un títere a control remoto. Caminé hasta el metro Baquedano, descendí las escaleras, subí al vagón, me bajé en la estación La Moneda y caminé hacia el Hotel Carrera, que se ubicaba al costado norponiente de la Plaza, a muy pocos pasos de La Moneda. Una vez en el hotel, ascendí al piso 14, a la *suite* presidencial, y sólo entonces sentí cómo me abandonaba aquella nauseabunda fuerza que me convirtió en su títere.

En la sala de visitas me esperaba un circunspecto individuo de nariz fina y de puente alto que resultaba muy prominente y recta debido a las enjutas mejillas de los costados de su rostro.

—Por fin nos conocemos —dijo el sujeto extendiendo una mano que me negué a estrechar. Su voz resonaba con un marcado acento británico y cada sílaba parecía engranarse en el aire—. Permítame que me presente. Soy Earle Lytton, director adjunto de la sub-división de reconocimiento y reintegración protoplasmática de la Compañía.

—Nunca oí sobre la existencia de tal repartición —respondí desconfiado.

—No lo culpo, somos una división ultra-secreta, a nueve niveles por encima de sus jefes. ¿Qué le parece el hotel? Bonito, ¿no? Ya me había alojado aquí anteriormente, durante mi primera visita a Chile. En ese tiempo la decoración era un tanto distinta, demasiado étnica para mi gusto, el *lobby* estaba lleno de chamantos araucanos y muebles de palo quemado, estilo muy de moda en esa época, pero que no tenía nada que ver con la arquitectura del edificio. Me han comentado que este hotel ha contado con huéspedes como Ava Gardner, Vivian Leigh, Henry Kissinger e incluso la Reina Isabell II de Inglaterra junto al príncipe Felipe, que se alojaron es esta misma habitación. ¿Desea algo de beber?

—No, gracias, y sabe muy bien que no puedo confiar en lo que me dice sobre la sub-división a la cual dice pertenecer.

—Lo sé, por eso lo he traído hasta acá, para convencerlo.

—Ya me convenció al menos que puede privarme de mi voluntad. ¿Cómo lo ha hecho?

—¡Oh! Eso es obra de Monique, experta en coerción a larga distancia. Monique, saluda al caballero.

No había nadie más en la habitación.

—No es usted una persona muy educada mi amigo.

—No soy su amigo y no hay nadie más a quien saludar aquí, maldito loco.

—¿Te has vuelto invisible de nuevo, querida? Ah, era eso. Disculpe usted, Monique es algo tímida.

—¿Es invisible pero usted la puede ver?

—Sí, de mí jamás podrá ocultarse. Poseo la facultad de ver más allá de lo evidente.

—¿Acaso posee la Espada del Augurio de los *Thundercats*?

—No requiero de aparatos, es mi habilidad especial. Todos los agentes tenemos habilidades especiales.

—Pues yo no poseo ninguna habilidad especial y aún así soy un agente.

—Eso es lo que Jormungand le ha hecho creer, pero usted sí tiene una facultad extraordinaria, de lo contrario, no le habrían reclutado. Los humanos normales no trabajan para la Compañía. En ese aspecto somos muy discriminadores, cero corrección política.

—¿Y cuál es esa facultad que poseo y por qué razón la desconozco? Si el Sr. Jormungand lo sabe, ¿por qué no me lo ha dicho?

—La razón es simple, mi querido amigo. Si usted conociera su habilidad extra esto podría impedir su debido funcionamiento como agente. Ahora bien, ¿se ha preguntado por qué no ha sabido nada de Jormungand en todos estos meses? ¿Por qué no ha recibido nuevas instrucciones?

—Por supuesto que me lo he preguntado.

—Anton Jormungand se ha pasado al bando enemigo, estimado Vicente. Esa es la razón. La navaja de Occam, la respuesta más simple suele ser la correcta.

—¿El Sr. Jormungand traicionando a la Compañía? ¡Eso nunca!

—Todo es posible y todo hombre tiene su precio. ¿O acaso olvida cómo la Hermandad de Dadá convirtió a un policía francés en un retrete con flores y activó el cuadro que devoró a París? ¿No se pasó Piotr Nikolaevitch a los Acólitos de Lensherr durante el funeral de su hermana, acaso? ¿No se convirtió Rafael Insunza en férreo defensor del General Pinochet durante su detención en Londres? Como le digo, todo es posible y todo hombre tiene su precio.

—¿Incluso usted, Mr. Lytton?

—Por supuesto. Pero de momento estoy más que feliz con lo que me paga la Confederación.

—¿Confederación? La Compañía, querrá decir.

—Sí, eso. La Compañía. Disculpe mi español.

—*If you want we can speak in your native language*.

—Sé que domina el inglés a la perfección, Vicente, no por nada vivió en mi país durante dos años y siete meses que le marcaron mucho. Supongo que se volvió un poco inglés durante ese tiempo, ¿no? Apuesto a que sigue bebiendo el té con leche y viendo el *snooker* por ESPN. ¿Todavía le gusta Pink Floyd?

—¿Podríamos ser más concisos? ¿Qué es lo que desea de mí la sub-división de reconocimiento y reintegración protoplasmática?

—Pues reintegrarlo, por supuesto. Actualmente es usted un agente sin supervisión, un «radical libre», como les denominamos. Ha de ser reinstruido y recapacitado. Obtendrá un nuevo nódulo akhásico, con inductor de imágenes incorporado y un automatón modelo 2.3 a su servicio.

—¡Y yo que pensaba que el 1.8 era el último modelo!

—¡Oh, no! Esos comienzan a desarrollar personalidad propia al año y se vuelven completamente humanos al tercero.

—En cuanto a Jormungand…

—Anton Jormungand es una identidad falsa, ni siquiera es suizo, sino sudafricano. Ha tenido treinta y seis pasaportes y ha sido deportado cincuenta y ocho veces; tiene procesos pendientes en Holanda, Cuba, Pakistán, Hong Kong y el Principado de Sealand. Como todo agente de la Compañía, Jormungand fue entrenado para negar su condición de tal afirmando una coartada. Nos dijimos entonces, ¿por qué no someterlo a jiu-jitsu psíquico y sugerirle que la identidad de la coartada es la suya? Su identidad de agente entonces se volvió inconsciente, escapó a su control, pero puede volver a resurgir mediante drogas e hipnosis.

—Un momento, no estoy entendiendo nada…

—No me sorprende. Usted fue sometido por Jormungand, sin saberlo, al mismo proceso que nosotros ejecutamos en él. Agente, usted no es quien cree ser. Su identidad es un permanente flujo de yuxtaposiciones ambientales extraídas de los archivos akhásicos por el nódulo a medio formar de su cerebro. Sí, los amigos del Pentágono no lo destruyeron completamente, el nódulo akhásico comenzó a regenerarse, pero defectuosa y rudimentariamente. Es por ello que precisamos reasimilarlo.

No dije nada, y Lytton tampoco. El silencio invadió el cuarto presidencial del Hotel.

—¡Estuvo a punto de engañarme! —dije finalmente— Por un momento y me trago todo el cuento…

—No sé de qué habla… —replicó mi anfitrión fingiendo nerviosismo.

—Sé que es usted. ¿Aún está en Betelgeuse?

El rostro británico de Lytton fluctuó como un estanque tras arrojar una piedra y cuando la calma regresó a su superficie las facciones se habían reconfigurado en la familiar cara de Anton Jormungand.

—¿Cómo me descubriste, Vic? —preguntó sorprendido.

—La sombra, Sr. Jormungand. Me percaté que todo en la habitación proyectaba sombra menos usted. Es una proyección holográfica, ¿verdad?

—No me equivoqué contigo, Vicente. Sigues siendo uno de los mejores. En efecto, soy una proyección holográfica transmitida

en tiempo real vía ansible desde Betelgeuse. Disculpa por tenerte en ascuas todo este tiempo, pero he tenido que encargarme de muchos asuntos aquí. ¡Es increíble la cantidad de papeleo, memorandums y folios que llenar! Pero ya sabes, ese es uno de los defectos de la democracia. Basta pensar en los pensadores románticos alemanes con su invocación a una cultura orgánica y a la recuperación de un pasado de pureza vernácula. Prodigios frente a los cuales el Estado liberal y democrático palidece como algo artificial y racialmente híbrido, a la vez que despreciable por su tendencia a la proliferación de burgueses acomodaticios que reniegan de todo heroísmo. «Ellos aman la Pepsi, nosotros amamos la muerte», respondió un joven yihaidí a una periodista británica en la frontera afgano-pakistaní al ser consultado sobre cómo pretendían ganarle la guerra a los norteamericanos. Como decía Carmody, la democracia es cancerígena y su cáncer es la burocracia que desvía las inmensas posibilidades de la humanidad de su línea evolutiva, despojándola de la acción espontánea e independiente y convirtiéndonos en parásitos absolutos. En virus como decía el agente Smith. Es por ello que soy un gran defensor de las monarquías, ya que son capaces de reducir ostensiblemente la naturaleza parasitaria y las dimensiones de la burocracia administrativa. Son capaces de tomar decisiones rápidas y además satisfacen esa ancestral exigencia humana de una jerarquía paternal en que cada persona conoce el lugar que le corresponde. Y créeme cuando te digo, Vicente, que estás justo en el lugar que te corresponde. Lo tenemos todo cuidadosamente planificado y no te he dejado solo en ningún momento. Le encargué a Frank que te cuidara las espaldas.

—¿Frank? ¿Ese es el nombre del agente que redacta informes?

—Sí, Frank Carmody, aunque también opera bajo los alias de Will Dennison y Bull Hubbard. Sus amigos más cercanos le decimos el Viejo Toro Bill. El fue mi mentor, ¿sabes?

—Algo me dijo al respecto. Pero me asalta una duda, si usted lo aprecia tanto, ¿por qué me ordenó que lo matara en París?

—Eso no fue algo personal, tan sólo... asuntos de la Compañía. Frank era el mejor. Dime, Vicente, ¿sigues en treinta y ocho?

—No, señor, ya van setenta y dos.

—Muy bien, casi el doble. Aunque ésos no puedan ser contabilizados oficialmente por la Compañía. Ya sabes, sólo víctimas asignadas.

—Lo sé, Sr. Jormungand. ¿Cuál será mi próximo objetivo, Rafa Cavada, Pamela Giles acaso?

—Me temo que nadie de tan alto nivel. Sólo una infiltrada. No la conoces, pero te enviaré toda la info relativa a la operación lo antes posible. No olvides revisar tu e-mail. Y, Vicente, despreocúpate, que no me he olvidado de ti.

—Es bueno saberlo, Sr. Jormungand. La verdad que todo este tiempo sin saber nada de usted ni la Compañía estaba comenzando a ponerme nervioso, además que me estoy quedando sin equipamiento ni recursos económicos, el automatón cada vez da más problemas…

—Tranquilo, Vic. Me ocuparé que te sea suministrado un nuevo autómata y el equipo necesario. Contactaré a William, no desesperes. Cuando necesites hablar conmigo no tienes más que escribir mis iniciales con tu sangre sobre la superficie de un espejo y estaremos inmediatamente comunicados. Pero sólo llama cuando sea estrictamente necesario, tengo muchos papeles aún por llenar y mientras más rápido termine, más temprano podré estar de regreso. Y será mejor que te marches antes que se inicien las obras de remodelación.

—¿De qué obras habla?

—De este hotel. ¿Que no sabes acaso que el Gobierno chileno lo transformará en el próximo Ministerio de Relaciones Exteriores? Vete antes que te caiga el techo encima, Vic. Cambio y fuera.

La imagen de Jormungand parpadeó levemente para luego desaparecer. Alguien llamó a la puerta de la habitación. Era un tipo con pinta de arquitecto o ingeniero civil al que noqueé con un certero golpe en la base de la nuca para luego huir a toda prisa. Afuera llovía torrencialmente.

***

Era cerca de la medianoche cuando regresé a la casa. Los nubarrones cargados de lluvia se habían marchado a la costa y el negro cielo salpicado de estrellas lograba intuirse tras la pátina de luces proyectadas por la ciudad.

Subí hacia el segundo piso y Gabriel estaba de pie en la escalera, como si fuese un padre aprehensivo que ha estado toda la noche en vela esperando que regrese el indisciplinado hijo que se marchó de fiesta.

—¿Dónde estabas? —me preguntó.

—Salí a dar una vuelta nada más.

—Te tengo dos buenas noticias. Regresó el gato de la casa y la Compañía por fin nos ha enviado una misión.

—¿Qué misión? —dije fingiendo ignorar a qué se refería.

—Revisé el correo: debemos secuestrar a una infiltrada, someterla a interrogatorio y luego disponer de ella.

—No me quedó otra opción que seguirle la corriente al autómata. Una vez más encendí el motor del Cherokee y conduje en dirección a Providencia.

—Imagino que vamos a torturarla, ¿no? —dijo Gabriel.

—Supongo que sí. Dudo que hable si se lo pedimos cortésmente —fue mi respuesta—. ¿Cómo es el gato?

—¿Qué gato?

—Dijiste que el gato de la casa había regresado.

—Ah, sí. Es grande el bicho. Ha pasado mucho tiempo… pero no he olvidado las viejas técnicas —continuó Patijnov relamiéndose la boca—. Cómo olvidar las casas Corvi, *el pau de arara*, la corriente en los genitales, los submarinos y la camioneta, ésa que inventó el Ronco Morén...

La verdad es que a diferencia de Gabriel nunca he sido partidario de la tortura, ya que localiza al oponente y moviliza la resistencia. Es mucho mejor la amenaza de tortura que induce en el sujeto el sentimiento adecuado de impotencia y gratitud hacia el interrogador que no llega a usarla.

La infiltrada estaba justo donde el Sr. Jormungand había señalado. Parada en una esquina, sola e indefensa, esperando un taxi o algún otro medio de locomoción pública que la regresara a la seguridad de su casa. Antes que la chica se percatara de lo que estaba sucediendo, ya estaba arriba del Cherooke. Gabriel le ató manos y piernas con cinta de embalaje, la amordazó y le cubrió la cabeza con un saco de papas.

—Su nombre es Dharma Solari —dijo mi *partner* sosteniendo la cédula de identidad que había hallado en el bolso de la chica—. Dharma, vaya nombre extraño. ¿No daban por el cable una serie que se llamaba así?

—Supongo que te refieres a «Dharma y Greg». La transmitía Fox, pero nunca la vi. No era más que otro estúpido *sitcom* norteamericano como «Friends» y «Senfield». Dharma es un término oriental que significa ley, norma, deber... el camino correcto que conduce al palacio de la sabiduría…

—Eso es mentira, sólo la ruta del exceso te lleva a dicho lugar…

—Aquí dice que nació en 1983, tiene entonces...

Gabriel comenzó a sacar la cuenta con los dedos, las matemáticas nunca han sido su fuerte.

—¡Veintidós años! —anunció.

—Eres un genio —le dije—. ¿De verdad no fuiste tú el que inventó el Tetris?

—Solari —repitió Gabriel haciendo caso omiso a mi comentario mordaz—, ¿no te informó la Compañía si esta chica tiene algo que ver con el general en retiro Mauricio Solari Urzúa?

—No sé, no recuerdo, tal vez, qué importa. Cuando lleguemos a la casa le preguntas si quieres, mientras la quemas con colillas de cigarro.

—¿Por quién me tomas? ¿Por un maldito torturador? —preguntó Gabriel haciéndose el ofendido— ¡Yo luché para que tú pudieses ser libre, mocoso malagradecido! ¡Yo combatí para devolverle al pueblo la democracia que los milicos nos quitaron!

—Sí —repliqué imitando la tediosa voz de mi *partner*—, «yo que fui entrenado en las escuelas del ex Pacto de Varsovia, que fui bautizado con fuego en Nicaragua, Angola y El Líbano; yo que he visto naves en llamas en el hombro de Orión y rayos-C brillar en las oscuras cercanías del puente de Tanhauser…» He escuchado mil veces esa mierda sentimentaloide, Gabriel. El comunismo está en retirada en todo el mundo, pronto serás el único miembro del partido en Chile.

—¡Qué sabes tú, después de todo, de Marx! —exclamó como dando por terminada la discusión, pero yo aún tenía municiones.

—Creo saber algunas cosas —le dije mirándolo por el espejo retrovisor—. Descendiente de una familia judía convertida al protestantismo, Karl Marx nació en Tréveris el 5 de mayo de 1818. Estudió derecho, filosofía e historia en la Universidad de Berlín en 1836. En 1843 se casó con la hija de un aristócrata liberal, consejero real de Prusia. En Berlín, Marx se unió a los filósofos de la izquierda hegeliana. Su tesis doctoral sobre Demócrito y Epicuro sentó las bases del materialismo histórico que reduce la historia a una sucesión de sistemas de producción: el sistema esclavista, el feudal y el capitalista. Pero, sin duda, lo más importante no es lo que sé sobre Marx, sino lo que sé de ti, Gabriel Ingeborg Patijnov Schwerter. ¡De qué lucha de clases me hablas! Cuando tu familia financió a los Iluminatis bávaros que secretamente controlaron las revoluciones que derrocaron a las viejas monarquías feudales y abrieron el camino al sistema de mercado «libre» con el que domina al mundo el monopolio del capital. ¿Crees acaso que no sé que la Ordo Templi Orientis fue creada por la unión

de los Iluminatis de Engels y la hermandad Hermética de la Luz de P. B. Randolph en 1888? ¿Crees que no sé que Theodore Reuss no era tan sólo un espía entre Marx y su grupo de inteligencia militar alemana, sino un doble agente que espiaba en Alemania para los marxistas? ¿Crees acaso que no sé que eres un doble agente de la Compañía y el Pentágono?

El mutismo se apoderó del autómata y sólo pude oír la respiración agitada de Dharma y el ronroneo del motor. Algo muy positivo, ya que no quería que nada arruinase esta noche en que por fin me vengaría de Dharma y sus continuos desprecios, ¿Quién dijo que no se podían mezclar los negocios con el placer?

Cierta ocasión en el Paseo Ahumada íbamos con Gabriel, no recuerdo hacia dónde, y de pronto divisamos a Dharma y Le Queux entre la multitud. Iban tomados de la mano. ¡Tomados de la mano!

Insistí en alcanzarlos, pero el experimentado Gabriel me hizo ver lo pueril de mi actitud. No sabía por qué me molestaba tanto aquella situación, o más bien intentaba ignorar las razones que en ese momento me ofuscaban. ¿Qué me importa? —me dije mentalmente.

—Claro que te importa —me contestó Gabriel—. Ella te gusta, pero no quieres hacer nada al respecto. Te contentas con contemplarla de lejos, como un patético voyerista.

—Sí, ¿y qué? —respondí.

—Ella está cerca, muy cerca —continuó Gabriel—. Tú eres el animal enjaulado; ella visita el zoológico, pero no puede abrir la puerta de tu jaula. Sólo tú tienes la llave.

—No, prefiero mi cautiverio voluntario —repliqué—. Aquí estoy a salvo, como aquel hombre en Schonbrunn que, frente a un orangután, comprendió que todo era al revés, que la perversa réplica del divino humorista eran los visitantes, la grotesca muchedumbre que transitaba frente a la jaula mientras el orangután los observaba, desde su envidiable libertad.

—Eso no ocurrió en realidad —contestó Gabriel—. Lo leíste en un libro que te presté.

—¡Claro que ocurrió! Fue en el mismo zoológico donde las dos cigüeñas gay adoptaron el huevo de un cocodrilo.

Dharma y Le Queux se perdieron entre la multitud mientras yo discutía conmigo mismo.

***

Después de una hora de viaje y tras darnos algunas vueltas para despistar a nuestra víctima, llegamos a casa. Estacionamos el Cherokee, Gabriel se echó a Dharma al hombro y la llevamos a la habitación subterránea donde la hija mayor tocaba la batería.

—¿Sabes? Será mejor interrogar a esta perra en otro lado.

—¿Qué dices? El cuarto de abajo es el sitio ideal, está aislado acústicamente...

—Es que olvidé decirte que tengo al gato encadenado allá abajo.

—¿Y por qué lo encadenaste?

—Para que no nos coma.

—¿El gato?

Sin decir ninguna palabra más bajé los escalones y abrí la puerta. Un fuerte rugido que me erizó los pelos me recibió. En la esquina, y junto al plato de Miztli, había un puma de unos 2.60 mt. de largo. La bestia saltó hacia mí descargando una de sus poderosas patas en un intento de atraparme, pero la gruesa cadena metálica lo sostuvo a escasos centímetros. Cerré la puerta de un golpe, blanco como un fantasma.

—Pensé que los pumas no eran agresivos —fue todo cuanto atiné a decir.

—Debe tener hambre. No ha querido comer sus *Whyskas*.

—¡Eso no es un gato, hueón! ¡Es un puma y los pumas no comen esa mierda de *Whyskas*! Faltó poco para que me rajara la guata, ¡hueón ahueonao!

—¡Puchas! Pensé que era el gato de la casa, de verdad lo lamento. Apareció en el patio cuando tú no estabas y lo encerré para que no volviera a escaparse. No pretendía...

—Ya, no importa. Lleva a la infiltrada a mi dormitorio. Haremos esto en el segundo piso. Necesito un trago para pasar el susto. Por poco y los zarpazos del puma me destripan.

Gabriel obedeció y, luego de arrojar a la chica sobre la cama, bajó a beberse un vodka tonic conmigo para limar asperezas. La mitad del operativo ya estaba hecho. Pese al puma encerrado en el sótano, era agradable cuando las cosas funcionaban como debían y mucho más agradable poner a ese viejo guerrillero en su lugar, pero aún así añoraba la época en que trabajaba solo.

Recuerdo mi primera misión. En aquel tiempo me interesaba conocer a mis víctimas antes de matarlas y el nódulo akhásico me proporcionaba todo cuanto yo quisiera saber sobre ellas. Tenía

estrictamente prohibido eliminar *targets* sin recibir una orden directa, por lo que Le Queux estuvo mucho tiempo a salvo de mi ira hasta que el muy cobarde se suicidó privándome del placer de quitarle la vida yo mismo. Maldito ególatra, ciertamente que era un romántico si por romántico entendemos aquél que desea inflar su yo a la medida del universo.

De cualquier forma el tipo que debía exterminar por orden de la Compañía era tan o más desagradable que Le Queux. Pedro Díaz-Cartes era «artista informático», nacido en Tacna, pero de padres chilenos, estudió un semestre de Periodismo en la Universidad de Atacama, dos años de Psicología en la Universidad de La Serena y se tituló finalmente de Licenciado en Artes con mención en multimedios de la Universidad Arcis con sede en Valparaíso. Pedro, además, tenía cursos aprobados de análisis de sistemas, era amante del arte de Caravaggio, el Bosco y Goya y había participado en innumerables concursos literarios y pictóricos. Actualmente hacía clases en la Universidad Andrés Bello y trabajaba en una agencia de publicidad en Santiago. De su madre, médium reconocida, Pedro obtuvo el gusto por lo sobrenatural y de su padre, empleado de correos, el gusto por la astrofísica. Vegano, activista contra el maltrato animal, ciclista furioso… su próximo proyecto era la instalación de una microempresa dedicada a la exportación de cabello humano. Todo eso se fue a la mierda, por supuesto, tras su lamentable deceso.

El nódulo akhásico había sido bien específico sobre cómo debía morir este sujeto. Gracias al inductor de imágenes accedí sin problemas a su edificio haciéndome pasar por un residente a quien simulé. Una vez frente a la puerta de su departamento, en el piso quince, utilicé mi ganzúa y preparé todo. Luego me senté a esperarlo mientras hojeaba unas revistas de arte que tenía por ahí. El nódulo me indicó que el sujeto había arribado al edificio. Me levanté del cómodo sofá de cuero sobre el cual me había echado cual protozoo y comprobé una vez más la firmeza de la soga para escalar con la que Pedro se ahorcaría.

Escuché las llaves introduciéndose en la cerradura y me oculté junto a la puerta. Una vez que Pedro Díaz-Cartes entró a su hogar, le clavé dos dedos en la espalda y le grité que era un asalto, instintivamente el muy estúpido levantó los brazos y aproveché para plantarle un par de golpes en cada axila. De esta forma quedaba indefenso y sin magulladuras que fueran a ser detectadas por los forenses. El pobre diablo intentó patearme, pero no tuve problemas

para reducirlo y arrastrarlo hasta la soga. Pedro Díaz-Cartes manchó de mierda y orina sus zapatos Gucci y su alfombra tejida por indios cusqueños. Luego volqué la silla y me marché.

Y así estuve durante dos o tres años. Algunas veces la Compañía requería que los sujetos murieran de tal o cual forma (como aquella anciana prestamista y su hermanastra a las que tuve que destrozar con un hacha), pero la mayor parte del tiempo lo dejaban a mi libre criterio. Como en el fondo siempre quise usar un arma como las que veía en las películas y en consideración que los sables-láser no estaban disponibles, opté por eliminar a mis víctimas con una pistola y probé varias como la Beretta 92G Elite y la Taurus, hasta quedarme con una Heckler & Kock USP compacta, el mismo viejo modelo que había causado todo ese alboroto en mi escuela. Uno, llegada cierta edad, se pone nostálgico y como tiene plata puede comprarse todos esos juguetitos que papá y mamá y ni siquiera los abuelos nunca le regalaron, juguetitos que en aquella época no existían o no estaban en el mercado. Me refiero a cosas como una figura de 50 centímetros de Optimus Prime, idéntica a la de la película con la Matriz de la creación y todo, o una réplica de apreciable tamaño del Valkiria de Roy Fokker, ése con la calavera pirata en la cabina. Uno se pone nostálgico sin duda, y fue por eso que yo quise comprar la pistola que tanto me gustara a los ocho años, la pistola de papá que llevé a la escuela…

Han transcurrido veinte años y en mi opinión nada ha podido igualar a la vieja HK USP Compacta. Es perfecta y letal, como el gran tiburón blanco que no ha evolucionado en millones de años. ¿Por qué me gusta tanto esta pistola? Bueno, en primer lugar, la HK USP Compacta utiliza un marco de polímero más pequeño que los modelos estándar, pero conserva las mismas características. Es capaz de resistir las cargas más fuertes +P y +P +Es y disparar más de 20.000 cartuchos de los calibres más poderosos como 9 mm. 40 S&W, 357 SIG y 45 ACP. Su mecanismo de amortiguación es un anillo de polímero que absorbe la fuerza del disparo y, por último (con la reducción de la distancia que separa el gatillo del guardamonte y el de la empuñadura de la cacha), la HK USP Compacta es más cómoda para llevar oculta.

Bauticé a mi Compacta «Helena», pues cada vez que la desenfundaba ardía Troya.

***

Luego de beber un par de whyskachos, volvimos a la habitación donde estaba amarrada y muerta de miedo la chica, yo empuñando mi HK USP y Gabriel la videocámara.

—Te vamos a desvestir, pero no vamos a desatarte ni a sacarte la capucha —le indiqué apoyando a Helena bajo el mentón de la chica—. No intentes nada estúpido. Pórtate bien y todo resultará ídem.

Hice un gesto a Gabriel y éste comenzó a filmar, mientras yo cortaba cuidadosamente las vestimentas de nuestra víctima con un bisturí.

—¡Esta maldita perra se meó! —dije al despojar a la chica de sus pantalones— ¡Uf! Y también se hizo caca. Con el miedo se le aflojaron los esfínteres. Haz un *close-up*. ¿Ya lo tienes? Bien. Voy a quitarle la cinta adhesiva, menos la de la boca. Hay que bañarla. Dos recomendaciones, mi amor —dije a Dharma sujetándola del cabello—. No intentes quitarte la capucha, o ahí mismo te pego un balazo entre los ojos. Tampoco intentes zafarte o golpearnos, ¿entendido?

La chica asintió con la cabeza. La introduje sin sacarle la capucha a la tina y regulé los grifos hasta conseguir la temperatura perfecta. La chica se portaba muy bien, no había intentado patear ni nada, comencé a enjabonarla bajo el atento escrutinio de Gabriel que se deleitaba haciendo *close-ups* de mis manos mientras recorrían el cuerpo de la chica. Sus piernas eran largas y hermosamente moldeadas, pero el resto del cuerpo era anguloso, pechos pequeños y caderas algo estrechas.

Una vez finalizado el baño, envolví a la muchacha en una toalla, la acarreé en brazos de vuelta al cuarto especial y la tendí delicadamente sobre la cama.

—Te la vas a pasar muy bien con nosotros, muñequita —le dije entregando la pistola a Gabriel mientras me bajaba los pantalones.

Entonces la sentí, la sentí dentro de mi cabeza. Fue como si me metieran una fría vara metálica por el ano hasta clavarse en mi masa encefálica. Comencé a escuchar voces, múltiples voces que discutían entre sí... La corteza cerebral parece estar en buenas condiciones... Nada aquí en el lóbulo frontal, jefe... Revisa el lóbulo prefrontal entonces, allí debe estar el problema... Corteza motora y somatosensorial en perfecto estado... Problemas menores en el hipotálamo... Necesito ayuda por aquí, jefe, el lóbulo prefrontal y el parietal son un desastre...

De pronto me veo a mí mismo dirigiendo a una cuadrilla de obreros. Tengo un casco naranja sobre la cabeza y sostengo el plano

de un cerebro... ¡Mi cerebro! Aturdido me siento en el tálamo mientras mis hombres reparan los desperfectos. Entonces escucho aquella lúgubre y familiar voz con pesado acento de Kansas:

—¿Con qué martillo? ¿Con qué cadena?/ ¿En qué horno se ha fundido tu cerebro? ¿Con qué yunque? ¿A qué temible garra?/ ¿Sus atroces angustias le impulsaron a sujetarse?

—Coleridge —replico, pero el agente niega con la cabeza mientras toma asiento junto a mí.

—Blake. Un muy buen amigo mío tuvo una... ¿cómo llamarle? experiencia de contemplación infusa relacionada con Blake en 1948, o eso por lo menos aseguraba. Estaba viviendo en Harlem, alimentándose sólo de verduras y leyendo a Platón, San Juan de la Cruz y a Blake. Luego de masturbarse se dirigió hacia la ventana de su departamentucho en el sexto piso y contempló los tejados mientras leía «*Ah, Sunflower*». Entonces tuvo esa alucinación como en 3D de una voz que supo era la de William Blake. Una voz que sonaba como desde la noche de los tiempos, antigua, sabia. Allen levantó la vista y entonces tuvo esa experiencia de vastedad y antigüedad. Se concentró en los tejados de los edificios vecinos de Harlem y vio que eran un depósito acumulado de inteligencia. Vio a la ciudad como un enorme rostro inteligente que representaba milenios de aprendizaje y mano de obra, milenios de intensa actividad. Durante quince años Allen intentó vanamente repetir la experiencia recurriendo a psicotrópicos y otras sustancias. Pero nada, absolutamente nada logró aproximarle a esa experiencia natural. La vida solitaria y el exceso de lectura puede producir alucinaciones, sin lugar a dudas. Célebre es el ejemplo de don Alonso Quijano...

—¿Es esto una alucinación?

—¿Cómo saberlo cuando soy parte de ella? Sólo un observador externo podría esclarecer la duda. Pero ya sabe, la realidad no es local y no sólo las partículas elementales que componen las cosas no existen hasta ser observadas, sino que no son, en el nivel más esencial, ni siquiera plausibles de ser identificadas en forma separada de otras partículas que estén arbitrariamente lejos. John Muir, el naturalista del siglo XIX, dijo una vez: «Cuando tratamos de aislar cualquier cosa por sí misma, la encontramos enlazada con todo el resto del universo». Tanto en la física como en la ecología esto se ha convertido en realidad. Por lo tanto, si hay alguien que pueda decirnos qué es real y qué no, ese tendría que ser Dios y ese Dios tendría que estar

fuera del Universo, no podría formar parte de su propia creación. ¿Dónde está Dios entonces?

—¿En el Panoptykon?

—Justamente. Está encerrado en el corazón del Panoptykon que como debe recordar es una cárcel. El Panoptykon es la cárcel donde los Archaenides mantienen encerrado al Dios creador.

—¿Quiénes son finalmente los Archaenides?

—Los gibborim o ángeles rebeldes, por supuesto. Se nos hizo creer que habían perdido la guerra contra Dios pero no fue así. Sólo se conoce el nombre de dos Archaenides, Z'QWRHZ y TT-KTKLL, principios opuestos y complementarios a la vez. Su mensajero es el ominoso e innombrable Nyarlafuguet...

—Usted parece saber muchas cosas. Parece ser mucho más de lo que aparenta.

—Todo es apariencia en un mundo de apariencias, ¿no es verdad? Ni siquiera voy a incurrir en el mal gusto de citar el ejemplo de la caverna de Platón. Pero sí podría mencionar lo dicho en el *Fedro*: «En buena lógica, ¿no debería la mente del orador conocer la sustancia del tema sobre el que se dispone a hablar?»

—Pues si estoy contemplando mi propio cerebro, ¿no debería yo saber qué mierda está pasando aquí?

—Debería... Considere esto, la masa cerebral de un cachalote maduro, pariente cercano del delfín, es de casi 9.000 gramos, es decir, seis veces y media mayor que la usual en el ser humano. Usted dirá, tiene un cerebro más grande debido a la envergadura de su organismo. Pero ocurre que las especies más grandes de dinosaurios, mucho más grandes que los cachalotes, poseían un cerebro que representa el 1% de la masa cerebral del cachalote. ¿Para qué necesita el cachalote un cerebro tan grande? Es una pregunta difícil, ¿eh? No me diga que jamás se lo ha preguntado...

—La verdad es que no. ¿Qué tengo de malo en mi cabeza? ¿Qué están reparando esos sujetos con apariencia de albañiles?

—Usted, mi joven amigo, tiene un trastorno de la personalidad. Los rasgos de la personalidad son patrones de pensamiento, reacción y comportamiento que permanecen relativamente constantes y estables a lo largo del tiempo. Las personas que tienen un trastorno de la personalidad, en cambio, exhiben comportamientos de pensamiento y de reacción más rígidos y señales de inadaptación. Cuando le conocí me pareció que sufría un trastorno de la personalidad

esquizotípica, aunque yo no soy un experto en el área, claro. Muchos síntomas del trastorno de la personalidad esquizotípica se parecen a los de la esquizofrenia, pero son más leves y menos intrusivos. Al poco andar, sin embargo, noté que su condición mental era mucho peor. Usted sufre un trastorno de identidad disociativa, un MPD/ DID, como le llaman los gringos. Este es uno de los diagnósticos psiquiátricos más controversiales, y de hecho hay en el campo psiquiátrico algunos especialistas como el Dr. Benway que dudan de su existencia. ¡Si pudiesen estos incrédulos analizarlo a usted se tragarían sus objeciones!

—Usted mismo ha confesado no ser un experto, ¿cómo puede diagnosticarme entonces un trastorno de personalidad?

—¡Vamos! ¡No nos saquemos la suerte entre gitanos! ¡No nos pisemos la capa entre superhéroes! Cualquiera con más de dos dedos de frente reconocería sus síntomas a veinte mil leguas de viaje submarino de distancia. El DSM-IV, MPD/ DID está definido por tres características principales: Al menos dos o más personalidades distintas que existen en un individuo, con cada personalidad siendo dominante (en control) en diferentes momentos. El comportamiento individual es determinado por la personalidad que es dominante en cierto tiempo. Cada una de las personalidades separadas y distintas dentro del individuo es compleja e integrada con sus propios patrones conductuales, relaciones sociales y nombre. Además de estos criterios, cuando se diagnostica MPD/ DID, los terapeutas buscan la incapacidad de un paciente para recordar información personal importante o ciertos bloques de tiempo (donde tal incapacidad no puede explicarse por el olvido normal). ¿Le suena algo de esto conocido?

Asentí con la cabeza.

—Mientras aseaba a la supuesta infiltrada, esta le inyectó nanomáquinas en el torrente sanguíneo. Los nanites están reuniendo los trozos dispersos de su personalidad, los fragmentos de su memoria y pegándolos con supersellante. Están reparando su cerebro...

—El Sr. Jormungand entonces...

—A. J. lo ha traicionado. El Protectorado Galáctico le ofreció una nueva identidad y un cargo importante en la sub-división de reconocimiento y reintegración protoplasmática.

—¿Protectorado Galáctico?

—Sí, una unidad política extraterrestre regida por el tirano Xemmu. El Protectorado tuvo dominio sobre gran parte de la galaxia

durante ochenta trillones de años. Lo que es curioso por decir lo menos, ya que la edad estimada del universo es de entre unos quince a veinte mil millones de años. Pero bueno, por otra parte los creacionistas aseguran que el universo sólo tiene seis mil años. Milenios más, milenios menos, el caso es que hace setenta y cinco millones de años el Protectorado Galáctico incluía veintiséis estrellas y setenta y seis planetas, incluida la Tierra o Teegeeack, como le llamaban entonces. Los terrícolas de aquella época usaban ropa muy parecida a la de hoy y los vehículos terrestres y marítimos que empleaban para transportarse eran idénticos a la civilización humana alrededor de los años 1950-60 pese a que estabámos en pleno período Cretáceo.

—Eso suena a mala ciencia ficción.

—¿Existe tal cosa como buena ciencia ficción? Y espere, que lo mejor está por venir. Antes de ser derrocado, Xemmu ideó uno de los más grandes genocidios de este lado de la membrana. Con la asistencia de sus desalmados agentes, el cruel dictador secuestró a billones de seres paralizándolos con alcohol y glycol para luego cargarlos en naves espaciales y arrojarlos al interior de los volcanes de la Tierra. El océano no es buen sitio para tirar cadáveres, no crea eso de «ese mar que tranquilo te baña». El Pacífico es violento y torrentoso y los cuerpos eventualmente terminan de regreso en las orillas. En este sentido, el guatón Romo tenía razón cuando decía que era mejor arrojarles dentro de un volcán como el Llaima o Villarrica. Siempre fue el alumno más aventajado de Xemmu...

—¿Qué me ocurrirá una vez que las nanomáquinas terminen de repararme? ¿Volveré a estar comunicado con FASat-Alfa?

El agente emitió una risa similar a un quiróptero y dijo:

—FASat-Alfa. ¿Sabe lo que realmente es el FASat-Alfa, hijo? Un insignificante microsatélite chileno de 50 kilogramos que debía separarse desde el satélite ucraniano Sich-1 allá por 1995. Pero las cargas explosivas tipo guillotina que cortarían los pernos que unían las abrazaderas no funcionaron y en consecuencia los pernos, en vez de cortarse, se aplastaron y el satélite no pudo separarse del Sich-1. No existe ningún satélite de la Compañía en órbita, ningún nódulo akhásico ni artefactos parecidos. Todo es un fraude, el mayor fraude de la historia.

—¿Qué será de mí?

—Usted, mi joven amigo, será reintegrado convirtiéndose en un cuerpo más al servicio de la Confederación, sin mente ni voluntad

propia. Yo también dejaré de existir, ya que, por si no se ha dado cuenta, mi joven amigo, soy una de sus tantas personalidades.

—¡No, no lo permitiré! —grito.

—Es demasiado tarde, los pódromos activos de la gran reintegración cósmica han sido activados. Interior y exterior serán homologados. Yo soy el agente interno y la niña...

—¡No! —grito nuevamente mientras me pongo de pie y desenfundo a Helena para disparar a los nanoalbañiles.

Vuelvo a la realidad y me encuentro descargando el cartucho de mi pistola sobre la chica secuestrada.

—Se suponía que luego de violarla debíamos someterla a interrogatorio —protesta Gabriel.

—¡Ya sé, idiota! ¡Deja de filmar!

Gabriel hizo como le indicaba y se quedó ahí parado. De la boca entreabierta y los orificios de bala surgía un líquido viscoso y blanco como la leche.

—No era humana —sentencié.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Gabriel.

—¡No sé, no sé! —digo confundido aún por la curiosa experiencia con Frank Carmody o cómo se llamara dentro de mi cerebro— Hay que redactar un informe y luego consultar con el Sr. Jormungand, ya conoces el procedimiento. Diré que la chica opuso resistencia y amenazó nuestra seguridad.

—¿Cómo podría ser un peligro para dos agentes armados y entrenados como nosotros una muchacha desnuda y atada?

—Es una agente encubierta de Xemmu. La muy puta ni siquiera era humana. Pondré eso en mi informe. Después de todo tenemos licencia como los MIB para eliminar a cualquier alienígena indocumentado que se cruce en nuestro camino.

—¿Qué hago con el cuerpo?

—Llévaselo al puma, tal vez se lo coma.

Me disponía a bajar las escaleras cuando veo una sombra de pie allá abajo.

—¿Quién…? —alcanza a decir el tipo antes que Helena con su letal boquita metálica le lance un certero escupo en medio de los ojos. A veces es como si mi pistola tuviese vida propia…

—¡Ignacio! —escucho gritar a una mujer, pero antes que pueda dar otro paso Gabriel está sobre ella. Paso corriendo junto a mi compañero y la sangre de la mujer degollada mancha mi mejilla

izquierda. Me paso la mano por todo el rostro y llego hasta la puerta de entrada donde cual estatuas de piedra se encuentran las dos hijas del fallecido matrimonio. Ambas gritan al verme, contemplo mi rostro en el espejo junto a la puerta y veo que está todo rojo y que mis dientes y globos oculares lucen diabólicamente amarillos. «Tienen razón para estar asustadas», les digo. «Soy Satanás».

La mayor se llama Catalina y tiene dieciséis años. Tomada de su mano está Sofía, la pequeña Sofía que alimentaba los malsanos apetitos de Gabriel. «Parece una muñequita, a esta pendeja me la voy a comer cuando regresen», decía mi *partner*. «Cada loco con su tema», le respondía yo como de costumbre al impotente guerrillero.

Una vez más Helena habla y Catalina cae al suelo con un precioso orificio en la frente. Pero cuando apunto a la niña me quedo paralizado… Esos grandes ojos verdes como canicas de jade miran a través mío y todo se convierte en puntos, la realidad misma se descompone en puntos de color, todo menos la niña vestida de blanco... y entonces recuerdo la advertencia de Carmody, del cuadro de Seurat...

—Vicente, regresaste, ¿pero qué has hecho?

—¿Por qué mierda está tan calmada esta pendeja, ¿cómo es que sabe mi nombre?

—Mataste a la mamá, al papá y a Catalina…

—Ignacio no es mi padre y lo sabes bien. Llevaré su apellido, pero no soy su hijo.

—El no es tu padre biológico, pero te crió como tal. La Biblia dice: «Con todo tu corazón honra a tu padre, y no olvides los dolores de tu madre. Recuerda que por ellos has nacido. ¿Cómo les pagarás lo que contigo han hecho?» ¿Cómo les pagarás, Vicente, ¿con muerte y sangre? La paternidad divina es la fuente de la paternidad humana, es el fundamento del honor de los padres. Dime, Vicente, ¿a quién prefieres honrar? ¿Al padre que te crió o al hijo de puta que los abandonó a ti y mamá? ¿A ese pobre e infeliz que abrumado por la culpa terminó ahorcándose en su celda del Batallón de Policía Militar? Sí, Vicente, porque ese es tu padre biológico, el ex agente civil de la DINA procesado por las desapariciones de doce miembros de la cúpula del Partido Comunista en 1976. Tu querido padre, el que hacía que la gente desapareciera de sus trabajos, de sus casas y de las calles como por arte de magia. Pero no era un mago, Vicente, sino un asesino, un maldito asesino que disfrutaba torturando a sus víctimas.

Mis oídos me traicionan, esto no está ocurriendo, Sofía no es mi hermana, esta no es mi casa ni mi familia, ella ni siquiera está hablando, todo ocurre en mi cabeza, es un puto *deus ex machina*, el idiota sin talento que ha estado redactando esta porquería se ha quedado sin ideas y recurre a una salida barata mediante esta niñita que representa todo lo bello e inocente en contraposición a mi maligna y fragmentada existencia. Ella es un faro en medio de estas ruinas; esta realidad pegoteada con sangre, sudor, lágrimas y mucosidades; este pastiche posmo de la onceava hora; este océano de incertidumbres, este naufragio de posibilidades... ¿Dónde mierda está Gabriel cuando lo necesito? «Gabriel está muerto» —me dice Sofía.

—¡Mentira! —le respondo— El y yo somos agentes...

—¿En verdad lo son? —pregunta maliciosa.

—¡Claro que lo somos! —le escupo en la cara— ¡Yo sé quién soy! ¡Sé muy bien quiénes somos!

—¿Lo sabes realmente?

La pregunta queda pendiendo del aire como un ave de rapiña revoloteando sobre un indefenso roedor, y de pronto cae letal con todo su peso, me coge entre sus garras y me eleva hacia la estratosfera…

¿Quiénes somos? Resuena en mi cabeza… ¿quiénes somos realmente?

Somos esos que expusieron sus cerebros al Cielo y vieron querubines tambaleándose borrachos en los techos de farmacias y peluquerías. Somos los llamados a proteger un mundo que nos odia y nos teme. Somos aquellos que soñaron y encarnaron brechas en el Tiempo y Espacio a través de imágenes yuxtapuestas, que atraparon el soplo del alma y unieron los verbos elementales al tiempo que saltaban con sensación de *Pater Omnipotens Aeterna Deus* para recrear la sintaxis y medida de la patética prosa humana.

—¿Quiénes somos realmente?

—El ermitaño y el loco de las cartas del Tarot.

—Hablo en serio, ¿quién mierda somos?

—Klaatu y Gort.

—¡No, no, no! ¡Quiénes somos de verdad!

—Frodo y Sam.

—¡No, por favor! Cualquiera menos esos hobbits maricas…

—¿Que quiénes somos, preguntas? Somos Einstein y Joyce debatiendo en la encantadora y antigua Lorelei Rathskeller mientras el viento *Fhön* comienza a soplar en Zurich; somos Wallace y Gromit

construyendo un cohete para ir en busca de queso a la Luna; somos Butch Cassidy y el Sundance Kid asaltando bancos en la Patagonia; somos Lando Calrissian y Nieb Nubb en el Halcón Milenario esquivando el fuego imperial a la espera que Han Solo desactive el campo de fuerza de la Estrella de la Muerte; somos Lord Godalming y Quincey Morris aparentando tranquilidad ante la tumba vacía de nuestra amada Lucy; somos Rumble y Frenzy emergiendo de la cassettera de Soundwave para luchar contra los Autobots; somos Emil S. y Gustavo P. evitando que otro grupo de ufólogos aficionados haga contacto; somos Cipión y Berganza, Mimi y Kawamura, Ortega y Gasset…

Somos Rosencrantz y Guildenstern haciendo payasadas tras el telón de la «gran historia», somos la Liebre y el Sombrerero Loco, la Morsa y el Carpintero. Somos personajes de cartón piedra, somos Banner y Hulk, somos los hijos del átomo; somos letras no articuladas del alfabeto escrito por un dios inepto y ciego, somos seguidores de Chtulhu y de Sixto Paz, somos luchadores de la WWF; la Roca y el Undertaker, somos los zombies del *Resident Evil*, somos los agentes de Interzona y los Hombres de Negro.

Somos arquetipos, somos sueños que sueña un tipo que a su vez es soñado, somos perros de pelea sin bozal, somos superhombres nietzscheanos, somos la mierda que se niega a ir por el desagüe una vez has tirado la cadena, somos burócratas, somos criminales, somos fantasmas que tras cruzar calles inodoras de espacios sin vida anhelan un cuerpo de rosadas circunvalaciones, somos urRu y Skeksis, somos los ángeles del carcinoma, somos agentes del orden, somos agentes del caos, somos sombras bajo un coro de trompetas doradas que exhalan un *eli eli lamma lamma sabacthani* sincopado que llora estremeciendo las ciudades… somos los hijos bastardos de Ginsberg y de Burroughs, la progenie bendita de Charly, somos la serpiente uroboros mordiéndose la cola.

Y entonces sé que la niña está en lo correcto. Gabriel murió en aquella celda del Batallón de Policía Militar del Comando de Telecomunicaciones del Ejército, en la comuna de Peñalolén, donde se inició nuestra caída. Mi caída. No somos legión, soy uno y estoy solo. Completamente solo.

La mocosa aprovecha mi desconcierto para huir. Sofía se escapa, y Vicente corre tras ella pero cuando está a punto de pasar a mi lado le hago una zancadilla y cae cuan largo es sobre el cemento. Esto

no lo detiene, sin embargo, y desde el suelo lanza su corvo contra la pequeña clavándoselo en la nuca.

El operativo se fue a la mierda. Vicente se pone de pie desenfundando el cuchillo de su bota. Me hará la corbata colombiana, luego informará a la Compañía de mi incompetencia y solicitará otro compañero.

No tengo ninguna oportunidad contra Vicente cuerpo a cuerpo, así que huyo hacia el interior de la casa y subo las escaleras al segundo piso. Tomo un palo de golf y me oculto tras una pared. Vicente sube rápido y cae aún más rápido luego de recibir el bastonazo metálico que le quiebra la nariz y le bota un par de dientes. Esto me da tiempo para encerrarme en el dormitorio principal y buscar en mi mochila el último recurso: la bomba de schwarschild. Ingreso un conteo de 180 segundos al tiempo que Vicente intenta derribar la puerta. Salto por la ventana, me subo al Cherokee y retrocedo pasando por encima del cuerpo de la pequeña para luego colisionar con la camioneta de seguridad que en ese momento hace su inoportuno arribo. Mi cabeza atraviesa el parabrisas en un estallido de sangre, dientes y vidrios rotos. No siento las piernas, de seguro me he fracturado la columna. Tengo medio cuerpo sobre el capó del *jeep*. Quedan menos de 40 segundos para que estalle la bomba...

Entonces la niña, cual marioneta de porcelana, se incopora sonriendo dulcemente. No tiene ningún rasguño, ninguna señal de haber sido reducida a pulpa.

30 segundos para que estalle la bomba...

Se acerca hacia mí creciendo a cada paso, para cuando llega a mi lado es una mujer adulta con un rostro bello y caritativo...

20 segundos para que estalle la bomba...

—¿Cómo te llamas? —le digo cegado por sus incandecentes ojos color jade y su cabellera de fuego.

—¿Por qué preguntas mi nombre? —contesta ella mientras le brotan un par de emplumadas alas blancas de la espalda.

10 para que todo sea absorvido por la singuralidad.

Observo a Constanza perderse entre las nubes mientras cuento; cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Las mónadas tienen sus ventanas abiertas, en estos momentos podría ser cualquier cosa. Ni onda ni partícula, juguemos en el bosque sub-atómico mientras Heisenberg no está. ¿Heisenberg está? Me

estoy poniendo los pantalones. ¿Estaba cagando, Sr. Heisenberg? Estaba cagando y no cagando, imposible saberlo cuando uno utiliza el retrete de Schrödinger. Bueno, con su permiso, voy a tomar existencia. ¿Leverkühn o Zeitblom? Descafeinado sin azúcar, por favor. ¡No, idiota! ¿Te crees que estamos en el Starbucks acaso? Esta es la antesala de la existencia y debes elegir entre el creador poseso y endemoniado o el burgués que encarna los valores tradicionales, pero que carece de energía.

La verdad es que ni el uno ni el otro.

Por esta vez...

Elijo no ser.